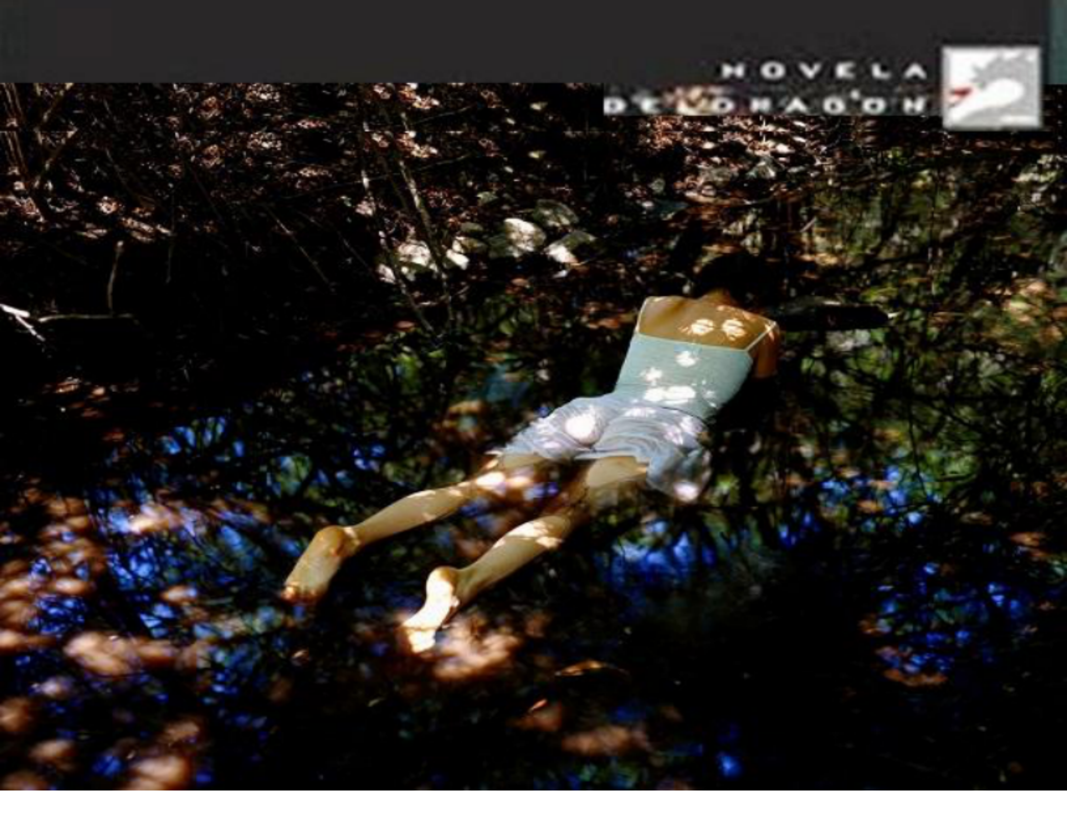
Primer Premio Inarco de Novela 2007

Inés Arteta

EL MISMO RÍO

NOVELA DE LOGRAGÓN



El mismo río

Inés Arteta

Para Armando Ramón

Primera parte:

La ida

i

—El día menos pensado uno abre los ojos —dijo el viejo sin labios.

Ella mordía el triple de jamón y queso. Lo masticaba, lo empujaba con un café con leche tibio y de espuma áspera, mientras se miraba las uñas mordidas y hacía de cuenta que escuchaba al viejo. No quería ser descortés, pero estaba pensando si la vecina cumpliría su promesa de pasar a ver a su gato Artigas y regar las violetas de los Alpes del patio.

—Ese día, profesora, uno se encuentra frente a frente con quien uno es —siguió el viejo. Tenía arrugas verticales arriba de la boca, parecían surcos recién arados, y cuando sonreía se alisaban. Pudo verle un diente de oro en la fila de abajo. Detrás de la cabeza del viejo había una cartelera con los horarios de los micros. Un borde se había despegado y caía doblado, tapando la última columna. Era raro que el micro de La Estrella se atrasara. Muy raro. Venía de Villegas y llegaba puntual. Pero qué apuro hay, se dijo, si no tengo ganas de viajar a Buenos Aires.

—Uno va distraído, ocupándose de lo de cada día —dijo entonces el viejo—.Y de golpe, paf, la cosa se nos viene encima. Ahí es cuando hay que decidir: o vamos para un lado, o vamos para el otro.

Ella conocía al viejo. Cuando se mudó a Lincoln, catorce años antes, el viejo agrandaba su corralón de materiales y ella le compró los azulejos del baño. Quería unos celestes, clásicos, y él insistía con una guarda estilo romano que a ella no le gustaba. Ahora el viejo tomaba Coca Light y hacía de la espera una sesión de terapia gratis: le contaba de la muerte de la hija, que nadie sabía cómo se había contagiado la sífilis, si la piba era una lauchita, tan callada y tan madraza. Le hablaba del chancro, de lo que parecía una gripe con sarpullido amarronado, que la gripe se alargaba atándola a la cama, sin que nadie supiera que la

bacteria iba a apretarle el corazón, y sin que nadie entendiera ahora que el marido no se hubiese contagiado.Y decía:

—Pero imagínese que bastaba con penicilina para que esos pibes, mis nietos, todavía tengan a la madre.Y usted, profesora, ¿se puede saber por qué viaja? —guiñó un ojo y sonrió—. ¿O no se puede saber?

El viejo era la versión de sí misma al revés; el viejo había trepado y trepado y también el conteo de billetes, en los minutos antes de dormirse: uno, dos, tres, mil, treinta mil, igual que ovejas que saltan verjas, silenciaba su conciencia y traía la ausencia del sueño. El viejo trepaba porque hacía años que en esta ciudad se construía, gracias a que los nietos de los dueños de las estancias, que ya no vivían en Buenos Aires porque se habían extinguido los mayordomos, se habían mudado de los cascos de las estancias a la ciudad de Lincoln para que sus hijos fueran al colegio bilingüe. Entonces precisaron casas pitucas y, comprándole materiales al viejo, la casa del viejo se había convertido en la más pituca de todas.

En cambio ella, en Lincoln, buscó todo lo contrario que el viejo: pertenecer a un lugar que no pretendiese mucho de ella, camuflarse en un mundo pequeño y simple, porque su objetivo era la conformidad. “En el reino de los ciegos, el tuerto es rey”, decía su madre. Pero ella decía algo distinto: no había buscado sobresalir entre enanos. No. Porque siempre odió las comparaciones. Nomás no había encajado en su mundito porteño y quiso emigrar a algún lugar donde nadie la conociera y pudiera inventarse. Ser ella misma en relación con nadie. Del cargo en la escuela, que por entonces abría, se enteró por un conocido de la facultad, que era de Junín. Enseguida, en Lincoln se “halló”. Fue como si la ciudad se hubiese comprimido al barrio, y ella, cabeceando “buenos días” en las veredas camino a la escuela, hubiese podido integrarse a una comunidad franca, benévola, sencilla, y, por encima de todo, nueva: una hoja en blanco. La mudanza también coincidió con la venta del departamento de la calle Oro de sus padres.“Si hay pobreza, que no se note”, decía su madre cada vez que se encogía su poder adquisitivo y decidía achicar el lugar donde vivían y que nadie conociera el nuevo departamento. Sus padres se mudaban a un departamento de dos ambientes, sin cuarto para ella, y ella decidió mudarse de ciudad.

Su hermana Teo ya se había mudado, estaba casada. Casándose,Teo había encajado en aquel mundito porteño, del todo.
—¿De qué se ríe, profesora?
También la había llevado a Lincoln, la idea de ser útil

en la vida de otro. Recién recibida de profesora de historia, se convenció de que ser docente en una ciudad del interior le daba la oportunidad de abrirle la cabeza a los pibes y pibas que sin alguien como ella, que los forzara a pensar por sí mismos, se amoldarían a cualquier malón que los empujara, y así estaba la Argentina. Que el pasado sirviera para abrir los ojos al hoy, pretendía. Estaba segura de que, como docente, el lugar donde ella podía hacer algo que le aportara al país era el aula. Su madre hacía beneficencia. A ella no le gustaba la beneficencia. Siempre creyó que dar comida en la boca era la palmadita traicionera para que el famélico sonriera por fin y no se cuestionara el hambre porque con la panza llena era puro agradecer.

Pero su madre tenía compulsión por la compra. Aún compraba la gratitud.
—¿No va a decirme por qué viaja, profesora?
—Es por mi hermana menor —contestó—. No anda bien.
Teo le había pedido que viajara a acompañarla porque su marido estaba preso. Le había suplicado: te lo ruego, te lo ruego, hermanita, tenés que estar conmigo ahora, si siempre fuimos como dos partes de una misma cosa, lo que le pasaba a una le pasaba a las dos.
Era la primera vez en los catorce años de vivir en Lincoln, que Julia viajaba a la Capital en invierno. Sus viajes siempre habían sido en Navidad, cuatro días aturdidos a puro jingle en familia reunida alrededor del pavo, el papel de regalo y el arbolito.
—Ahí viene el micro —dijo el viejo, y se sonó la nariz—. Pero que no se diga, profesora, usted en micro. A la vuelta véngase en el tren. Es nuevo. Hay vagón de primera y pullman.
Había sacado el boleto del micro sin darse cuenta de que era el rápido. Ella hubiese preferido que el viaje tuviese paradas en las confiterías al costado de la ruta, con sus luces celestes, sifones, televisores colgando de la pared, paneras de enrejado plástico, mesas de fórmica y saludos efusivos. El rápido paraba sólo dos veces y en las terminales delicaditas de Junín y Chacabuco. Su hermana hubiese dicho que la preferencia por el viaje largo se debía a su compulsión por pasarla mal cuando podía pasarla mejor, como un castigo autoinfligido. Pero su hermana no entendía nada. Nunca había entendido nada. Ahora podía verse a sí misma sentada en una silla de plástico, tomando gaseosa de una botella de vidrio, masticando un pebete de paleta y queso mientras, como el resto de los pasajeros, miraba el televisor que colgaba de la pared. Imaginaba que se sentiría una más entre los peregrinos unidos como un engranaje. Cruzaría los brazos achaparrados debajo del poncho, a ver si espantaba el frío, y, para no pensar demasiado en ese viaje que no había planeado ni tenía ganas de hacer, se concentraría en criticar a los actores de las telenovelas

que pasaban en la tele, actores que gritaban y gesticulaban, prostituyéndose en roles y tonos de voz y discursos inverosímiles, que solo creen los crédulos, los que no pueden pensar por sí mismos.
—¿Le pasa algo, profesora?
Ella miró su boleto. Le había tocado el anteúltimo asiento, no tan lejos del baño, ventanilla de la derecha. El viejo se sentó enseguida, en primera fila, ahí nomás del chofer. Lástima que a ella no le había tocado más lejos del baño, escapar del olor a amoníaco del principio del viaje y al hedor de más tarde. Pero qué se le iba a hacer, había comprado boleto sin pensar demasiado y encima se acercaban las vacaciones de invierno, ese lapso en el que a la gente del interior se le daba por visitar la Capital y repletar los micros.
Acomodó la cartera debajo del asiento. Se sacó los zapatos, unos mocasines azules de cuero blandito, especiales por si se le hinchaban los pies y le empezaban a picar.

La ruta siete era una lonja gris que serpenteaba el campo plano, a veces había árboles al costado: marrones, ocres, amarillos. Era una ruta privatizada, entonces tenía rayas más blancas que antes y una banquina más ancha, con tierra alisada, chatita, sin pozos, aunque a uno le pareciera que era la misma ruta de siempre. Para esas mejoras estaba el peaje.

Julia, al igual que los pasajeros a su alrededor, sacó la matera y cebaba mirando por la ventana. No quería hacer conversación con ningún vecino, ni tener que contestar que viajaba a Buenos Aires porque su cuñado estaba preso. Mucho menos comentar que el hecho de que hoy por hoy poco le importaba el marido de su hermana, un banquero. Pensaba que, si lo acusaban de estafa, era que lo habían descubierto en algo demasiado obvio o que alguien más pesado que él lo usaba para desviar la atención y poder esconderse. Le decían Dano. Cuando salía con ella, antes de casarse con su hermana, Julia le decía el nombre completo: Danilo.

A cada rato volvía a preguntarse por qué había cedido a la súplica de su hermana. Le importaban un rábano los vericuetos del sistema financiero y las señales de humo falsas.

Teo y yo siempre fuimos opuestos, pensó, chupando de la bombilla y mirando un parche de árboles sin hojas, pura rama seca, que muy rápido se esfumaba de la ventanilla.

De golpe había más oscuridad, el micro se metía en un pasillo de pinos altos y todo era veloz. Cuando quería sobrepasar a un camión y superaba los noventa kilómetros por hora sonaba la chicharra y el

micro se cruzaba de mano y hacía fuerza y fuerza con la chicharra bip, bip, y ni pensar que viniera un coche tuerto o sin luces por la mano contraria y chocar de frente. Cerró los ojos, apretando los párpados. No le gustaba lo que no podía controlar.

Lo que no dependía de ella. Tampoco quería pensar en lo que no quería pensar: su hermana y la familia toda, esperándola como a un quitapesares.

Enseguida después de Junín cruzaron el río Salado, la frontera con el indio antes de la campaña al desierto de Rosas, y apareció la bandejita con el pebete y las hojaldradas.
Llamame urgente*,* había grabado el contestador.Tantos años viviendo lejos de su familia que la palabra urgente la estremeció; irrumpió en su mundo exclusivo. Lo primero que pensó fue que debía haberle pasado algo a su padre, que estaba enfermo, tenía *alzheimer*. Levantó el inalámbrico con la mochila todavía colgando del hombro.Tenía el cierre abierto y la carpeta con las pruebas de cuarto B fue a parar al plato de Artigas. Con el teléfono en la oreja, caminó hasta el freezer, sacó cuatro cubitos de hielo. Cortó dos rodajas de limón. Sirvió *Smirnoff* en un vaso ancho.Abrió una tónica y completó el vaso hasta arriba. Prendió un cigarrillo. Se sentó en la silla de la cocina y marcó el número de su hermana.

—¿Y qué querés que le haga? —le dijo cuando le contó lo del marido —. Vos nomás esperá unos días, que si es culpable, enseguida va a quedar afuera y el país igualito a como estaba. Si en este país, los ricos no van a la cárcel. Puede que lo encierren unos días, nomás, pero el abogado va a conseguir sacarlo afuera enseguida.

—¿Y si es el chivo expiatorio de alguien? —dijo Teo. Solo en ese caso estaba en problemas, pensó, pero no dijo nada.Teo insistía con el dramatismo de siempre: Juja, por favor.

Teo era la única que la llamaba “Juja”. Teo era Teo para todo el mundo, su nombre completo es Teodelina, que significa,“la que es amable con su gente”. Ahora los nombres raros están de moda, pero cuando ellas eran chicas, el nombre de Teo sonaba a casera de estancia revolviendo la cacerola de dulce de leche. Julia fue siempre Julia a secas. Le hubiese gustado tener un apodo —sonaba afectuoso— pero nunca había conseguido ninguno.

Con las vacaciones de invierno llegaban las dos semanas de asueto, sin renguear de aula en aula y de escuela en escuela, que allá en Lincoln, encerrada en su casa con Artigas, podían hacérsele eternas. Los

chismes de la gente amontonándose en la puerta de su casa, como basura sin barrer.

Una hora después de oír la voz de Teo grabada en el contestador, comía guiso de lentejas y pensaba. Pensaba. Pensaba.Y de repente Teo llamó de nuevo, insistiendo más aún, extorsionándola con tanta necesidad de ella, que se le cayó la botella de *Smirnoff* al piso.

—Sólo te pido que estés conmigo, que me acompañes, ¿qué te cuesta? Estás de vacaciones, nunca te pido nada y ahora una vez, una sola vez, te lo pido por favor: Juja, vos y yo tenemos tanto que hablar.

Mientras barría los vidrios sobre la palita, había pensado que ella no tenía nada que hablar con su hermana. Hacía rato que no tenían nada que decirse, hablaban dos idiomas diferentes.Y en eso pisó el plato de Artigas, las bolitas marrones de la comida rodaron como canicas, y trastabilló. Después le dolía el tobillo, y tuvo que pegarse una gasa y cinta adhesiva para parar la sangre de la mano que había apoyado sobre los vidrios.

—Qué pasa con mamá —le dijo a su hermana.

Iba a preguntarle qué pasaba con sus amigas.Tenía que tener amigas, tenía que estar lleno de mujeres en Buenos Aires que estuvieran de acuerdo con ella en que era una tragedia que su marido estuviese preso, acusado de estafa.

—No puedo zafar —le dijo después a su compañero Omar—, es la misma agua estancada de siempre, una arena movediza que te chupa y te chupa y ninguna rama de la que agarrarte.

—Mirá que sos exagerada, nena; si no querés, no vayas , —decía Omar, y sonaba tan sencillo.
Omar había oído bastante de su familia. Parecía no entender demasiado, salvo lo obvio. Cada vez que ella se quejaba luego de un llamado de su madre con reproches sobre Teo o de Teo con reproches sobre su madre, Omar tomaba la típica actitud de prudencia y no se metía, hasta que no aguantaba más y le decía: Pero, nena, por Dios. No me vengas con pavadas, ¿me hacés el favor? Mirá un poquito a tu alrededor y decime si vale la pena semejante dramatismo por llevarte mal con tu hermana. Y en esa oportunidad le dijo:
—Si no querés ir, no vayas. Si vas, es tu propia decisión, y hacete cargo.
Julia se había enojado con él y le había pedido que se fuera de su casa, que la dejara en paz. Cada vez que ella se enojaba, no se veían

durante varios días, aunque él insistiera y no se explicara su enojo. Esa era la ventaja de tener un novio con “cama afuera”, lo veía nada más cuando tenía ganas. Ahora bien, que la acusara de decir pavadas era algo que no podía tragar ni con *Smirnoff*. Como todas las veces, se enojó consigo misma por haberle pemitido opinar. Así es con todas las familias, se había convencido unos días más tarde. Una se hace un drama que la tiene carburando todo el día y cuando lo pasa a relato suena a poca cosa. Los otros, los de afuera, no entienden que una se empantane y no quiera explicar demasiado porque no quiere ser descubierta de otra manera de la que se muestra.
Pero Omar era inteligente. Julia debería haberse esforzado por explicarle mejor la situación, por qué para ella era tan difícil decir que no, que no pensaba viajar a acompañar a su hermana, a pesar de que lo que le sucedía no era ninguna tragedia.

De golpe un camión apareció por el carril contrario, cruzó al micro por la izquierda, justo cuando ella se paraba para ir al baño. El micro tembló, se sacudió, y ella tambaleó: casi cayó. Parecía que el camión iba a aspirar al micro entero. Agachó la cabeza, miró por la ventanilla y lo vio alejarse, destartalado, con un cartel en la parte de atrás, en letras góticas azules, que decía: “yo soy tu sangre”. Siempre le divirtió leer las leyendas de los camiones. Pero pronto no vería más nada. Llegaba la hora en que el sol pegaba por la espalda y las sombras iban delante. Parecía como si el micro corriese detrás de su sombra, la sombra se alejara y se alejara, geométrica, recortada sobre el pavimento, y el micro no la alcanzara. Los autos y los camiones empezaban a encender las luces.Todo era gris, cada vez más gris hasta que se hizo negro e incierto. Oscurecía tan rápido que parecía como presenciar un eclipse y de golpe la oscuridad era total, solo quedaban los círculos rojos de los vehículos que iban en el mismo sentido que el micro, los círculos blancos de los que venían de frente, y todo alrededor era negro.

1

Volvió a sentarse. Se sacó los zapatos otra vez y reclinó el respaldo. Un bebé lloraba y amortiguaba el ruido forzado del motor. Comenzaba una película yanqui, soldados musculosos y de ojos azules salvaban a la humanidad del terrorismo de ojos y barba negra. Los pasajeros se transportaban a desiertos vastos y arenosos, que escondían las armas de destrucción del planeta. Inmediatamente se olvidaban de ellos mismos. Ella torció la cabeza hacia atrás y miró las caras de los pasajeros en la fila larga, la última, justo detrás de ella: los ojos redondos y las caras plateadas por el reflejo del televisor. Dos hombres dormían con los cuellos doblados y las cabezas colgando. Una señora

de pelo blanco apretaba una bolsa de nailon contra su barriga y miraba la luna.Alguien roncaba.

Julia cerró los ojos y durante quince segundos, Buenos Aires y su familia no existieron. Quince segundos, un cuarto de minuto, corto, sereno, vacío del futuro inmediato que hedía. Enseguida se llenó de pasado reciente: desfilaron imágenes de un día cualquiera en Lincoln, pasaron vertiginosas, como las luces que se ven desde el micro, y de golpe se aglutinaron en esa misma mañana, y se vio amaneciendo con Artigas a sus pies, mateando con las fichas de las clases en la mano, entrando al aula de quinto A, sentada sobre el escritorio y comentando el *Dieciocho Brumario* mientras recordaba la voz abatida de su hermana, y entonces volvió de un saque a ese instante, el micro que iba a Buenos Aires. Le dolían la espalda, los ojos, la cabeza.

Si pudiera dormir.
—¿Qué hace despierta, profesora? —dijo el viejo sin labios—. Me quedé pensando. ¿Le molesta si le hago una preguntita? Diga, profesora, si el día menos pensado, uno abre los ojos, ¿sirve para algo? Porque a lo mejor ya es tarde para resucitar a los muertos y al fin de cuentas, todos nos morimos lo mismo.

ii

En la terminal de Carmen de Areco tomó una cerveza tibia. La calle estaba casi oscura, salvo por la luz amarilla de un farol al lado de la puerta. Adentro había olor a cigarrillo y también a café. En la tele, un yanqui inmenso y mofletudo masticaba una hamburguesa concursando por quién engullía más hamburguesas en menos tiempo. La gente miraba hacia el monitor, pasmada. Después, una periodista de piel tirante anunciaba el choque entre piqueteros oficialistas, los blandos, contra los duros.Ya era sábado. Sábado 10 de julio.

La máquina de café bullía a cada rato, era un soplido afónico, exhausto. Un hombre de pelo amarillo y tatuaje en el antebrazo, chofer del micro que acaba de llegar de Pergamino, hacía rato que la miraba fijo, con la mandíbula entreabierta. ¿Qué pasaba con el morocho que a la gente se le daba por enrubiarse?

—¿Usted y su hermana se parecen, profesora? —dijo el viejo sin labios.
—Ella no tiene una pierna más corta que la otra —contestó—. Es alta y tiene un cuerpo perfecto.
El viejo sin labios hizo una mueca de sonrisa, parecía sofocado. Se miraba las manos y, con un palillo, extraía tierra de sus uñas.
El problema de sus piernas se llama deficiencia femoral proximal. Ahora los zapatos ortopédicos son zapatos comunes a los que se les agrega la compensación. Cinco centímetros de alza al izquierdo y al derecho se le rebaja un centímetro del taco. Pero cuando era chica, el zapato izquierdo era una bota tipo borceguí y de cuero duro como charqui. Nunca terminaba de domarlo, el pie le transpiraba y chirriaba, cuic, cuic. Había una publicidad: Zapatillas Indiana.Aparecía la chica en la televisión y ella y su hermana se callaban, como una reverencia, porque Alpargatas era la única cuenta que había conseguido su padre para la escribanía, y todo gracias a que él se había hecho compinche del gerente porque salían juntos de pesca. En la publicidad una chica de quince años venía caminando en vaqueros y zapatillas. La chica movía las caderas, calladita, hacía una especie de voltereta, bailando, mientras el jingle decía:“que todas las muchachas / escuchen bien, / la moda hoy se llama / zapatillas Indiana / y Lady Far West”. Decía algo más que no recordaba, pero lo

que sí recordaba bien era la parte que decía: "… y en sus pies, frescura incomparable, caminando y caminando con zapatillas Indiana". Su hermana imitaba a la chica en su bailecito, como si el jingle la encendiese a control remoto. Mientras tanto ella aprendía a ser valiente: nunca haría ese bailecito con semejante gracia, ni usaría zapatillas Indiana porque a la goma no se le podía colocar la compensación.
Ahora pensaba en la contradicción del jingle: proponía a las chicas de entonces seguir una moda, es decir, equipararlas, y después era la frescura lo que las diferenciaba. Frescura en los pies, en la ingenuidad y en el alma.
—¿Se siente mal, profesora? —el viejo no se le despegaba.
—Uno se aleja apenas de su ciudad y su rutina, y comienza a verse desde afuera, como si se tratase de otra persona —contestó—. De golpe me cuestionaba la investigación en la que trabajo y si esas horas de Historia Social General que acepté dar durante el segundo cuatrimestre en el Instituto Técnico de Junín no me atarán demasiado a los micros.
—Usted se merece un hombre suyo solo, profesora.Yo se lo digo a todo el mundo. Le digo a todo el mundo que por el asunto de la pierna usted piensa que no se merece un hombre todo para usted, pero sí se lo merece.
—¿Usted qué sabe?
—Uno siempre sabe lo que le conviene al otro. No sabe lo que le conviene a uno, porque los ojos de uno están de adentro para afuera. Es así. ¿Sabe una cosa? Todas las noches salgo a dar una vuelta a la manzana porque mi señora no me deja fumar, quiere que le haga caso al doctor. Paso por enfrente de su casa y la veo, la cabeza agachada debajo de una lámpara de escritorio, escarbando entre papeles, libros, documentos viejos, el vaso con lo que sea que usted toma sobre la mesa, y me pregunto, ¿esta chica no tiene a nadie que le hable con la verdad, que no le diga nada más que lo que quiere oír?
Julia se puso de pie y fue al baño. Era un inodoro sin tapa y no había papel higiénico pero ella estaba preparada, había traído el suyo propio. Se bajó el pantalón, se agachó detrás de la puerta entornada mientras leía las inscripciones."Mirta y Leti, tortis y puerquitas, descubrimos tu verdadero yo", y un número de teléfono de Chacabuco. Se lavó las manos con el jabón en sachet que sacó de la cartera, las frotó y las frotó hasta que dolieron. Las secó con la toallita que también sacó de la cartera. Justo oyó la voz por altoparlante que llamaba a los pasajeros, el micro retomaba camino a Buenos Aires.
Se hundió en su asiento y cerró los ojos. En su cabeza se colaban escenas que se mezclaban: ella misma en distintos momentos de su vida. No las podía frenar.

—¿Le molesta cambiarme de asiento, señor, así viajo al lado de mi amiga la profesora?
El viejo sin labios estaba parado en el pasillo del micro, se sostenía del respaldo del asiento de adelante. Enseguida estaba al lado suyo y conseguía que le contara de Murmullo, el hombre con el que había andado antes de conocer a Omar. No le había contado de Murmullo a nadie, ni siquiera a Susana y a Karina. Le decían Murmullo porque hablaba bajito y era quince años mayor que ella. Era trotskista. Al principio, las conversaciones eran apasionantes porque la gente de esa edad conoce bien la teoría. Poco a poco el discurso de Murmullo empezó a perder cohesión y se enfurecía con ella acusándola de no entender nada: "porque vos no la viviste".Y Murmullo sudaba como loco, sudaba una bronca defraudada con el olor agrio del viejo que sabe que ya es tarde para hacer lo que no hizo cuando todavía estaba a tiempo. Ella le envidiaba a Murmullo sus ideales absolutos, su incondicionalidad para con ellos, sin grises, pero Murmullo resultó ser lo mismo que con tanta vehemencia aborrecía: acusaba a los linqueños de despachar cualquier pizca de conciencia social detrás de la pujanza y el progreso, y que asentaran su ciudad como una réplica en miniatura de Buenos Aires, con *countries* y todo.Y el mismo Murmullo, en la primera cosecha de soja posdevaluación, salió a comprarse la cuatro por cuatro y la ostentaba por las calles de Lincoln como un actor de telenovela. El discurso de Murmullo cambió apenas, una cosa no tenía nada que ver con la otra, decía, y se mostraba tan convencido que la hizo dudar y sentirse como alguien que había envejecido de un día para el otro. Las teorías supieron aggiornarse y adornarse: ahora se adaptaban al que las necesitara, había dicho en chiste.
—Y usted se lo tomó en serio —dijo el viejo sin labios.
Adentro del micro estaba oscuro salvo el reflejo del televisor. Afuera era un paño negro y algunas luces.Veía los rectángulos de los respaldos recortados por el reflejo de los faros. Se había olvidado de llenar el termo y la poca agua que quedaba estaba fría. La pareja a su derecha conversaba de alguien que había muerto.
—¿Qué le vas a hacer? —decía el hombre de boina negra—: Hizo lo que pudo.
La chica de al lado del hombre tenía una trenza amarilla. Parecía furiosa, decía:
—Así qué fácil, así cualquiera.Ahora decime qué cara ponemos en la funeraria con la esposa y la querida una frente a la otra.
—¿Y a vos qué te importa? —decía el de la boina—, ¿qué te metés?
Alguien escuchaba folclore en una radio rasposa a pura interferencia. Por la ventana solo se veía negro.Ya no tenía sentido dejar los ojos abiertos.
Durmió. Durmió un par de horas, los huesos doliéndole y

despertándola a cada rato. La cabeza le insinuaba ocurrencias bizarras, revueltas, y entre medio de esas ocurrencias, una idea se abrió paso, nítida, como una única luz en la noche. Permaneció, obstinada, y la vigilia se alargó. Se le ocurrió que todas las personas somos dos personas: una en la superficie y otra en la profundidad. La de arriba defendía el suelo que las separaba, la de abajo lo empujaba. Era lo mismo con los pueblos: siempre habría algunos protegiendo el arriba y otros empujando desde abajo. Abrió los ojos. La ventana estaba negra salvo una luz, que enseguida se esfumó en la velocidad del micro como una estrella fugaz. Pensó en su casita blanca y la ventana de la cocina, que había que cambiarle el contramarco, la humedad lo había carcomido. Mucho mejor era enfocar la cabeza en asuntos prácticos y frenar pensamientos que desplegaban sus tentáculos, como raíces, en su cerebro cansado, y no le servían para nada.

Abrió los ojos otra vez, y la ruta siete estaba cruzando Luján, que, con la basílica iluminada, parecía una estampita. Después la ruta se conviertió en el Acceso Oeste y también se iluminó, luces y luces en fila, y la ruta se ensanchaba en autopista de varios carriles y todos yendo en el mismo sentido.Vio un McDonald´s y un shopping, como monstruos de neón, símbolos ostentosos del mundo que había dejado. De pronto vio un hotel habilitado color fucsia, otro, otro y otro más; el oeste suburbano parecía ser la zona del amor ilícito. En cualquier momento amanecería.

iii

El micro dobló para meterse en la dársena, y ya la había visto. Venía corriendo por la plataforma, los brazos levantados.Traía una mochila colgando y una sonrisa grande. El pelo largo y terco, revuelto, un vestido verde, vaporoso y cortito, un tapado de jean abierto, exhibiendo pechos saltones, desproporcionados respecto de brazos y piernas largos y finos como alambres. Los pocos hombres y mujeres en la plataforma se dieron vuelta para mirarla. Sacudía los brazos, frenética, y daba saltitos. Había una luz grisácea que ensombrecía las cosas, y todo se veía en colores oscuros. Adentro del micro, el viejo sin labios se ponía de pie despacio, con una mano se sostenía del respaldo del asiento, y, durante dos segundos, antes de que los demás pasajeros se parasen todos al mismo tiempo, se miraron a los ojos. El viejo encogió los hombros, sonrió y se fue sin decir nada.

Ella no encontraba el zapato izquierdo. Estaba debajo del asiento de adelante, pero ahora no lo encontraba. Se agachó más y lo vio incrustado en una chapa que sobresalía del soporte del asiento. Le faltaba la compensación. Estiró la mano y la pasó sobre la goma del piso

debajo del asiento, hasta que la tocó. Había papeles de caramelos, migas de galleta, un montículo de yerba húmeda. La compensación estaba llena de pelusas, enredada en la tira del bolso, dos clavos torcidos despuntando al aire.Trató de clavársela al zapato, pero los clavos torcidos no querían entrar en los agujeros.

Entre que buscó el bolso, la matera, el poncho y los guantes, bajó del micro última de todos, la compensación adentro del bolso. Al descender del estribo de la puerta, apoyó todo el peso del cuerpo sobre la pierna derecha. Teo estaba parada al lado del micro, los brazos extendidos. La abrazó, apretándola, y quedó envuelta en esos brazos, como por una enredadera.Teo lagrimeaba y no decía nada. Ella dijo que buscaría la valija. La sacó de adentro del micro y cuando se dio vuelta le vio las piernas tan largas en medias de lana rayadas, adentro de botas altas hasta la rodilla. Levantó la vista y le vio la mirada vacía como la recordaba, y enseguida le volvió la frase

anacrónica que había dicho por teléfono, que eran como dos mitades. Teo era capaz de convencerse de cualquier cosa.

La estación de Retiro estaba abarrotada de kiosquitos llenos de artesanías y cafeterías y olor a patchuli. Un parlante con eco avisaba las llegadas y salidas de micros y era casi imposible entenderlo. Caminaron una al lado de la otra hacia el estacionamiento. Teo arrastraba su valija, haciéndola rodar sobre las rueditas, y ella caminaba apoyando el pie izquierdo sobre las puntas de los dedos. Hacía apenas unos segundos que había llegado y ya le irritaba la propensión de Teo a fantasear, a inventar su vida. Lo percibió por la alegría exagerada, o más bien la manifestación exagerada. Ni hacía tanto tiempo que no se veían, ni tenían tantas ganas de reencontrarse. La primera vez que notó esa faceta de exageración tendrían once y doce, era de noche en la casita del río. Teo se había tajeado la palma de la mano y la miraba con el cortaplumas con la punta hacia arriba, proponiéndole que hiciera lo mismo y después juntaran las manos en un pacto de sangre. No hace falta entre hermanas, se había quejado ella. No importa, es también un pacto de que nos guardamos los secretos, dijo Teo. Después se sacó la ropa. Estaba desnuda, parada sobre el muelle. Sacátela vos si querés hacer el pacto, decía, las manos en la cintura.A ver si te animás.Yo no te escondo nada.

En el semáforo de la esquina hacia el estacionamiento, Teo se detuvo. La miró.
—Debés estar muerta —le dijo.
El día iba aclarando pero había neblina y todo parecía pegotearse. El tránsito zumbaba y la ciudad despertaba poco a poco.
—Dale, subí —dijo Teo con el motor en marcha y la valija en el baúl. El auto de Teo era una camioneta que parecía más idónea para cruzar la Patagonia por rutas de tierra, piedras y zanjas, que para recorrer las autopistas flamantes del Gran Buenos Aires. Hizo "tin, tin, tin" hasta que ella cerró la puerta y se abrochó el cinturón. Adentro había olor a nuevo.Teo dijo que almorzarían en su casa nueva en el *country*. Después la traería de vuelta a Buenos Aires, al departamento que le había prestado uno de los primos, el más chico de todos, el que se había ido a Boston a hacer un máster en economía. Se lo habían prestado sólo hasta el viernes siguiente, porque el primo volvía por unos días. Si ella se quedaba más tiempo, podía mudarse a su casa, a ella le encantaría. Volvían todos los primos expatriados a Estados Unidos, porque el mayor de los primos,Alfoncito, había tenido una hija y venía a Buenos Aires a mostrarla. Se reunirían todos y a ellas las habían invitado a la súper reunión en la casa del tío allá en el río. Su madre había dicho que pasara lo que pasara con Dano, ellas tenían que ir. Se rieron las dos.

Ahora Teo manejaba a ciento sesenta kilómetros por hora y hablaba de las ventajas de vivir afuera; el verde y el aire y la tranquilidad. Buenos Aires estaba imposible. Cambió de tema muy rápido, dijo que el marido estaba ahí nomás, apuntó un dedo de uña mordida hacia la derecha. Era el edificio Centinela, que pertenece a gendarmería. Le habían decretado prisión preventiva no excarcelable mientras durase la instrucción penal.

Teo prendió un cigarrillo con el encendedor del auto y abrió la ventana. Los edificios se veían más altos y parecían empujarse unos contra otros. Había muchos carteles en los edificios, vio uno de una tarjeta de crédito, otro de una mujer en tanga, otro con una figura geométrica y colorinche que podría ser Gardel. Buenos Aires parecía otra y al mismo tiempo la misma. Hacía tanto que no venía en invierno, que los árboles secos en los bordes de la vereda, que no hubiera sombras, y la bruma gris, le sorprendían.

Teo seguía hablando del marido preso. Dijo que el proceso estaba caratulado como "estafas reiteradas en asociación ilícita". Julia miraba hacia delante, salían de la ciudad por la Costanera y el río se abría, ancho y dorado por el reflejo del sol, que subía redondo por encima del agua.

El tráfico zigzagueaba entre los carriles, todos juntos cruzaban el semáforo en amarillo, incluso un camión inmenso, y Teo tomaba el volante con una sola mano.

—¿Cómo está mamá?

—¿Lo decís por lo de Dano? —dijo Teo y sonrió. Después se mordió el labio de la misma manera en que lo hacía cuando era chica y se tentaba de risa.

—Mamá se esconde en el departamento, así no se encuentra con nadie.

Después Teo habló de los hijos, de qué decirles de su padre, cómo, cuánto. Hablaba concentrada en su carril, por fin, y tomaba el volante con las dos manos. Ella estaba atenta a las maniobras de los autos que parecían pasar rozando. De repente iban detrás de una furgoneta descapotada con seis hombres tomando mate. Uno tenía una remera atada en la cabeza como bandana y saludaba.Teo le devolvió el saludo con una sonrisa inmensa, como si lo conociera, mientras decía que el marido tenía un cuarto y un baño con inodoro, lavatorio y ducha para él solo y también una heladerita; ella le llevaba la comida todos los días. Ese día le había pedido a su suegra que le hiciera el favor, no se había animado a pedirle a su madre, además su madre quería estar en su casa porque llegaba Julia.

Se acordó de la madre de Danilo como una señora de pelo rubio y cuello largo y que el marido tenía bigote y el pelo engominado hacia atrás.

—Me pidió que le llevara un libro de Hudson —dijo Teo—. ¿De dónde sacó a ese Hudson? Y pensar que el libro estaba en la biblioteca de casa. Lo de la oficina se lo llevaron todo, pero en casa revisaron mucho y no se llevaron nada.
Julia podía imaginarse a Danilo leyendo cualquier cosa. Alguien le habría hablado de Hudson y él se habría entusiasmado y en poco tiempo convertido en experto en Hudson. Hablaría con autoridad de Hudson y convencería a cualquiera de que no se podía vivir sin haberlo leído. La semana siguiente sería otro Hudson, de aquel ya se habría olvidado y así debía pasar las semanas, rellenando los huecos de su vida.
—No hay reja ni blíndex en el Centinela, no te imagines algo de película yanqui —dijo Teo. Después contó que podía entrar a su cuarto y quedarse hasta cuando quisiera. Que el día anterior se había quedado toda la noche, por eso ahora estaba medio zombi, había ido directo del Centinela a Retiro, que quedaba tan cerca. Dijo que habían pasado una noche de magia, como si retrocedieran al tiempo en que estaban de novios y nada los obligara. Hasta que empezó a clarear. El sol todavía no había salido pero una luz gris empezaba a teñir todo de realidad, como si despertaran de un sueño. Dijo que se miraron y ella sintió miedo. Que el amor te sacaba el miedo, pero la idea de que se acabara te traía más miedo todavía. En los ojos de él se vio a sí misma como alguien que se había podrido.
—Sabés que nosotros, te confieso, Juja, a vos te digo la verdad, me conocés, en el fondo sos la única que me conoce, últimamente nos escapábamos uno del otro, hartos de no entendernos. Amanecía y nos asomamos a la ventana y vimos, en una esquinita entre el canto del edificio y un árbol más al fondo, cómo empezaba a surgir una puntita de sol anaranjado sobre un pedazo de río marrón y estaba segura de que él sentía lo mismo que yo: la paz de la tregua. Que no importaba tanto entendernos como estar juntos y no sentir miedo. Dano tenía los ojos brillosos, a mí se me apretó la garganta, y terminé llorando.
Ahora lloraba, decía que se sentía una porquería de mujer porque era una porquería de mujer.
—Y para qué te voy a mentir a vos, para qué te voy a contar que todo es colorín colorado, como hago con todo el mundo, justo a vos no te voy a mentir, estoy tan cansada de mentir.
Lloraba y se pasaba el dorso de la mano por los ojos.
Teo siempre había tenido facilidad para llorar. En cambio ella no, nunca pudo llorar.
Podía imaginarla llorando en la cárcel, siendo protagonista del momento aunque el que estuviera preso fuese él y así envolviéndolo en su red, consiguiendo acomodar las cosas según lo que le convenía a ella.

—El abogado es Pancho Lisazo. ¿Te acordás de Pancho Lisazo?
Dijo que no. No se acordaba de casi nadie.
—Espero que podamos estar juntas, Juja, y no como en Navidad que no puedo ni acercarme a vos porque siempre está lleno de gente, ¿Cuánto hace que no voy a Lincoln a visitarte? Siempre pasa algo, ¿no? El año pasado no podía viajar porque estaba estudiando. Colgué, ¿sabés? No es la hotelería lo que me gusta. No sé lo que me gusta. Cómo te envidio que tengas una vocación.Yo no tengo vocación de nada. Estudiaba porque me aburría, pero después me aburrió estudiar. Me gustaría trabajar. No sé de qué, pero cuando este lío termine, voy a buscar algo. No me divierte lo que hacen las otras del *country*, van a Cáritas y juegan al tenis y al golf. Es horrible cuando nada te divierte. Quise hacer teatro pero era de noche, y de noche tengo que estar en casa. Mis hijos ya no me necesitan porque son grandes pero al menos a la noche tienen que tener a la madre en la mesa, ¿no? Vos no tenés hijos, pero seguro pensás que eso es lo mejor. Cualquiera lo sabe. Sí, siempre pasa algo y no viajo, es una vergüenza. Antes éramos tan amigas.Y no es lo mismo una amiga que una hermana, jamás. Una hermana va a estar siempre de tu lado, hagas lo que hagas, ¿no?
Empezó a llorar. Lloraba con gemiditos y tenía la cara empapada. Julia quería decir algo pero no se le ocurría qué. Podría tocarle la mano que ahora apoyaba sobre la palanca de cambios, un gesto que le hubiese dicho que estaba de acuerdo con ella, una hermana estaba siempre de tu lado. Pero no sabía hacerlo. Omar siempre le reprochaba que no era cariñosa. La asaltó un golpe de soledad. Extrañaba a Omar. No quería extrañar a Omar.
Justo el auto salía de la autopista y tomaba una calle angosta, recorrida por dos filas de eucaliptos. El auto aminoró la velocidad y en uno de los eucaliptos vio un nido de hornero, apoyado en un tronco que se abría en dos ramas gruesas.
Omar decía:Vos querés ser como un hornero, vivir refugiada por paredes redondas, sólidas, ceñidas; la entrada de espalda al viento y la lluvia.Y eso no se puede. Siempre hay riesgo. Hay que ser valiente para atreverse a amar a alguien. Con el amor se sufre.
—No sabés lo que me costó pedirte que vinieras —dijo Teo—. Cada año estás más fría, más distante, y no me atrevía a pedirte. Estuve un día entero al lado del teléfono y no te llamaba. Fue Esmeralda la que me convenció.“¿Es tu hermana o no es tu hermana?”, me dijo.

iv

Teo detuvo el auto en una barrera. Había un guardia armado al lado de una garita de ladrillo que dijo: buen día señora, ¿todo bien? Antes de que Teo contestara el guardia inclinó la cabeza, como un robot que se activa al mismo tiempo que se abre la barrera, y antes de avanzar, Teo contestó que todo estaba bien.

Siguieron por un camino asfaltado y a los costados había árboles bajitos con tutores y casas nuevas, puro cantero y pasto tan verde que parecía fluorescente.A la izquierda del camino había un alambrado de dos metros de alto y púas enrolladas por encima. De golpe terminó el alambrado y empezó un muro de ladrillos; vio una escalera y dos obreros de overoles color verde fluorescente, como el pasto, sobre los escalones más altos. Ponían ladrillo sobre ladrillo para continuar el muro. La parte terminada tenía botellas de vidrio rotas por encima, incrustadas en cemento. Miraba un cuzco negro y marrón pasar por un hueco donde el alambre tenía un agujero, y de golpe se dio cuenta de que los obreros saludaban a Teo, sonriendo, y ella les devolvió la sonrisa.

—Me quieren —explicó Teo con sonrisita de pibe que confiesa una travesura—, porque no cierro la cortina de la ventana del baño.

A la izquierda vio una casa blanca tan grande que parecía un hotel.Teo dijo que era de un ex comisario, que al principio no quisieron dejarlo hacerse socio —antes hubiese sido impensado— pero que por la guita bailaba el mono, ahora los corruptos estaban de moda porque traían a los *countries* la plata que faltaba para infraestructura. Otra vez hizo esa sonrisita. En la puerta de la casa del comisario había cuatro autos importados estacionados de culata, las escobillas de los limpiaparabrisas hacia fuera, y un muchacho en botas de goma los manguereaba. En la esquina vio dos niñeras en delantales escoceses sentadas sobre un banco de tronco, conversaban mientras mecían dos cochecitos azules. Delante de ellas, al ras de la calle, había un cartel, también de tronco, con una inscripción en negro que decía: “Despacio, nuestros niños juegan”. A toda velocidad las cruzó un chico en cuatriciclo, una raqueta colgando del hombro, dos chicos sentados contra su espalda mirando hacia atrás y riéndose. Teo estacionó la

camioneta debajo de una pérgola de cañas frente a una casa color naranja, y se quedaron mirándola. Parecía una cruza entre costa amalfitana y colonial criolla. A los costados de la puerta había dos macetones inmensos con hiedra colgando. Se acercó un perro peludo, lleno de barro, moviendo la cola. Julia cerró la puerta de la camioneta y sintió el aire espeso, como si faltara oxígeno. Tal vez fuese el fertilizante, pensó, que saqueaba el oxígeno.

3

Oyó el zumbido de una máquina de cortar pasto. Enseguida se abrió la puerta de la casa y apareció su madre, los brazos abiertos. Unos pasos detrás de ella, casi al trote, como si lo arrastrara una correa invisible, venía su padre. Su madre la abrazó y su padre esperó detrás. Por encima del hombro de su madre, vio a su padre sonreír sin decir nada, los ojos blandos.

Los hijos de Teo, Franco y Esmeralda, la saludaron curiosos. Ella se apuró a abrir el bolso y sacar un par de zapatos sanos. Eran unos mocasines nuevos, el derecho tenía tapones de goma en la suela. Cuando entró a la casa todos daban vueltas, haciendo algo. Su madre andaba preocupada por las ensaladas, la oía en la cocina, abriendo y cerrando la heladera.Teo le dijo que todavía era temprano, qué apuro había, quería mostrarle a Julia su casa nueva. La llevó a los cuartos, le mostró los baños, la terraza, las fotos en las paredes. Cuando volvieron al living, por la ventana vio a su padre en el jardín, caminaba con las manos detrás de la espalda. Teo hablaba por teléfono. Ella quería darse una ducha y acostarse a estirar la espalda, pero todavía tenía que hacer un esfuerzo y ser cortés. No dormiría en esa casa, iría al centro donde se camuflaría con los edificios, las caras anónimas, el tránsito.

Mateó en la cocina y sintió los ojos sondeadores de su madre. Ahora estaba en el comedor, poniendo el mantel sobre la mesa, aunque fuese todavía temprano. Se dio vuelta y durante un segundo sus miradas se encontraron. Enseguida su madre disimuló bajando la cabeza y alisando con las manos los dobleces de la pollera. Ella dijo: —Cómo está el viejo, mamá.
—Igual —contestó su madre. Las dos lo miraron caminar por el jardín —.Al menos no empeora.

Sonó el timbre. Abrió Teo. Una vecina quería saber si había novedades. Que no, dijo Teo.
Julia salió al jardín. Caminó por el pasto. Estaba crecido y los canteros tenían yuyos. Debía de haber llovido durante la noche, un vaho

húmedo salía del suelo. Se acercó a su padre que, con los brazos todavía detrás de la espalda, miraba al perro que mordía un hueso de plástico.

—Estás bien, viejo —dijo.

Nunca le habían gustado las preguntas que se respondían sí o no. No hacía ese tipo de preguntas a sus alumnos, si no pecaría de conductista, buscar el "sí" de lo que debía ser "sí" y el "no" de lo que debía ser "no". Pero había leído en alguna parte que así era como había que dirigirse a la gente con *alzheimer*, para no hacerles sentir la angustia de recorrer los surcos del cerebro, buscando.

Su padre la miró con los párpados a la mitad de los ojos, como reconociéndola y haciendo un esfuerzo por pensar. El azul de los ojos tenía una aureola marrón y la pupila parecía haber desaparecido. Se rascó el cuello.

—Julia —dijo como aliviado. Cruzó los brazos y miró al perro que daba saltitos, enroscándose sobre sí mismo. Después el perro los miró con la lengua colgando entre los dientes—. Estos perros son todos inútiles —dijo—. Yo tengo un bóxer.

Julia se acordaba de los cuentos del bóxer de cuando era chico, se llamaba Tigre y era marrón y blanco, se lo había regalado un tío que criaba boxers campeones. El perro se tiró sobre su espalda, las patas hacia arriba, torcidas, y su padre seguía mirándolo.

—¿Ves? —dijo—. Este perro es un vago.

Oyó un ruido que venía de la casa. Su madre les hacía señas para que entraran. Quería gritarle que los dejaran en paz, que estaban conversando, pero se calló. Desde ese lado del jardín, su madre se veía diminuta y la pintura de la casa, descascarada.

—Decime, Julia —dijo su padre mientras caminaban hacia la casa. Ella se detuvo, esperando que siguiera hablando, expectante, pero él se quedó mirándola, como si luchara por recordar lo que iba a decir. Los ojos parecían desenfocados, se veía que no podía sostener la mirada mucho tiempo. No tenía arrugas ni canas pero la vejez se le notaba en las manchas marrones de la piel y también en los ojos secos.

—Hay que ver —dijo, la cabeza agachada. Después levantó la cabeza, frunció la frente y levantó el dedo índice mirándola a los ojos. Por el pelo blanco, parecía un profesor o un científico a punto de exponer una teoría compleja—: Solo los vencidos recuerdan la historia —dijo lleno de solemnidad. Después negó con la cabeza, la movió para un lado y para el otro, muy serio. Entonces sonrió, otra vez concentrado en el perro—. Qué perro imbécil, ¿no ves que es un vago?

Los llamaron otra vez y tomó a su padre del brazo. Caminaron juntos hacia la galería. El alza del ortopédico se hundió en un pozo disimulado en el pasto crecido, y se pegoteó. No había felpudo, entonces le pidió a su sobrina un diario viejo para sacar el barro de la

suela de sus zapatos.
Adentro parecían hormigas, cada una en lo suyo. Sonó el teléfono.Teo atendió y enseguida dijo:
—No puede ser —hizo una pausa y volvió a decir—: no puede ser.
Nadie le preguntó nada cuando cortó. Se oía el ruido de los platos apoyados sobre la mesa y una brisa que zarandeaba la cortina.
—Qué cosa peor puede haber pasado —dijo al fin su madre.
Teo fue al living, se sentó en el sofá y lloriqueó, tapándose la cara con las manos.Todos la miraban, esperando.
—La Cámara le confirmó la prisión preventiva —dijo. Revolvió la cartera, encontró un cigarrillo y lo prendió. No se oían ruidos, todos permanecían en silencio—. Lo trasladan a Devoto —dijo. La mano que tenía el cigarrillo temblequeaba.
—¿Qué es Devoto? —dijo Esmeralda.
Franco le hizo una seña con la cabeza y se fueron los dos por la puerta que iba hacia los cuartos. Julia no podía pensar en otra cosa que no fuese estirar la espalda. Además sentía un zumbido en los oídos. En Navidad era igual, solo que venía dispuesta, como algo que había que cumplir para que no la molestaran, quién no tiene una obligación familiar al menos una vez al año. Nadie le preguntaba demasiado y ella siempre creyó que era así por la pierna, como si tuvieran que cuidarse de no meter el dedo en la llaga, con miedo a que algo pudiera disparar el tema, como un complejo colectivo, como si de alguna manera fuesen culpables de haberse quedado con una parte que a ella le faltaba. Sabía que a alguien de afuera de la familia le sorprendería la naturalidad con la que ellos, los de adentro, los miembros de la familia, se manejaban alrededor de la deformidad. Pero no era así. El zapato alto, adentro de la familia, no era un zapato común como parecía, y no había nadie acostumbrado a él. La naturalidad era fingida. Disimulaban la aprehensión todavía más que la gente de afuera y hacían de cuenta que sus piernas eran iguales todavía más que la gente de afuera.Ahora se imaginaba corriendo, corriendo y dejando a todos pasmados por la sorpresa, observando a derecha e izquierda si alguien más la estaba viendo, y, en la autopista, lejos de los ojos de todos, parando un colectivo que la llevara a cualquier parte donde se pudiera tomar otro y otro hasta llegar de nuevo a su casa. Además no pertenecía a la escena. La traducía a relato en su cabeza, como si sucediera, como siempre, ajena a ella y se enterara por teléfono o un mail. Podía imaginar lo que diría pero no podía, en cambio, reaccionar en ese momento, decir algo sensato, acorde al presente fuera de sí misma.
El silencio había durado tanto, que ya podían percibirse los ruidos del jardín.
—Entonces es culpable —dijo su madre—. ¿Qué podés hacer vos?

—Entonces almorcemos, que estoy cansada —dijo ella.
—Es mi culpa —dijo su padre golpeándose el pecho con los puños, la cabeza agachada—. Mi gran culpa, por eso ruego a Dios todopoderoso, a los santos mártires,…
—Dano está preso, papá —gritó Teo—. ¿Por qué va a ser culpa tuya?
Él frunció la nariz. Dio media vuelta y fue hacia la mesa. Metió la mano en la ensaladera y sacó una rodaja de tomate. Después se sentó y con el tenedor pinchó una milanesa. Miraba la milanesa sobre el plato. Se hizo silencio otra vez.
—¿Qué dicen los Arosamena? —dijo su madre.
—Lo que les conviene —dijo Teo.
—¿Quiénes son los Arosamena? —preguntó Julia.
—Los dueños del banco —dijo Teo y lloró de nuevo.
Ella se preguntó cómo hacía para llorar cuando quería y si lloraría por ella o por el marido. Su madre dijo que no lo podía creer. Parecía indignada, apretaba los ojos con fuerza. El gesto le hizo recordar una vez que estaban las tres en la cocina, su madre,Teo y ella, y comían ñoquis de sémola. Ellas no hablaban porque sabían que su madre estaba enojada. Su padre se había ido de pesca a Corrientes con el amigo de las zapatillas Indiana.Teo tenía una fiesta de una amiga del colegio y no se la quería perder.Ya se había bañado pero no se había puesto el vestido, no fuera a ser que su madre la eligiera de blanco y encontrara una excusa para no dejarla ir.Todavía podía sentir la masa blanda de los ñoquis en la boca, la lengua la envolvía, la empujaba contra el paladar y resbalaba hacia la garganta. Su madre raspaba el tenedor sobre el plato vacío y ellas se miraban. Cada tanto tomaba un sorbo de vino oscuro. La botella de *Old Smuggler* estaba vacía sobre la mesa, y era como otra persona más entre ellas, otra mujer.
—Su padre es increíble —había dicho de repente—. Todo lo que yo hago por esta familia y él se las toma cuando se le da la gana.
Siguió hablando y de repente lloraba y de repente no lloraba más y se reía, tomaba un trago de vino, se reía a carcajadas, después un “aj”, como si se atragantara.Al rato tiraba los vasos al piso, después su plato, la botella de *Old Smuggler* y último la de vino, que tiñó todo de bordó. Teo lloraba y se tapaba la cara. Ella sintió lo mismo que ahora, que sobrevolaba el escenario, se quedaba afuera de la escena, aunque sucedía frente a ella.
Quería acostarse, estirar la espalda en una cama dura y cerrar los ojos y no pensar en nada. Maldijo el momento de debilidad en que contestó que vendría a Buenos Aires. Pero no dijo nada, esperó.

V

Después del almuerzo, sus padres se fueron al centro. Ella y Teo quedaron solas, y Teo le contó la historia del programa periodístico. Dijo que esa noche se habían sentado frente al televisor a ver el programa de los lunes a la noche. Que siempre veían ese programa, y Dano se había tirado en la cama igual que cada lunes, los pies sobre el almohadón, como si de veras ignorara que el protagonista del programa iba a ser él. Tomaba un whisky con Coca Cola y hielo. Desde que se mudaron al *country* tomaba whisky después de comer, y ella hacía tiempo que lo prefería borracho antes que acosándola con preguntas sobre lo que ella hacía durante el día.

Habían comido con los chicos, y Dano se había enojado con Franco por las nueve materias que tenía con aplazo. Había pegado un golpe en la mesa con el puño, se había caído un vaso al piso, y Franco se había levantado y salido corriendo. Teo lo siguió, fue hasta su cuarto a hablarle, a decirle lo mismo de siempre "entendelo, no es que se enoja con vos, es que está cansado por el trabajo y encima siente que nadie le reconoce el esfuerzo". El hijo le había gritado que él no tenía nada que ver. Era siempre la misma conversación. Ella forzaba la reconciliación entre padre e hijo, si era un desperdicio tener padre, pero en verdad no tenerlo. Qué importaba entonces que hubiesen sido tan jóvenes y tan ingenuos cuando lo hicieron a él, que había crecido tanto, una vez que tenés los hijos no hay vuelta atrás.Y siguió:

—Eso le digo a Dano todo el tiempo. Perdoname que te cuente todo de golpe, te estoy contando lo que pasó, en el fondo hace tanto que quería contarte cosas, hablar con vos como hablábamos cuando éramos chicas y sentíamos que lo que le pasaba a una le pasaba a las dos.

Después salió del cuarto de Franco y la oyó a Esmeralda hablando por teléfono con el novio: "¿Mi papá?", decía la chica. Ella no le dio importancia, si se la pasaba en el teléfono. Siguió hasta su cuarto.

Dano miraba la tele, el vaso en la mano. Ella caminaba por el cuarto, ordenando. Pensaba en cómo encararlo y decirle que hablara con su hijo. Después se sentó en el silloncito y abrió una revista. Entonces

oyó la voz de Dano que salía de la tele. Miró hacia la cama. Dano estaba blanco y paralizado. Ella dejó la revista y se sentó sobre la cama. La visión era mala, a veces perdía foco y la imagen vibraba. Pero era Dano. O no era Dano. Era el cuerpo y la voz de Dano que hablaba y se movía con gestos de un hombre con aire de "yo las sé todas". Dijo que era como si un actor se hubiera enfundado en su cuerpo y el que se veía en la pantalla era un intérprete y no el hombre con el que ella vivía desde hacía dieciocho años y al que quería recriminarle que no ocupaba su rol de padre. Miró al verdadero. Apuntaba los ojos al techo, la cara blanca. El de la tele decía que todo era muy fácil, que justamente de esas cosas se ocupaba la sección de banca privada del banco. Se cortaba la imagen y aparecía el conductor del programa, un flaco de cara gris y anteojos redondos que explicaba cómo el notero se había hecho pasar por un cliente o *prospect,* como dicen los que esgrimen la jerga financiera.

—¿Qué es esto?, ¿qué está pasando? —le preguntó a Dano.
Volvía la imagen de Dano y una voz carrasposa le preguntaba algo que apenas se entendía y ella no llegó a leer las letritas blancas que ponían debajo de la pantalla. Que de eso ni se preocupara, contestaba el Dano de la tele, muy canchero, cara de ser el dueño del banco y no un empleado, si justamente para eso el banco tiene una dirección de *hold mail* en Uruguay.
El periodista de anteojos redondos explicaba que el seudo cliente había estado dos veces en esa oficina hasta volver con un fajo de diez mil dólares.Volvía a aparecer el Dano alegre, cara de Isidorito Cañones, se reclinaba en el sillón y jugaba con la corbata. Le decía al seudo cliente que al día siguiente de que trajera el resto de la inversión, los dólares amanecerían en las playas de las Caimanes.
Sonó el teléfono. Ninguno atendió.
—¿Quién sos? —le gritó a Dano y Dano se quedó callado.
En la televisión el seudo cliente estaba diciendo que si los políticos se robaban la plata de los impuestos, a uno

no le dejaban otra. Que en este país no se podía hacer nada legal. El Dano de la tele pareció dudar durante unos segundos, miraba en silencio hacia adelante, o sea la cámara, y jugaba con el encendedor. Después apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón que se reclinó de golpe. La cámara debía estar escondida en la solapa del saco del notero, se notaba que se esforzaba por subirla, como si naturalmente le quedara apuntando al cuello de Dano.

—Todo el mundo lo hace, señor Arana —decía el Dano de la tele—, de

eso vive este banco, ¿o usted cree que los bancos viven de lo que se supone que viven los bancos: de prestar dinero y guardar ahorros? Y que los políticos son los primeros, ¿quién no lo sabe? Los peces gordos del banco son todos políticos, así que despreocúpese —volvía a recostarse contra el respaldo de la silla—. Sabe qué, señor Arana —seguía—, en este país, el que no quiere ser pobre tiene que hacer las cosas por detrás, y si no habría que rajarse a las Caimanes y poner un puesto de choripanes en la playa. La mitad más uno del dinero caribeño debe hablar argentino.

El Dano de la cama se había servido más whisky y más Coca-Cola y no hablaba. Ella lo miraba, muda. En la mesa de luz estaban las dos botellas y el balde de hielo chorreaba sobre la madera.

—Sacá el balde de ahí que arruina la madera —le dijo, y él le hizo caso.
Aparecían en el estudio otros dos periodistas, un abogado y un experto en temas financieros y hablaban del puesto de Danilo Pistarini como oficial de cuentas y mostraban un esquema de la jerarquía dentro del banco dibujado en una pizarra blanca.Así se sacan los fondos no declarados del país, decía una voz en *off* antes de pasar a los avisos.
Al final, Dano se había quedado dormido de tanto alcohol. Ella no durmió. Iba repasando uno por uno montones de momentos que habían vivido juntos y lo analizaba en cada uno que recordaba, a ver si pesaba algún indicio que ella debería haber pescado. Cada dos o tres escenas, aparecía el día del casamiento y el momento en que bailaban el vals: él estaba engripado y la miraba con ojos vidriosos, y la música rugía adentro de sus oídos.
Al día siguiente Dano había ido al banco como todos los días.Volvió temprano, a la hora en que los chicos llegaban del colegio. Estaba sonriente y canchero. Les preguntaba a los chicos cómo les había ido en el colegio. Los chicos contestaban con monosílabos. Les dijo que no creyeran lo que la gente decía. La gente nunca sabía nada y creía cualquier cosa, creía lo que quería creer.
Franco miraba para abajo, Esmeralda dijo:
—El de la tele sos vos, papá, todos te vieron.
Dano le contestó:
—Fue una trampa, andá sabiendo que en este país primero se acusa y después se prueba. Es increíble pero es así. Andá con la frente alta y, si alguien te dice algo, decí que le voy a mandar a mis abogados al canal de televisión. Lo que ellos hicieron es ilegal.
Cuando se quedaron solos,Teo le dijo:
—A mí decime la verdad.
Él le contestó:
—Nunca te agitaste por nada, no te vas a agitar ahora.

—Pero ¿cómo te fue en el banco? —insistió Teo—. ¿Qué pasó? Había periodistas, ¿qué decía tu jefe?

Dano porfió con que no se agitara. Que todo había estado lo más bien, había almorzado con su jefe de sección y no había hecho más que decirle que para esos temitas estaban los abogados del banco, qué se le iba a hacer.

Esa noche se parecía más al Dano de la tele que al de siempre, fumaba un cigarro en la terraza y no la acosaba a preguntas acerca de lo que había estado haciendo ella a cada hora del día.

A la mañana siguiente salió temprano y al mediodía nadie sabía dónde estaba.Volvió a su casa a eso de las doce de la noche y se encerró en el escritorio.

Ahora Teo ponía una grabación de un noticiero que lo mostraba a Dano cabizbajo, saliendo de su casa color naranja y subiéndose a un patrullero. Entonces la voz en *off* decía que había sido procesado por estafa, que los dueños del banco lo habían despedido y se habían convertido en querellantes. Que le aportarían a la justicia los datos que esta solicitara. El periodista de anteojos turnaba su discurso entre la ironía y la sanción, a veces hacia los dueños del banco y su, según él, comedia, y a veces, como si no se pudiera definir, hacia el *yuppie* Pistarini del *country* tal, que a veces mostraban desde un helicóptero y se veía en cuadraditos prolijos.

El cabizbajo sí parecía ser el Danilo que ella recordaba. Un hombre con los ojos lejos, el traje gris oscuro muy grande, como si lo hubiese heredado y no se hubiese tomado el trabajo de mandarlo a achicar.

—Hasta ahora no dudaba de que saldría enseguida —dijo Teo—. Las conversaciones que vos y yo tuvimos por teléfono, me habían dado seguridad. Dano estaba en el Centinela porque los Arosamena necesitaban tiempo para poner el banco en orden. Después supe que habían esperado un día para hacer la denuncia, para que cayera en el turno de su juez amigo. Pensé tanto, Juja. Pensé que a la larga el juez no podría incriminar a un empleado por una maniobra del banco. Que podría tomarse un tiempo, por supuesto, y usarlo políticamente en su propio beneficio, pero ahora temo lo otro que dijiste, que Dano sea un chivo expiatorio, si no cómo explicar que esté en Devoto.

—Yo no dije lo del chivo expiatorio, lo dijiste vos.

Teo la miró perpleja. Después se mordió las uñas. Recién entonces Julia se dio cuenta de que Teo estaba muy flaca, demasiado.Y demacrada. Lo disimulaba gracias a las botas y el vestido suelto, salvo los pechos apretados. Pero podía verle los huesos de los hombros y también dos cunetas que formaban los omóplatos. Debajo del ruedo de la pollera y más arriba de las botas, despuntaban las rótulas.

—Dano dijo que la gente creía lo que quería creer —siguió— y yo creía que él era fiel. Su papel era siempre el de Romeo sin Julieta, el

enamorado frustrado, puro reproche de que yo no lo quería lo suficiente.Y un día, hace poco, pasó lo del telefonito —se mordió el labio y sonrió. Después se quedó seria, como tanteándola a ella, como si no supiera si contaba un chiste o una miseria.
Julia miró, a través de la ventana, las ramas de un pino flaco y torcido que se mecían con el viento.
—Después de lo del telefonito los días siguieron iguales, como si hubiese hecho un nudo que ataba las puntas sueltas y nada, nada, hubiese pasado. Había podido hacerlo porque Dano no sabía que yo sabía. Nunca se lo dije. Si lo hacía, hubiese tenido que hacer algo al respecto. Cambiar algo. No iba a cambiar algo. Quería que todo siguiera como hasta entonces. Como hasta antes de ese asunto del teléfono perdido.
Esmeralda asomó la cabeza por el costado de la puerta y entró al cuarto de Teo, sacudiendo las manos para secar el esmalte azul. Le pidió a Teo si podía quedarse un rato con ellas. Teo le contestó que no, que mejor las dejara solas. La chica se fue, y Teo contó que un día, hacía unos meses, escuchó la voz de una mujer desconocida en el contestador. La voz decía que dejaba el celular en la oficina, y daba la dirección. Aquel mediodía ella tenía que ir al centro, entonces fue hasta la dirección que la voz había dicho. Era un hotel habilitado en Montserrat. La "oficina" era la recepción, un cubículo de vidrio polarizado con un hombre de traje oscuro, moño en el cuello y un cajón donde estaba el telefonito.A Dano le dijo que un taxista había dejado el teléfono en un bar.
Durante dos segundos ella y Teo cruzaron sus miradas. Durante un instante fue como colarse en la cabeza de su hermana y que al mismo tiempo su hermana se colara en la suya, como zambullirse en un río y sumergirse hondo, hondo, donde la corriente era fuerte, iba y venía de su cabeza a la de Teo. Enseguida las dos miraron hacia abajo.

vi

El departamento del primo quedaba cerca de Plaza Italia, sobre la calle Berutti, a tres cuadras de donde vivían cuando eran chicas. El living era blanco y minúsculo, parecía que si estiraba los brazos podía tocar las paredes de los dos lados del living al mismo tiempo. Había un sofá de cuero blanco y encima de la mesita una foto de los primos en traje de baño, abrazados como un equipo de rugby, sonriendo bocas grandes. El del medio era el dueño del departamento. El más parecido al tío Alfonso. La ventana miraba hacia un pulmón de manzana sombrío y angosto, el edificio de enfrente se veía muy cerca. En esa pared se notaba cómo empezaba a oscurecer. El edificio de la derecha tenía una ventana más ancha que el resto, iluminada con una luz fluorescente, casi azul. Era un gimnasio y varios hombres en musculosa levantaban pesas.

Encendió la luz del departamento y enseguida vio su sombra reflejada en la pared blanca. Al fin sola. Al fin. Abrir las canillas de la ducha y sentir la lluvia sobre la espalda.Tenía la sensación de que este viaje no era otra gran comilona alrededor del arbolito y todos hablando al mismo tiempo y después viajar sola al sur o al norte, a cada recoveco de la Argentina. Buscó una radio. Encontró una y la encendió. La provincia de Santa Cruz no traería los fondos que tenía en Suiza, decía el locutor. Trescientos cincuenta mil porteños viven en condiciones precarias.

En la cocina había un paquete con la yerba que le gustaba, en la heladera había varios limones, leche, manteca, pan lactal. Se hizo un café. Sobre la mesa del living había un florero de vidrio muy largo, como el cogote de un avestruz, con dos calas. La mesada del baño estaba llena de frasquitos de shampoo y cremas, de esos de hotel. Se notaba la marca de Teo. Podía imaginarla llamando a la tía, pidiéndole prestado el departamento, viniendo con los frasquitos y las calas, como una mendiga de cariño. Abrió la canilla de agua fría y se metió debajo del chorro para que le masajeara la espalda. La jabonera tenía jabón pegado. No había toalla.Teo se acordaba de las calas y de los frasquitos pero no era capaz de colgarle una toalla. Se secó con la ropa sucia. Ropa limpia y a estirar la espalda sobre la cama. Por fin. Se tomó de los barrotes y trató de aplastar la columna contra el

colchón. Separaba las vértebras prensadas por las cinco horas de viaje. Se estiraba, desenvolviéndolas, sobre todo las de la escoliosis, y después se masajeó la cadera alargándose y contorneándose de costado, como una lombriz.

Cerró los ojos y pensó. Somos dos mitades de una misma cosa dijo en voz alta.Ya sin el "como".
No supo cuánto tiempo durmió hasta que oyó el timbre. Era el tío Alfonso. La saludó con la galantería de siempre y dijo:
—Pero ¿cómo anda mi sobrina intelectual? Qué bueno tenerla por acá —y le besó la frente.
Tenía un traje azul con rayitas blancas, una corbata Hermés celeste, zapatos abotinados y refulgentes, la piel de la cara con más pozos que nunca y el pelo engominado desde la frente. El párpado izquierdo le temblaba. Se sentó en el sofá y se frotó las manos.
—Qué pasa —dijo ella.
—Pero, che, qué modales son esos —dijo él—. ¿Te estás quedado en la casa de mi hijo y me recibís así? ¿No me ofreces nada para tomar?
Julia fue a la cocina. Encontró una botella de wkisky. Mientras servía el whisky lo miraba ojear una revista. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo veía? Hacía muchos años que pasaba Navidad en Nueva York. No lo recordaba con tan poco pelo. Un mechón brilloso le cruzaba la cabeza y solo tenía pelo en la nuca.
—Tanto tiempo, eh —dijo. Miraba el vaso y hacía girar los hielos. Le comentó novedades de los hijos. Sus hijos se habían ido yendo uno por uno a estudiar allá y después se quedaban a trabajar. Alfoncito pensaba volver el año siguiente, trabajaría en la escribanía del padre. Después levantó la cara y le preguntó si estaba al tanto de las cosas, que Dano estaba en Devoto. Ella contestó que sí.
—Los Arosamena vinieron a verme a la escribanía.Ya sabrás quienes son los Arosamena. Están indignados. Me dijeron que Dano era un ingrato y que le dijera que más valiera que reconociera y confesara todo, si no, se iban a encargar de que quedara incrustado en Devoto.Y nosotros no queremos eso, Julia, claro está.
—Quiénes somos "nosotros" —dijo ella.
Él la miró fijo a los ojos. Parpadeaba el ojo izquierdo. —¿Confesar qué? —siguió ella.
—Cuánto dinero desvió y quiénes son los clientes perjudicados —dijo él, parpadeando más rápido.
—Y ¿por qué me lo venís a decir a mí?, ¿yo qué tengo que ver? —Parecía que aguantaba el enojo y procuraba calmarse. Dijo—: Conozco a los Arosamena de toda la vida, son unos caballeros, de esos que ya no quedan. Se hicieron de abajo y su banco es una de las instituciones más serias del país. Son amigos de los padres de Dano, que están

devastados. Imaginate la ingratitud de ese chico.Y acordate de que a los bancos los sostiene la credibilidad, si empiezan los rumores, se da una corrida y chau banco. Chau plata de todos.
—¿Quiénes son todos y yo qué tengo que ver? —insistió—, no tengo un peso en ese banco.
Él se quedó callado un rato. Refregaba las manos. Después dijo que tratara de entender la magnitud del problema, que con Teo no se podía hablar, era tan fantasiosa que no captaba la diferencia entre lo que era importante y lo que era una pavada, se trataba del trabajo y del nombre de su marido, parecía que se había vuelto loco, recontra loco.
—El problema no es lo evidente, a ver si me entendés, Julia, no es lo que está a la vista de todos si no lo confidencial, lo que el banco no quiere que se sepa y no es el asunto de sacar fondos no declarados del país, si no que los ha desviado, entendé: des-via-do. Hablamos de la integridad de su nombre y la posibilidad de seguir trabajando, y, además, los ahorros de mucha gente. A ver si me entendés.
—O sea tuyos.
El tío Alfonso se puso de pie y caminó con el vaso en la mano. Los zapatos crujían. Miró por la ventana. Le vio la espalda encorvada. El traje, tan oscuro que parecía tornasolado, se doblaba hacia delante, encima del cuello. Se dio vuelta y la miraba sin parpadear, los dos ojos prensados. Dijo que se imaginara la siguiente situación: los Arosamena viendo el programa de televisión en el que un empleado del banco era sorprendido haciendo algo ilegal. Que ellos, apenas empezaba el programa y se daban cuenta de lo que se venía, habían llamado a los abogados del banco. Hasta ahí había sido algo que se podía manejar.
—Es como en la época de la ley seca —dijo—. En la época de la ley seca no se podía vender alcohol. Pero el policía tomaba alcohol, el juez tomaba alcohol, el fiscal tomaba alcohol, hasta el mismo presidente tomaba alcohol. Bueno, acá es lo mismo. No se puede sacar fondos no declarados del país. No se puede, Julia, pero se hace igual, entendé, pertenece a los usos y costumbres. El Banco Central sabe que existen las cuevas. Pero por su misma naturaleza de cuevas, no las puede detectar. A no ser con la cámara oculta de un periodista, como ahora. El Banco Central también sabe que los bancos no le declaran las ganancias de las cuevas. Pero se quedan callados porque es como escupir para arriba, si hasta ellos mismos tienen

plata en alguna cueva. Entonces, hasta ahí, el asunto era algo que se podía resolver. Un disgusto, un gasto extra en horas de abogados. A Dano lo hubiesen tenido que despedir igual, pura formalidad, por supuesto, pero se lo apoyaría económicamente, conservaría la

integridad de su nombre dentro del mundo bancario y la chance de seguir trabajando en cualquier otro banco. La prensa no estaría tan interesada en seguirlo hasta el banco nuevo, la noticia ya habría pasado, fijate que acá los escándalos duran muy poco, las cosas se olvidan pronto. Pero, imaginate —dice ahora— a los Arosamena colgando el teléfono después de la conversación con los abogados y volviendo a sentarse frente al televisor.

El tío Alfonso se inclinó hacia adelante, un codo apoyado sobre el apoyabrazo.
—Imaginátelos cuando escucharon las instrucciones de giro. Ellos estaban esperando oír el nombre del City, su banco corresponsal. Las instrucciones debían empezar: *City Bank NA, 39 Park Avenue,* etc., etcétera.
El tío Alfonso hablaba trabado, como si un caramelo en la boca le impidiera mover la lengua con comodidad y se estacionaba en las “a”. Eso la retrotrajo a la infancia. Antes no le prestaba atención a su manera afectada de hablar porque el tío Alfonso era algo de todos los días. Pero ahora le llamaba la atención.
—Imaginátelos cuando oyeron *Kaiser Internacional Limited,Worth Investments Limited* —siguió—. Enseguida, en ese mismo instante, detectaron que no se trataba de su banco corresponsal sino de otro y que no se trataba de Caimán sino de las BVI, que son dos islas distintas. Para ellos es cuestión de un segundo, como para vos distinguirme a mí de tu padre. Imaginátelos enterándose, frente al televisor, de que su oficial de cuenta Pistarini estaba enviando plata a otro banco corresponsal, en otra isla, ¿me seguís? Fue evidente recién en ese momento, al oír las claves. Hasta entonces, como el que recibe las instrucciones de giro es un banco que atiende miles de bancos como este, no se percibió el desvío. Pensá que ese banco corresponsal presupone que los clientes reciben sus estados de cuenta y leen los movimientos. No está pensando que los extractos con los resúmenes van a una dirección en Montevideo que los retiene para que los clientes, que no viven en Montevideo si no acá, no tengan problemas impositivos. Ni les interesa, no es un asunto de ellos, ellos cumplen las órdenes del *broker* y el *broker* mueve las cuentas a discreción, ¿me seguís?
Miraba el vaso, ahora vacío. Lo giraba, revolviendo los hielos. Movía la cabeza y los labios como si siguiera hablando, solo que estaba callado y pestañeaba el ojo izquierdo maquinalmente, como un tic.
—Y eso no es todo —siguió—. Imaginátelos cuando oyeron el nombre de esa cuenta insólita, la *Silent Piramid* —sonrió una encía gomosa y de dientes oscuros.
—Lo que estás diciendo, entonces —dijo ella, parándose y mirando

por la ventana— es que se permiten un montón de ilegitimidades porque todos las hacen, se hace una pantomima de la honorabilidad pero no se la ejerce, y lo que hizo Danilo es salirse de ese carril, de ese *modus operandi*.

Los hombres en el gimnasio del edificio de enfrente estaban envueltos en toallas. Una de las ventanas estaba empañada pero en otra ventana, más chica, los vio abrir y cerrar roperitos.

—Vamos, Julia —dijo parpadeando—. Lo que Dano hizo es robar.
Lo dijo con el ceño fruncido, apretando los músculos de la cara como para forzar al párpado inquieto a quedar estable. A ella le recordó al tío Alfonso de la infancia, de su voz de altoparlante, de lo fanfarrones que eran sus hijos, réplicas suyas, que Teo admiraba y ella detestaba. Se acordó de su presencia constante en cada segundo de sus vidas, como si en su casa no se hubiese podido nunca cerrar la puerta y que él quedara del otro lado.
—Y vos tenés plata en ese banco —dijo Julia.
Él se calló durante unos segundos. Mientras tanto se oía gotear la canilla de la cocina. El tío Alfonso seguía parpadeando, levantando el mentón y metiendo los dedos de una mano en el cuello de la camisa. Después torció la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda, como una tortuga.
—Me dicen en el banco que tengo la mitad de lo que puse. ¿Podés creer que cuando iba a su oficina a ver cómo andaban las cosas, el chico me pedía que lo felicitara y me mostraba mis ganancias en la pantalla de su escritorio? Una farsa, ¿entendés?
Sacó un cigarrillo marrón de adentro de una cajita de metal. Lo prendió con un encendedor plateado que hizo flap al cerrarse.
—La plata de tu padre también está en ese banco —dijo después, el humo gris cubriéndole la cara.
Ella se puso de pie y fue hasta la cocina. Sacó dos hielos. Los puso en un vaso. Cortó rodajas de limón. Sirvió vodka hasta cubrir los hielos. Las rodajas de limón se acostaron sobre los hielos. Destapó una tónica. Completó el vaso.Volvió al living. Prendió un cigarrillo. Miró hacia fuera. La única luz prendida era la del gimnasio.
—No sabía que el viejo tuviera ahorros —dijo, dándose vuelta y mirándolo fijo.
El tío Alfonso repitió el gesto de meter los dedos en el cuello de la camisa y girar la cabeza.
—Cuando ya no podía tomar decisiones, convine con tu madre en que yo me encargaría.
Se le apareció la imagen, repetida como en miles de capítulos todos iguales, de su madre furiosa con su padre, acusándolo de vago y de desatender las necesidades de la familia. Su padre con la cabeza

hundida entre los hombros, resoplando. Después su madre apretándole a ella la mano y arrastrándola a lo del tío Alfonso a suplicarle un aumento de sueldo para su marido. En vez de volverse con la promesa del aumento, volvía con lo que tenía en mente cuando había empezado a suplicar: el sobre marrón que le conseguiría la heladera de dos puertas o el Peugeot 404 o el viaje a las Cataratas.
Sintió náuseas. Fue hasta la cocina.Abrió la canilla. Se agachó a tomar agua del chorro. El tío Alfonso la siguió. Estaba parado en el marco de la puerta. Recién se dio cuenta de que se había afeitado el bigote. Que el labio superior era tan finito que era como no tener labio y por eso se le veían las encías cuando sonreía. Antes el bigote forraba el labio como un cepillo.Ahora se mordía el labio inferior en un gesto de fastidio, de que no se podía razonar con mujeres, por más que se hicieran las pensantes e independientes. Ella tenía ganas de reprocharle que al final no había pagado la operación de alargamiento de su fémur, como si eso pudiese ser lo peor de todo y como si no hubiese sido ella misma la que no había querido operarse. Enseguida sintió vergüenza, ese era un pensamiento sin dignidad, en el que el alma valía menos que una pierna. Después recordó la conversación a solas con él, aquel fin de semana en el que ella tenía que decidir si quería operarse o no quería operarse. Era el cumpleaños de su padre y el tío se lo festejaba en su casa del río. Habían vendido la casa de ellos, es decir, la de su padre, el fin de semana anterior, para pagar unas deudas de su madre.Aquel día el tío Alfonso le explicaba, muy interiorizado en el asunto de su pierna, que cinco centímetros era el límite para la inestabilidad del alza, es decir, para que la compensación del zapato de la pierna más corta no la hiciera trastabillar, torcerse la espalda o que le doliera. Decía que siendo su discrepancia seis centímetros, apenas un centímetro más que el límite de estabilidad, el problema era un problema más estético que funcional. Cuando decidió no operarse tuvo en cuenta esa advertencia. Y siempre supuso que el que hubiese pagado la operación hubiese sido el tío Alfonso.
—Entendé, Julia, alguien tiene que hacer que ese chico entre en razón, es por el bien de todos.
Ella tomó tragos grandes. Después aplastó el cigarrillo en el cenicero. Se puso de pie y caminó con el vaso en la mano hasta la ventana. No quería oír más, extrañaba a Omar. Se imaginaba la conversación con él cuando le contara todo esto.
—Estuve en el banco y me dicen que no tenemos la cifra que teníamos, Julia. Tenés que entender lo que te estoy diciendo. Dano hizo una locura, nos robó.
—¿La plata del viejo y la tuya estaban juntas?
—Una de mis dos cuentas es en conjunto con tu padre y tu madre.

—A que no es la que se achicó.
El tío Alfonso sopló humo gris, denso, que subió hasta el techo. Encogió los hombros y abrió las manos. Ella le vio las palmas blancas, gruesas, y la alianza estrangulándole un dedo. Se acercaba, caminando hacia ella, que apoyaba la cabeza contra la ventana. Sonrió, entrecerró los ojos, dijo:
—Es lo mismo, Julia, ¿o no ha sido lo mismo, toda la vida?
Julia no lo miraba a la cara, miraba las rayas de su corbata. Dijo:
—Ya me pediste lo que querías pedirme, ahora andate, Alfonso, por favor. Estoy muy cansada —Julia agachó un poco más la cabeza, apuntaba sus ojos a los zapatos del tío Alfonso.Vio sus pies virar y después crujir hasta la puerta de entrada.
—Llamame cuando hayas recapacitado.
Cuando se fue, el silencio era nítido.Abrió el bolso. La segunda botella de vodka estaba envuelta en una bufanda de lana. Sacó más hielo, cortó otras rodajas de limón. No le agregó tónica, lo sirvió puro. Se sentó en el sofá con el vaso en la mano y miró por la ventana.Ya no había nadie en el gimnasio. Pero se habían encendido otras ventanas, salpicadas más acá y más allá. El vodka tardó en llegar a la cabeza, como si se negara a unirse con el trago anterior que estaba mezclado con tónica. Pero al fin llegó y de pronto tuvo ganas de llorar. Nunca lloraba, jamás, jamás, jamás y ahora se aguantó las ganas. Si estuviese en su casa, en este momento vería, sobre la pared medianera, al lechuzón que vivía en el jardín de Don Vito. Siempre la había hecho acordar al tío Alfonso; amarillo, con su cara plana y redonda, el pico ganchudo y esos ojos enormes en la frente que hipnotizaban.

vii

Se lavaba las manos, las frotaba con fuerza. Oía voces del departamento de al lado: “es todo tu culpa”, decía la voz de una mujer. Después encendieron el televisor y se oía una conversación incomprensible, con eco.A las nueve y media apareció Teo con dos cajas de pizza, dos botellas de cerveza y un vestidito corto. Mientras comían,Teo le contaba lo que había dicho el abogado Lisazo. Que todo era difícil pero él era optimista. Que los Arosamena hablaban de cuatro millones nada más que para indicar que tenían claro el asunto, pero en verdad no sabían nada. No podían. Hasta ahora todo lo que tenían era esa “creación” de estafas reiteradas y en asociación ilícita, pero sin un correcto encuadre legal de la figura delictiva, había dicho el abogado.Tenían lo que tenían gracias a que habían esperado al día siguiente para radicar la denuncia en el turno del fiscal del fuero penal de instrucción, con un juez amigo.

—¿Te acordás que te conté que al día siguiente, después de lo de la tele, no pasó nada? —le preguntó Teo— Lisazo me explicó lo que es *Silent Piramid,* una cuenta en las Islas Vírgenes que aparentemente sería de Dano, pero dijo que no se puede saber a quién pertenece, ni cuánta plata hay en esa cuenta. La única posibilidad que tienen los Arosamena es apretar a Dano para que confiese y es por eso que ahora está en Devoto. Lisazo quiere que lo ayude a que Dano se mantenga firme en su silencio. Qué loco, ¿no? Quieren que haga de cuenta que no me importa que mi marido haya estado juntando plata a mis espaldas y vaya a insistirle en que se lo siga callando. Me piden que vaya a Devoto. Lisazo me consiguió la autorización. Tengo que decirle que me enteré de la cuenta secreta y convencerlo de que no confiese.

Se calló un rato y comieron pizza. Por la ventana Julia veía rectángulos amarillos de las ventanas de enfrente. Adentro era como una pecera aislada del mundo, la luz tenue, las paredes limpias. Ella y su hermana en su vestidito, las piernas largas estiradas sobre la mesa y la pizza llena de queso.

—El abogado debe defenderlo, haya hecho lo que haya hecho —siguió Teo, encendió un cigarrillo, se corrió el pelo de la cara—. Su trabajo es forzar el punto de vista del cliente. Según lo que más le convenga.

Al cliente le conviene guardarse la plata, total nadie se la puede rastrear, entonces su abogado usa las leyes a su favor.Y yo tengo que hacer mi aporte de esposa, tratar de que mientras tanto no se quiebre.

—¿Estás segura de que este Lisazo es bueno? —Pancho Lisazo es el amigo de los primos. El alto, aquel de ojos negros y frente ancha que iba al río cuando éramos chicas.Tal vez lo reconozcas.
Julia dijo:
—Tengo la sensación de que de alguna manera sos cómplice. Es la sensación, no la verdad. Pero la verdad es imposible, solo nos queda la sensación.
Teo la miró hondo a los ojos. Parecía cansada, o harta.
—Dano se estaría preparando para dejarme, ¿no?
Julia sintió que se ahogaba, como si el aire se acabara. Abrió la ventana. Entraba un frío húmedo, espeso. Extrañaba su ciudad y su casa, y a su compañero Omar adentro de su casa comiendo pizza con morrones hasta que los ceniceros se saturaran de colillas y se le cerraran los ojos y entonces le dieran ganas de que se fuera y le quedara la cama para ella sola hasta despertarse, y que empezara el domingo y se llevara el café con leche y el diario a la cama con Artigas a sus pies.
Entonces le contó a Teo que había estado el tío Alfonso, que estaba preocupado, tenía su plata en el banco de Danilo. Le dijo que parecía que ahora tenía menos plata de la que había puesto y estaba asustado.
—Imaginate el pánico para llegarse hasta acá y mostrarme su miedo —le dijo—. Siempre tan omnipotente y ahora venir a necesitarme a mí.
Teo no se rió. Insistía en que no entendía que Dano pudiese haber robado, pero había sido el mismo Dano el que había dicho que la gente nunca sabía nada y que creía cualquier cosa, creía lo que quería creer.
El vestido era ceñido en los pechos, pechos grandes para piernas tan flacas y para un vestido tan corto. Teo parecía una caricatura de sí misma.

6

—¿No fue a verte a vos? —le preguntó—. El tío Alfonso, ¿no fue hasta tu casa?
—Vino cuando vos te fuiste. Le dije a los chicos que le dijeran que me había tomado una pastilla y que dormía.
Era tan raro ver a Teo demacrada. Parecía que se esforzara por perpetuar la adolescencia en ropa minúscula, comprimida, y el resultado era absurdo: las piernas y los brazos eran más flacos y parecían más largos, los pechos quedaban exagerados; la cara que

antes era tan redonda ahora tenía pómulos salientes y los ojos hundidos.
—El tío Alfonso siempre el titiritero y nadie que lo frenara —dijo Teo. Después se calló.
El vidrio de la ventana estaba empañado y lleno de gotitas de agua. Ya no se veía para afuera salvo reflejos esfumados de algunas luces.
—Pobre viejo —siguió Teo.
—Qué tiene que ver el viejo.
—Un hermano al que todo le sale bien y al otro no.
—Pobre nada —dijo ella enseguida, como escupiendo la frase—. Nadie te obliga a vivir una vida que no es la tuya.Y si hay alguien que debería haber frenado al titiritero, es él.
Teo la miraba con los ojos y la boca abiertos, como a punto de decir algo que se calló. Cruzaba los brazos y miraba hacia abajo, jugando con el cigarrillo. Después se recostó contra el respaldo y empezó a hablar en voz baja, con tono nostálgico, mientras fumaba. Evocaba escenas de cuando eran chicas: los veranos en el río, la casita de ellos, ¿te acordás, te acordás?, decía, resbalando la voz. Hablaba de los primos y esa sensación de ser menos porque ellos eran varones, eran más grandes, tan cancheros, las sabían todas. Que terminaban convenciéndolas de cualquier cosa y ellas les hacían caso: “vayan a robar helado del congelador”, “afánenle un pucho a tu viejo”. Recordaba a la tía como una mujer de pelo áspero y polleras largas, el tío Alfonso se mofaba de sus tobillos gordos y de cualquier cosa que dijera y ella siempre parecía a punto de largarse a llorar. Que no se llevaba bien con la madre de ellas, había rivalidad entre las dos. Dijo que lo de su madre con el whisky seguro había coincidido con lo de las deudas y la venta de la casita.
—Nunca pensás —dijo después— en qué hubiera sucedido si lo que pasó en un momento hubiese pasado en otro, o si hubieses hecho algo distinto en vez de lo que hiciste, o si eso que pasó no hubiese coincidido con lo que coincidió?
—Hubiera o hubiese no existe —dijo ella—. Son probabilidades, no se puede saber.
Después aprovechó que Teo la estaba mirando seria, como con sometimiento, y dijo que aunque todos sabemos lo que es el tiempo, no podemos explicarlo. La vio que seguía mirándola con los ojos crecidos, como magnetizada, y siguió diciendo que existía un tiempo pasado porque había cosas que ya no eran y que existía un tiempo futuro porque había cosas que todavía no eran. Entonces ni el pasado ni el futuro tenían realidad alguna, por lo que el presente tampoco, porque era el límite entre dos cosas que no existían.
—El pasado debería servir para el presente, si no, ¿para qué te dedicás a la Historia?

Sentía la cerveza en la frente, pesada, mal mezclada con el vodka. Pensaba que ella siempre recordaría partes del pasado diferentes de las que recordaba Teo. Pero ¿para qué decirle que ella se acordaba de los primos y de Teo haciendo esquí, estelas de agua marrón salpicadas como lluvia y risas ajenas mientras ella leía *Los desterrados*, de Quiroga? ¿Para qué decirle que Teo siempre había sido carne blanda de la sumisión de los varones? No podía pensar en otra cosa que en un vodka con hielo y tónica para cerrar los ojos y escapar de Buenos Aires, y sobre todo de su hermana.Además la pizza era gomosa y estaba fría. Bastante con dedicarse a la historia en el aula y en los papeles, para encima meterse con la historia propia, la infancia de las dos, lo que se perdió y lo que pudo haber sido diferente.
—Cuando las cosas ya pasaron —dijo Teo—, no se puede arreglarlas, porque no se puede desandarlas. Pero al menos pueden servir para entender.
—¿Entender qué?
—Entenderse a una. ¿A vos no te pasa que no entendés algunas cosas tuyas?
—¿Qué tiene que ver el pasado? Tu marido está preso porque los dueños del banco se aprovechan de un empleaducho para mandarlo al frente, mientras ellos ocultan cosas más grandes o porque en serio se hizo el vivo. La mojarrita quiso ganarles de mano a los pescados gordos. Tuvo la mala suerte de que los periodistas lo eligieron para montar una escena con la cámara escondida, y los dueños del banco lo pescaron mandando plata de los clientes a una cuenta propia.
—Vos siempre dijiste que la gente no cambiaba. Si Dano robó, entonces es otro.
Estaba recostada en el sofá y estiraba las piernas sobre la mesa. Julia recordaba que cuando Teo esquiaba apretaba las dos piernas juntas, bien estiradas, el cuerpo echado hacia atrás, el pelo tocando el agua
—No sabés nada de mí —dijo Teo—. Creés que soy una tilinga porque es el personaje que hiciste de mí. Dano tiene razón, creemos lo que queremos creer. Pero si somos nosotros mismos los que nos convencemos de nuestras propias mentiras, terminamos viendo el mundo a través de un lente que tiñe todo lo que vemos de mentira. Yo estoy harta de mentir —bebía cerveza en tragos largos y fumaba como tragando el cigarrillo—. Dano le miente a los clientes, los clientes le mienten a los recolectores de impuestos, los recolectores de impuestos se quedan con lo que recolectan en vez de redirigirlo a escuelas, obras que den trabajo, sueldos de maestros y profesores, qué sé yo. No soy una intelectual como vos, pero igual me cuestiono cosas.Yo no quiero que mis hijos sean mentirosos, ¿cómo hago, si están cercados por mentiras? Les digo “siempre digan la verdad”, y al rato Franco consigue que nuestro vecino médico le firme un justificativo para

presentar al colegio en el que dice que estuvo enfermo cuando no lo estuvo. No sé muchas cosas, Julia, pero sé que somos todos presos de las mentiras porque lo que se habla no es lo mismo que lo que se hace. Yo soy la peor, te lo admito, y estoy harta. Quisiera que todo fuese diferente porque no doy más, y acá estoy, diciéndotelo a vos. Son tantas las mentiras que ya no puedo seguirles el rastro. Y esto de la cárcel, sabés, me dio tiempo —se sentó de golpe. Sopló el humo de la última pitada y aplastó la colilla en el cenicero. Siguió—: Dano había empezado a descubrirme, el mes pasado me pescó un tipo —levantó la cara, la miró, escrutándola—. En la institución matrimonial, cuando uno de los cónyuges es infiel, se habla de que tiene un amante, un amor paralelo, escondido. Bueno, me descubrió un amante.Te debe parecer poca cosa, vos que hablás como si fueras muy liberal. Pero en ese momento no parecía poca cosa. No pude negarlo y me apuré en confesar, y enseguida se me ocurrió una justificación, que seguro también te parece poca cosa: que me siento ignorada por él.Y funcionó. Contaba todo como admitiendo la peor de las vergüenzas, como si hubiese sido la única vez, y Dano me pedía perdón. ¡Él me pedía perdón a mí! No entendía lo que estaba pasando, antes no había entendido que no me descubriera, si dejaba rastros por todos lados, y ahora que me había descubierto, él creía que era su culpa.Y me convenció. Pero cuando mentís, tenés que acordarte las mentiras para que no sean las propias mentiras, mal mentidas, las que te hagan contradecir. Por eso había necesitado que me descubriera. A esa altura, la cabeza me estaba por explotar por la organización de las mentiras. Los meses antes de esa escena, cada vez que decía que había estado en un lugar en el que no había estado, tenía que hacer un esfuerzo inmenso por imaginarme ese lugar mentido con detalles y todo para que sonara creíble y también para no olvidarlo después. Si hasta anotaba esos detalles en la agenda. Llevaba la agenda en la cartera para estudiarlos en cualquier momento libre: la sala de espera de un médico, un acto del colegio de los chicos.Y creérmelos yo misma.Al final tenía la agenda repleta de situaciones imaginadas, mentiras, o sea que anotaba la vida de otra mujer, la que hacía lo que había que hacer. La que hacía las cosas que estaba haciendo yo era un fantasma y debía olvidarme de su vida en las sombras. No sé por qué te lo cuento ahora, vos más que nadie me vas a juzgar, juzgar o convencerte de lo que quieras convencerte, porque creés que me conocés tanto. ¿Acaso no tuviste siempre la razón de todo? El tipo no era el primero ni el segundo ni el tercero. Era como una voluntad de perder lo que tenía, de hundirme cada vez más hondo en la nada, y que todo alrededor mío fuese mentira, que hasta sonreír fuese mentira, mentir y mentir hasta mezclarme las mentiras, y me la pasaba preguntándome por qué, por qué, por qué esa propensión por

hacer lo que me llevaba a quedarme con las manos vacías. Siempre concluí que sería tan estúpido creer que había un motivo, como decir que alguien tiene cáncer de pulmón porque fuma; como si entender ayudara en algo.Y cuando le pesqué a Dano lo del telefonito fue un alivio. Aunque no le hubiese dicho nada.Al menos nos empataba. Esa es la verdad, Juja, aunque quiero conformarme con mi vida, querer lo que tengo y llenarme de esa paz tan linda que veo en las caras de otras mujeres, porque si no, ¿qué va a ser de mis hijos?
La ventana se abrió de golpe y pegó contra la pared. Ninguna de las dos se levantó a cerrarla.Teo cruzaba las piernas sobre el sofá como un indio, los brazos contra el pecho.
Julia se preguntó por qué Teo seguía casada. Si no era feliz con el marido, por qué insistía con el matrimonio como si fuese una obligación.Y por qué ahora se le daba por contarle todo esto. ¿Se sentía culpable del destino del marido? ¿O sentía culpa de haberse quedado con el hombre que ella había elegido antes y no aguantaba el remordimiento y le desnudaba su fracaso? ¿No era suficiente la noticia de que estaba preso, acusado de estafador? Y a ella le gustaba escuchar la desgracia de su hermana?
—Escuché que alguien dijo que la felicidad era seguir deseando siempre lo que uno tiene —dijo Teo.
Sonó el teléfono. Teo atendió y dijo que aceptaba la llamada. Apenas dijo “hola”, cortaron la comunicación. Después abrió una caja de chocolates que la tía había dejado sobre la mesa con una tarjetita.
—No me preguntaste nada de mí —dijo Julia, mordiendo un chocolate.
Teo la miró con esa cara tan de ella. Como de no entender, o de desesperanza. Al lado apagaban el televisor. El silencio parecía total, como si estuviesen debajo del agua. De repente escucharon una melodía que ella no conocía: “Qué ves, qué ves cuando me ves”. Teo sonrió. Julia pensó que Teo se pondría de pie de un salto y empezaría a bailar, exhibiéndose. Pero no se puso de pie, ni empezó a bailar, se ovilló en el sofá y cerró los ojos. Un rato después estaba torcida hacia adelante, mirando el portarretratos de los primos sobre la mesita. Ella también se agachó a mirar la foto, cualquier cosa con tal de que Teo se olvidara del reclamo que ella había hecho. Recién ahora se daba cuenta de que Teo también aparecía en la foto. Estaba en biquini y el mayor de los primos la abrazaba, una mano grande sobre el hombro, los dedos muy cerca del corpiño rojo.Teo tenía anteojos oscuros, el pelo en la cara y sacaba la lengua afuera; fresca, insolente. Los cuerpos de los primos estaban bronceados, tenían remeras atadas en las cabezas y todos reían con las bocas muy abiertas, repletas de dientes.
—Y vos —dijo Teo, después de un rato, mirándola a los ojos—, ¿en

verdad sos la misma?
Julia pensaba en Omar. Si decirle la verdad, que perdonara que le había hecho creer que lo quería pero no lo quería. ¿Lo quería? Lo de ellos era como engañar al estómago con galletitas. Quería creer en el amor, quería no envidiar a los que creían en el amor; seres tan ingenuos, como los que creen en Dios.
—Soy la misma.
—Entonces allá conseguiste lo que buscabas.
Julia se puso de pie. Cerró la ventana y se quedó mirando hacia afuera. En el pulmón de manzana, tan ceñido, todavía había algunas luces encendidas.Vio otros livings, otras familias, unas encima de otras, como las bandejas de un avión.
—Hago lo que planeaba hacer cuando decidí irme —contestó.
Teo encendió un cigarrillo y lo fumaba mirándose las manos.
—O sea que conseguiste no mirar para acá, apartarnos de tu vista, como ponerte anteojeras.Y seguro que además, no vincularte con nadie de verdad, no animarte a sentir, no vaya a ser que te defrauden.
Teo se levantó y empezó a caminar de acá para allá detrás del sofá. Su sombra se reflejaba contra la pared blanca y la perseguía de un lado al otro.
—Perdoname —dijo, y empezó a llorar. Era un llanto mugiente, excesivo, y seguía diciendo “perdón”. Levantó la vista, se sonó la nariz con un pañuelo de papel, la miró con ojos tristes, siempre tristes, como si los ojos contradijeran el cuerpo alegre,expuesto,vomitado al mundo.Buscaba piedad, tal vez. Se esforzaba por merecer compasión actuando una escena, como si fuese nada más que compasión lo que pudiera conseguir del otro, pero el cuerpo la boicoteaba. Su cuerpo no aceptaba piedad y el resultado que conseguía era el contrario al buscado.
—Perdoname, Jujita —dijo—, lo peor de todo es mentirnos entre nosotras.
Julia no entendía para qué le había dicho que no le preguntaba acerca de ella, si nunca había querido hablar de ella.Vivía en otra parte para dejar a su familia al margen, que no supieran nada de su vida. Le gustaba su mundo privado, privado. De golpe sintió que se le helaba el pecho, fue como un escalofrío, o un vértigo. Caminó hacia la ventana. La abrió e inspiró hondo, tragando una bocanada de aire húmedo y sucio. Mirar el pulmón de manzana, ahora negro, con algunas ventanas encendidas, era como mirar el hueco de un panal de abejas desde adentro. El frío en el pecho no se le pasaba y sentía las manos húmedas.Torció la cabeza y se vio reflejada en el vidrio de la ventana abierta.
—Toda la vida diciendo lo que la otra quiere oír —dijo Teo. Fruncía la frente, los ojos vidriosos.

¿Cómo había caído en esta trampa? ¿De veras fue la noticia de que Danilo estaba preso, acusado de estafa?
—Mentirnos una a la otra es peor que mentirse a una misma, porque mentirse a una misma es tan fácil que no te das cuenta de que lo hacés. Pero mentirnos entre nosotras requiere elaboración —insistió Teo.
Julia se dejó caer sobre el sofá.Teo estaba sentada del otro lado, prendía otro cigarrillo. Tenía ganas de decirle que tenía sueño, le picaban los ojos y le dolía la espalda. No dijo nada. Pensaba en Omar. En cómo le gustaba cuando le acariciaba la espalda con las yemas de los dedos. Él la acariciaba y ella le decía que no lo quería como él quisiera que lo quisiera.Tenía miedo de quedarse sola de nuevo y peor aún que engañar al estómago con galletitas fuese sentarse sola a la mesa, pero creía que debía ser honesta. Ahora se preguntaba si era honesta, porque lo extrañaba tanto.
La luz de la lámpara alumbraba a Teo desde atrás. Las ondas del pelo le brillaban. Se estaba mordiendo las uñas y de repente sonrió.

7

—La diferencia entre vos y yo —dijo Teo— es que vos actuás de acuerdo a lo que planeás. Porque pensás todo.Analizás, razonás. Entonces, no tenés excusas. Creés eso que no tenés excusas. Pero no pensás bien porque descartás lo que sentís.Y sentir es parte de pensar.Yo, en cambio, hago las cosas siguiendo un instinto, después reflexiono, desesperada, y me preocupo.Trato de entender qué fue lo que pasó. Por qué hice lo que hice. Como si se tratase de otra mujer la que hizo lo que yo hice. No la entiendo, entonces la dejo volver a seguir su instinto. Quise que habláramos porque estoy convencida de que hay un común denominador entre nosotras, a las dos nos pasa lo mismo: no sabemos dejarnos querer, que es lo que más necesitamos.

Después no dijeron más nada y al final ella cerró los ojos. No supo cuánto tiempo había pasado, de repente abrió los ojos, le dolía la espalda y Teo estaba dormida. Le puso una campera sobre las piernas, fue hasta el cuarto y se acostó en la cama.Trataba de estirar la espalda, enroscada, como un caracol.

viii

El diario del lunes tenía una nota sobre el cantante Prince, en la sección “Espectáculos”. Prince decía:“es mejor errar que fingir”, y hablaba de la industria discográfica como “El imperio del mal”. El cielo tenía nubes transparentes, y detrás de las nubes el sol asomaba en color gris. Una bruma tupida enturbiaba el aire y empeoraba el frío, y Julia salió con el poncho largo y con guantes. Cuando un abrigo le gustaba, lo usaba todos los días, sin importar la temperatura, hasta que ya no daba más.

Tomó el 130 para la cita con su madre. Por suerte no iba lleno y consiguió sentarse. En el asiento de al lado, contra la ventana, una chica joven leía apuntes rayados con resaltador rosa. Le hizo acordar a cuando iba a la facultad.Trató de espiar los apuntes, ver si el texto le sonaba conocido. La chica pareció molestarse, levantó el hombro y los apuntes quedaron tapados.

Sin darse cuenta descendió antes de tiempo, en la Biblioteca Nacional, y tuvo que caminar tres cuadras hasta el lugar que le había señalado su madre. Subió dos escaleras que trepaban una barranca de pasto y desde arriba allí veía plazas, muchas plazas, el edificio del museo y al fondo la avenida Del Libertador y la Facultad de Derecho.

El sol empujaba las nubes y calentaba, apenas. El restaurante tenía una terraza, con sombrillas, y su madre la esperaba en una de las mesas de la terraza. Comieron sándwiches de pollo y tomaron sopa en taza, y su madre se ocupaba de rellenar los silencios que se alargaban; comentaba pormenores de personas que Julia ya no recordaba. Mientras tanto ella se entretenía mirando las otras mesas, todas ocupadas, parecía domingo. A su derecha, dos americanos hablaban con un porteño de anteojos negros que les imitaba la tonada yanqui y hablaba cada vez más fuerte.

Su madre dijo que menos mal que había tanto turista, quedaban camufladas y así prevendrían que algún conocido se acercara a preguntar por Dano.

Después dijo:
—Pobre Teo, justo ahora que a Dano empezaba a irle bien.Y Teo que

lo había apoyado tanto. Acordate cómo trabajaba cuando recién se casaron y él todavía no se había recibido. Claro que él era como cinco años mayor que Teo, pero igual eran tan chicos para estar casados.Yo me casé mucho más grande, sabía lo que hacía —dijo.

—¿Lo querías?

—¿Qué?

—¿Estabas segura de que lo querías al viejo, cuando te casaste?

—Por supuesto.

Una vieja vestida de negro, con una canastita colgando del brazo, se acercó y les ofreció rosas de papel crepé. Su madre le compró una, y la vieja le predijo una vida llena de alegrías. De golpe un gato negro saltó al respaldo de una silla vacía detrás de la de su madre, y acechó los sándwiches. Su madre, que no lo había visto, pareció sentir el pelaje rozándole el brazo y se puso de pie de un salto. El mozo trató de echar al gato, sacudió una servilleta blanca, pero el gato se quedaba ahí nomás, a unos metros, con las patas tirantes.

Después su madre le preguntó de qué estaban hablando. Ella dijo que de nada. Su madre se tomaba el mentón y fruncía el entrecejo. Después dijo:

—A vos qué te parece, ¿vos creés que Dano pudo haber robado, como dicen los Arosamena?

El gato negro volvía a avanzar sigiloso, en puntas de pie. Ella se distrajo mirándolo. Sentía frío. Se levantó a acomodar la sombrilla para que le diera el sol en la espalda.

—Vos lo conocés mejor que yo —contestó.

—Dano es un *good for nothing* (un poca cosa).Teo podría haberse casado con quien hubiese querido, mirá que haberse embarazado cuando todavía estaba en el colegio. Qué papelón, acordate. Dios mío. No tenía cara para mirar a los padres de Dano, que son bárbaros. Fueron tan comprensivos con nosotros.Y esa chica que a los dieciocho trabajaba y cuidaba bebés.Aunque se lo merecía, me daba una pena, todo el día de acá para allá.Yo la ayudaba con los bebés. Qué cosa, *for God´s sake*. ¿Y sabés lo que me dijo una vez, la chiquilina? “No te preocupes mamá, un día Dano va a ser banquero y yo voy a tener trescientos cincuenta días de vacaciones al año”.Y nunca perdió el *charme.* Fijate que ya pasó los treinta y sigue siendo una belleza, igualita a tu padre, alta, un figurón, y los ojos claros. Lástima que se vista tan mal, siempre en trapos que parecen del Once; esas botas de vaquera, el pelo en chuzas y, no me digas, un poco indecente, ¿o no?, la verdad: cómo me gustaría vestirla yo misma.Aunque no me puedo meter. Tengo que ser discreta, ¿viste? Pero esa chica siempre está en la luna, como perdida, a cualquiera le dan ganas de meterse.

El gato ahora husmeaba la mesa que hablaba inglés. Uno de los americanos escondió los zapatos debajo de la silla. Su madre se

frotaba las palmas de las manos. Las retorcía y miraba hacia un costado. Ella rogó que no le hiciera la pregunta que siempre le hacía. Por favor no.
La hizo:
—¿Necesitás plata, Julia?
No había manera de convencerla de que no necesitaba nada. Para eso se había conseguido independencia muy temprano; apenas terminó quinto año ya se sentaba en el escritorio de recepción de un dentista y se pagaba sus gastos (que no eran muchos, iba a la facultad del estado).
Contestó un no rotundo. Era raro escuchar la pregunta frente a frente, porque siempre le hacía la pregunta con mucha gente dando vueltas, la arrinconaba y le susurraba la pregunta en el oído. Ella decía que no y cada una seguía su camino.
—¿El viejo tenía ahorros? —preguntó.
Su madre levantó la cara sonrojada. Dijo que un poco.
—Y ¿dónde los tiene?
Dijo que en el banco de los Arosamena.
—Y ¿quién lo decidió?
Dijo que el tío Alfonso. Que cuando su padre ya no sabía lo que hacía, ella le preguntó a él y él aconsejó el banco de los Arosamena y que se iba a ocupar de hablar con Dano.
—Y a vos por qué te interesa eso, ¿necesitás plata?
Julia no contestó.Ya le había dicho que no necesitaba nada. Miraba el gato, que era negro como Artigas, y pensaba. Su madre siempre había tenido la teoría de que infancia y adolescencia eran preparaciones para la adultez, el tiempo en el que uno empezaba a vivir. Pero al mismo tiempo que decía eso, que lo repetía como una teoría personal de vida, le había contado sus tribulaciones desde que ella tenía memoria.A veces la consultaba, le pedía su opinión acerca de algo que ella ya tenía decidido, como un refuerzo. Le explicaba que tratarla como adulta la ayudaba en su preparación para “la vida difícil que le había tocado”, refiriéndose a la renguera.
—Vino el tío Alfonso a visitarme y me habló de la cuenta del viejo en el banco —le dijo, cuando hubiese dicho “me sorprendió saber que el viejo tenía ahorros y me estaba preguntando si ya los tenía en la época en que decidía si me operaba o no”.
Su madre arrugó la cara, entrecerró los ojos. Ella sabía que su madre sabía que el tío Alfonso estaba preocupado por su plata ahí en el banco y que al preocuparse por su plata, se preocupaba por la de ella, por poca que fuese, como un *sidecar*. Que el tío Alfonso pensara en sí mismo, para su madre, significaba que pensaba en ella.
—Es horrible no tener plata —dijo su madre—. Vos no lo sabés porque siempre la tuviste.Yo me ocupaba de que no les faltara nada.

Quería recordar cosas buenas de su madre. Escarbó en la memoria pero se le colaban preguntas, quería preguntarle en qué pensaba cuando se encerraba en su cuarto y lloraba, y qué era lo que admiraba del tío Alfonso, y qué había soñado cuando tenía dieciocho y qué sueños se habían cumplido y cuales no, y qué la había enamorado del hombre con el que se había casado.

—Pensá que mi padre vino de Italia con una mano atrás y otra adelante. Se rompió el lomo trabajando toda su vida. Recién se casó con mi madre, que era hija de irlandeses, cuando tuvo su casa —dijo su madre.

"Alguien tiene que hacer algo", decía su madre después de quejarse de que la plata no alcanzaba. Su padre se encerraba en el escritorio a escuchar discos. Entonces su madre, a través de la puerta, lo amenazaba con trabajar en la inmobiliaria de una amiga.

—¿Y por qué no trabajás en la inmobiliaria de una vez por todas? —le preguntó Julia una vez cuando tenía trece y su madre lloraba en la cocina.

—¿Me ves a mí mostrando departamentos? —le había contestado ella, apretando los ojos.

Su padre seguía encerrado en el escritorio y la botella de whisky estaba rota al lado de la puerta.Al día siguiente, como tantos otros días siguientes, la arrastraba a lo del tío Alfonso. Ella era su escudo y no Teo, que ni se enteraba de estos asuntos porque "es más chica y siempre anda en la luna". Tenía que ser ella porque era la mayor y podía entender, tenía que entender. Ella quería poder andar en la luna, pero no le salía. En esas misiones su madre se bajaba del taxi en Rodríguez Peña y caminaba la media cuadra por Santa Fe con pisadas de soldado y brazadas de velocista, repitiendo: "alguien tiene que hacer algo". Se acordaba de verle, ya en el ascensor, el entrecejo fruncido y los ojos brillosos de decisión. Recordaba al tío Alfonso diciéndole:"No corresponde,Amalia, tu marido no está a sueldo, la escribanía trabaja a comisión y él no hace nada, mira por la ventana o dibuja barquitos.Al fin y al cabo, en la escribanía tiene una beca". Más tarde y después de más discusión, aunque no siempre, el tío abría la caja fuerte y le entregaba el sobre marrón.

No se acordaba cuándo había sido que su padre había empezado a mostrar los primeros signos de *alzheimer*, pero también quería preguntarle si eso la había asustado. Al principio parecía ido, se olvidaba las cosas que habían sucedido momentos antes o no sabía dónde estaba. Ella ya no vivía en Buenos Aires, pero una Navidad lo notó. En febrero le dijeron que le habían diagnosticado "demencia senil precoz". Le habían dado unas pastillas. Pero un día no fue a la escribanía, volvió a la noche y no podía decir dónde había estado. Entonces aparecieron las lagunas y las caras de miedo cuando estaba

lúcido. Dejó de ir a la escribanía.
—Cuando Dano salga voy a pasar la plata a un banco norteamericano —dijo su madre—. Según Alfonso, es una operación sencilla.
Ella miró a la vieja que tenía enfrente, la cara plisada, el pelo seco de tanto teñirlo, los labios borrados y esas grietas arriba de la boca que arrastraban el *rouge*, y pensó que tal vez fuese mejor no preguntarle lo que le gustaría preguntarle.
—Que esté en la cárcel es terrible —siguió su madre—. Yo no sé si lo voy a poder aguantar.Todo el mundo hablando de esto, ¿te das cuenta?
Hizo una pausa y en una de las mesas cantaban feliz cumpleaños.
—¿Estás segura, Julia?
—¿De qué?
—De que no necesitás plata.
—Segura.
—Mirá que tengo firma en esa cuenta. Cuando todo esto se solucione, sabés. Pensar que siempre hubiera dicho que ibas a trabajar en Estados Unidos. Eras tan estudiosa y te sacabas tan buenas notas. Acá la Historia no tiene el reconocimiento ni las posibilidades que tiene en otros lados. Sos tan capaz, me da no sé qué que estés perdiendo tu tiempo en Lincoln.
El gato circundaba la mesa de nuevo. Su madre sacó un espejito de la cartera y se retocó el *rouge*. Oyeron risas y su madre torció la cabeza, miró hacia las risas.
—Qué susto —dijo—, pensé que eran conocidos.
Después le contó cuántos nietos tenía cada una de sus amigas. Dijo que a la edad de ella, los nietos la hacían revivir. Ella tenía solo dos nietos.Y que Alfonso estuviese ayudando a Teo no tenía nada de raro,Alfonso siempre les había dado una mano.
Ella ya debería haber dicho que no perdía su tiempo en Lincoln, incluso ofenderse o enojarse, pero no lo hizo, siguió hablando del tema del momento:
—Lo mandaron los Arosamena —dijo— a Alfonso. Para que convenzamos a Dano de que confiese y así consiga un salvoconducto para él.
—Entonces es cierto.
—¿Qué?
—Que robó.
—Justamente vos no podés tirar la primera piedra, ni la segunda, ni la tercera —dijo ella y enseguida vio la cara de su madre encenderse, volverse morada otra vez.
Su madre se levantó. Caminó hacia el lado del baño.
Un agosto —ella tenía catorce y Teo trece—, su madre se apareció con un zafiro en el dedo. El primero en empezar a sospechar fue el tío

Alfonso. Unos días después el tío hablaba con su padre en el living, le contaba lo que su mujer hacía: pedía prestado a los amigos con el pretexto de querer hacerle un regalo sorpresa a su marido para el cumpleaños o para el aniversario. Les decía a esos amigos que una vez que le entregara el regalo, les devolvía la plata. Devolvía el dinero que le había prestado un amigo, con lo que le prestaba otro amigo. Hasta que la cadena se atrancó: le habían prestado menos de lo que había pedido la vez anterior. Ese amigo acreedor le había ido al tío con el cuento porque quería su dinero de vuelta (hacía más de dos meses que se había vencido el plazo, ya había pasado el cumpleaños) y no se animaba a reclamársela directamente a él, a su padre, por no hacer quedar mal a ella, a su madre,Amalia. El tío le contaba todo a su padre y su padre se callaba. Ella y Teo lo escuchaban desde detrás de la puerta. El tío gritaba: "Si no la manejás vos, si no la manejás vos". Tapaba una deuda con una deuda nueva pero se había engolosinado, las deudas se amontonaron y no pudo hacerles frente.A fin de año vendieron la casita del río para devolver la plata y empezaron a ir a la casa del tío Alfonso, que era grande y arreglada. Dos años después vendieron el departamento donde vivían y se mudaron a uno más chico porque lo había hipotecado y perdido en la ruleta.

Su madre dijo que había soñado con que sus hijas conocieran Europa. Las nubes se habían corrido del todo y el cielo estaba limpio. Había más luz y los colores se veían diáfanos. El gato negro caminaba sobre el terraplén que separaba la terraza de la barranca de pasto.A la derecha, en una loma más alta, unos chiquitos se tiraban acostados, parecían cubanitos. Su madre volvió del baño gritando "fuera, fuera", sacudiendo un brazo, y el gato corrió por encima del terraplén. Después su madre se sentó y quedó callada, las dos manos entrelazadas sobre la mesa. Los pulgares giraban uno encima del otro y suspiraba.

—Por qué serás tan antipática —dijo su madre—. No tenés compasión.

El gato corrió en zigzag a toda velocidad entre los pies de los comensales y se detuvo de golpe debajo de la silla de su madre. Julia le arrojó el pedazo de sándwich que su madre no había comido y el gato lo llevó hacia un costado. Su madre se puso de pie y lo espantó de un manotazo. El gato saltó sin envión, como si tuviese resortes en las patas, y aterrizó parado, con las patas estiradas, sobre la loma. Su madre se sentó y quedaron un rato largo en silencio.

—Nunca nadie me va a reconocer el esfuerzo —dijo después—, es típico. Si tuvieras hijas me entenderías. Todo lo que una hace por sus hijas. Teo se terminó casando con un *good for nothing*, que encima ahora parece que es ladrón. Tu papá enfermo y todos esos remedios que necesita, que no sirven para nada.Y vos allá perdida en ese pueblo de mala muerte.

Julia se levantó para ir al baño. Había que bajar una escalera caracol hacia un sótano oscuro. El jabón era líquido y pegajoso y no había toalla.A la salida del baño puso una moneda en una máquina de cigarrillos y se compró un paquete.
—¿Cómo va tu tesis de doctorado? —le preguntó su madre, apenas volvió a sentarse.
Todas las veces que venía,también le preguntaba por su tesis. Ella se imaginaba a su madre diciéndoles a sus amigas que ella trabajaba de docente mientras investigaba su tesis, usando la frase "profesora en el interior", como quien dice monja misionera, presentándola a ella como una mujer de carrera: una intelectual de traje sastre, maletín y conferencias en congresos internacionales.
—Julia, ¿cómo va tu doctorado?
Y ella, ¿para qué quería saber si su padre tenía ahorros? ¿Acaso el que su padre no pudiera pagarle la operación había sido un invento de ella? Nadie le había dicho que su padre no podía pagarla. Ella se había encargado de avisar que no quería la operación y entonces se había perdido la oportunidad de enterarse quién la pagaría. A esa altura sabía la diferencia entre que la pagara su padre o la pagara el tío Alfonso, pero entonces, ¿sabía? Siempre tuvo ese comportamiento anti-deuda. No deberle nada a nadie. Sus amigas se lo dijeron muchas veces y Omar también; no lo dejaba invitarla, siempre todo a medias. ¿Rehusar la operación había sido rehusarse a que alguien hiciera algo por ella? ¿O había sido impedir que el tío ocupase el lugar de su padre? ¿O más bien esos seis centímetros que le faltaban al fémur izquierdo la preservaban de ser una tilinga como Teo? ¿Por qué había tenido tanto miedo de ser una tilinga como Teo? Contestó que no quería el alargamiento, y su madre la felicitó. Dijo que admiraba su valentía de aceptar los designios de Dios. Ella estuvo orgullosa de sí misma. Un tiempo. ¿Un año? ¿Dos años? Más tarde registró la frase con rencor. Era uno de esos rencores que una no se explica del todo; lo desmenuza, lo tritura y transmuta, como los restos de asado del domingo, que el lunes se convierten en carne fría, salpicón el martes, croquetas el miércoles, el jueves están apelmazados en un tuco y el viernes se ven en el plato del perro o del gato.
No importa tanto lo que pasa,importa lo que una concluye, cómo una construye su pasado, qué selecciona, qué descarta y en qué se convierte. ¿Acaso no podría deberle a su madre el valor, la independencia y la determinación de la que se jactaba de poseer? ¿Puede dársele a alguien lo que ese alguien no quiere recibir? Una vez discutió con Omar, lo echó de la casa y no le atendió el teléfono durante cuatro días.Al quinto día salió con Susana y con la gente del grupo Estímulo. Cuando volvió a su casa, encontró un papelito debajo de su puerta que decía:"De parte del veterinario: el alacrán pasa el día

oculto debajo de las piedras y por la noche sale a cazar. Su característica más llamativa es el agudo aguijón en que termina su cola. Este aguijón está provisto de una glándula venenosa y cada vez que pica segrega una tóxica ponzoña con la que suele destruir o dañar a sus víctimas. Se dice que cuando el escorpión no logra picar a su víctima, se clava a sí mismo su venenoso aguijón provocando su muerte".

—No va muy bien mi doctorado —dijo—, la verdad es que me está costando. Pero con lo que me va bien es con la docencia. Los alumnos me quieren, les gustan mis clases.

Se reconcilió con Omar, y Omar le dijo que no amaba a su mujer, la amaba a ella. La historia de Omar —que ella no quería creer— era que se había casado con su vecina porque la conocía de toda la vida, y culpaba a sus padres de haberlo presionado para casarse con ella. Le dijo que una familia funcionaba como una cadena, los eslabones engarzados con soplete. Los eslabones no notaban el engranaje, la figura que lograba el conjunto, ni el aporte de cada uno. Le dijo que cada uno, desde su lugar, provocaba coletazos de un costado y de otro y de todo el engranaje. Suponía, significaba, esperaba.Apretaba, soltaba.Y seguía: En una familia, uno no sabe dónde empieza y dónde termina cada significado, qué es suyo, qué del engarce, qué del gen. Conoció a Julia y se dio cuenta de todo eso, mientras que antes había estado atascado, sujeto por la cadena. Con ella, él había aprendido a ver la verdad. Sólo era cobarde. No era capaz de encarar a su mujer. Julia le había dicho:Ahora la abandonás a ella, mañana a mí. Los hombres son como los monos, no sueltan una rama hasta que no tienen otra de la que agarrarse.

Omar no insistía, esperaba. Creía que... que si ella le decía que lo amaba también, sería capaz de ser valiente y decirle a su mujer la verdad que ella ya sabía.

Su madre la miraba, como esperando.

—Dano está preso, mamá, mejor hablemos de eso.

ix

Elena Susana
"El río pasado, el santo olvidado".

Queridas chicas: Guardo estos escritos desde hace años. Los guardaba en una caja de seguridad en el banco. Suponía que vigilando la verdad, me resguardaría a mí misma y a mis hijos. Con callarme, alcanzaba. Pero escribí. Primero escribí como resguardo frente al desamparo. Una amiga se preparaba para lo mismo, de otra manera. Ella guardaba los vueltos y lo que pudiera robar de la billetera del marido —sin que el marido lo notara— en una cuenta propia en el banco. Llegó a juntar diez mil dólares, ocultos de su marido, por si él alguna vez la dejaba y la dejaba en la indigencia, como tantas veces pasa. No la atrapó el marido; la atrapó el corralito y la pesificación. Cuando me lo contó, me acordé de mi propio "resguardo". Fui al banco. Leí mis escritos. El día del incendio se me ocurrió que le pertenecían a ustedes, aunque hayan pasado más años de los que la ley se toma antes de prescribir estas causas. La primera página la escribió Teodelina, tenía once años y ese verano había leído Oliver Twist *y* David Copperfield. *Me pidió que leyera el comienzo de su "novela" y le dijera si ella podría ser escritora como Dickens o como Quiroga. Que le dijera la verdad. Yo le contesté que tenía demasiadas faltas de ortografía para ser una buena escritora, que pensara en otra cosa.*
El segundo escrito pertenece al diario de Julia que, preocupada por lo que ustedes hacían con aquello y por estar alerta, tomé de su escritorio en 1986. Los siguientes fueron escritos por mí en 1983. Escribí los últimos una semana después del incendio, acá en Mar de las Pampas.

Elena Susana
"El río", por Teodelina.

Salimos a la pesca de bagres, dientudos o anguilas, la carnada para los pescados grandes de la noche. Papá rema sentado en la popa y silba. Mi hermana cierra los ojos y apoya la cabeza sobre mis piernas. Le pido a papá que nos cuente cuentos de cuando iba al colegio pupilo. Papá nos muestra el diente roto y nos cuenta del piedrazo que ligó en la guerra contra los externos. Se ríe y aprieta los dientes, hace una "s"

con la lengua pegada al paladar para mostrar el zumbido que hizo la piedra volando y paf contra su cara, sin que pudiera esquivarla. Mi hermana y yo siempre le pedimos cuentos de cuando era chico porque nos parece que con esos cuentos podemos conocerlo mejor a él.

Volvemos con tres bagres en un balde y después es nada más que esperar hasta la tardecita, cenar tortilla de papa y después de cenar, con los bagres en un balde, trepar al bote otra vez con la caja de pesca. Papá remando y mi hermana apuntando la linterna hacia el riacho que zigzaguea en el verde oscuro de las orillas.Yo voy arrodillada en la proa, cazando bichos de luz y metiéndolos en un frasco de mayonesa vacío. El bote avanza en silencio por el agua quieta de los riachos, angostos y enredados como trenzas, a veces las ramas de los sauces y madreselvas desbordan hacia el agua, cruzándola, cortajeando la luz de la luna en renglones desparejos. Para nosotras este es el mundo de papá, con ruidos y todo. Como meterse adentro de su cabeza.

Hoy papá nos muestra un hueco en la orilla, en un borde tupido de juncos.
—Este es el lugar, grumetes —dice, y amarra el cabo a una rama.
Empieza a preparar el espinel. El espinel es una soga con varios anzuelos enganchados, con plomada y boya. Ata el espinel a una rama baja, la mitad de la soga hundida debajo del agua. Elige los anzuelos con cuidado, los clava en los pescados-carnada que saca del balde, ata cada punta del espinel a una rama escondida entre los juncos, pone la campanita de bronce y le pide a mi hermana que meta la mano en el balde y saque un bagre, y a mí me pide que elija los anzuelos.
A la mañana bien temprano, papá silba de nuevo, se ha puesto el sombrero, y los tres salimos a recorrer el espinel. El bote resbala despacio, muy callado, y nosotras miramos hacia delante, aguantando los nervios. Antes de acercarse a la rama marcada, ya oímos la campanita: hay pique. Esos son los momentos en los que papá es rey. Con la punta del bichero levanta la tanza desde uno de los lados, tira de la tanza con la mano derecha y revisa los anzuelos uno por uno hasta llegar al que se mueve. Entonces tuerce el anzuelo despacio, con cuidado para que salga como entró y no desgarre la carne. Es una tararira, tiene dientes filosos, por eso usa una pinza de puntas largas. La abre por debajo y la limpia tirando las entrañas al agua. Mientras hace todo esto explica lo que va haciendo y que la tararira caza en las costas bajas, entre juncos y gambarrusas, y es el pescado más nutritivo de agua dulce.También dice que el dorado es el tigre de los ríos, aumenta su porte con el calentamiento del agua (o sea en verano), y lo comemos siempre a la parrilla porque es grasoso.
El siguiente espinel está quieto. Papá lo levanta con el bichero y

aparece una boga sin cabeza.
—¿Qué le pasó?, ¿quién se lo hizo?
Papá dice que no sabe. Lo dice tan seguro que yo me enojo.A la noche, cuando mi hermana y yo estamos solas en nuestro cuarto, le digo que papá sabe muchas cosas, pero no sabe inventar.
—¿Sabés lo que le pasó a la boga?
Mi hermana no sabe.
—Se la comió “el gran delto”, el monstruo del agua marrón, es más grande que el Nahuelito. Mordió a la boga porque quiso escaparse al mar por la boca del Río de la Plata, que es el río más ancho del mundo.
—A mí tampoco me gustan los inventos —dice mi hermana—. Y yo también un día me voy a escapar.
Yo le digo:
—Mirá lo que le pasó a la boga.

X

Después caminaba por la avenida Pueyrredón, hacia Santa Fe. En la esquina de Las Heras hay una cafetería moderna donde antes había un bar, las puertas eran de madera y vidrio. Una vez ella, su padre y Teo tomaron ahí un submarino. Esperaban a que la barra de chocolate se disolviera, y su padre les mostraba cómo aplastar la barra con la cucharita de mango largo; pedazos marrones resaltaban en el blanco hasta que el blanco y el marrón se fundían en marrón más claro.

Siguió por Pueyrredón, pasó frente al hospital Alemán, igual de prolijo que como lo recordaba. Caminaba con pasos lentos, aletargados, de vez en cuando mirándose reflejada en las vidrieras. Llegó hasta la avenida Santa Fe. En esa esquina quedaba el consultorio del doctor Müller. Müller era el traumatólogo que cuando ella tenía quince les había pedido diez mil dólares por la operación de alargamiento que se hacía de una sola vez.

Se detuvo frente a la puerta del edificio. Era una reja negra, antigua, la puerta de vidrio. En el portero eléctrico había una chapa dorada con el nombre del doctor. Julia

se sentó en el escalón de la entrada, pegado a la vereda. La recomendación del doctor Müller coincidió con la venta de la casita del río. Ella debería haber previsto lo que pasaría, en el basurero había visto la notificación de las cuotas atrasadas del colegio. Se había culpado por eso, por no haber podido ayudar a su padre, por no haberle avisado.

Mucha gente salía de la boca del subte, parecía que surgiera del fondo de la tierra. Una peruana vendía joggings sentada en el piso, al lado de un puesto de flores y sahumerios. El sol se había escondido detrás de unos edificios altos y soplaba una brisa húmeda, que se colaba adentro de la ropa.

Ella miraba una baldosa en el piso y oía las pisadas de los que pasaban caminando. Estaba sentada casi al ras del suelo, el pantalón se había trepado hasta el tobillo. De golpe levantó la vista y encontró la mirada de la peruana, que enseguida agachó la cabeza. Ella prefería las miradas irrebatibles, no las que se desviaban. En Lincoln, al menos no

tenía que disimular. Todo el mundo la conocía. En Lincoln no tenía que andar evaluando las miradas. Había otras dos rengas en Lincoln; una viejita que atendía un kiosco, un pie en un zapatón y otro en una sandalia con soquete de toalla. La otra renga tenía su edad, una contadora petisita, de espalda curva como una pestaña, y de familia de contadores. Las otras dos rengas habían nacido en Lincoln, eran linqueñas, en cambio ella era de afuera. Le gustaba ser de afuera en Lincoln, como en Buenos Aires también era de afuera. Pero claro, con ella el chusmerío podía ser piadoso, porque no encarnaba el peligro a la Teo, que a la semana de estar en Lincoln, la envidia de las mujeres y el miedo de los hombres, la hubiesen destrozado.

Se levantó y tocó el timbre del primer piso. La sala de espera estaba exactamente igual. Apenas iluminada con una luz floja de una lámpara sobre una mesita. Los sofás de cuero verde, gastado. La alfombra marrón. Aquel cuadro de una familia, en pinceladas naíf. La recepcionista de anteojos, más vieja, más encogida, casi inclinada sobre la agenda. El ruido de los colectivos arrancando en el semáforo de Pueyrredón.

Dos madres conversaban mientras los hijos jugaban con moldes de colores. Se sentó a esperar. No había revistas sobre la mesa de la lámpara, solo folletos sobre prótesis y ortopedia. Uno de los chicos parecía sano, completo. El otro tenía un pie de plástico adentro de la zapatilla.

Ella esperaba, pasando las páginas de los folletos.

—¿Vos a quién trajiste? —le dijo el chico del pie de plástico—. ¿Adonde está tu hijo?

—Marquitos, no molestes a la señora.

—¿La conocés? —le preguntó a su madre, que lo alzó y lo besó y le habló al oído.

El doctor Müller de ahora era un viejito sin pelo en la cabeza y mucho pelo en el dorso de las manos. La miraba a través del vidrio grueso de los anteojos, reconociéndola. Se acordaba bien de su caso, dijo, muy, muy bien: la chica “cabeza dura”.

—Soy traumatólogo pediátrico, pichona —dijo— no atiendo adultos, pero no puedo creer que una mujer tan bella use zapato con alza.

Ella sintió la cara quemándole y bajó la cabeza. Nunca le había dado importancia a la belleza. Teo era linda y a Teo le importaba serlo. Pero a ella no. En Lincoln eran más amables en la idea de la estética que en Buenos Aires, pero ahora Müller usaba ese adjetivo, “bella”, claro que como una cortesía, los viejos son así de corteses.

Ella miraba los diplomas colgados en la pared. Müller sacó un “distractor” moderno de un cajón al lado del escritorio. Un cilindro gris con cuatro agujeros en los costados. Un aparato inventado para

alargar piernas con discrepancia. Ese que le mostraba era "trucho", le dijo, era la copia del americano, pero él ya lo había usado y había andado bárbaro.
—Si vos te hubieses operado, pichona, hubieses sido la encargada de estrenarlo, pero qué pena.
Le temblaba la mano cuando le mostraba un folleto con el *Orthofix Distractor* verdadero. Insistía en que fue una picardía que no se hubiese operado entonces:
—Tendrías que ver qué bien quedaron los chicos que operé. Me sorprendió tanto la explicación de tu padre, ese señor tan amable.
—¿Mi padre?
—Un tipo encantador.
—¿Mi padre habló con usted?
—Antes había venido un hombre de bigote, muy elegante, que supuse que era tu padre. Dijo que no dijera nada que él había venido, pero que quería saber cómo era el asunto y cuánto costaba.A la semana siguiente vino este otro señor que dijo que era tu padre. Era la época de Navidad, lo recuerdo bien. Me dijo que no iban a seguir adelante y yo le insistí porque ya tenía todo preparado, hasta la cama en el sanatorio. Iba a ser mi primer caso con el *Orthofix*.
—¿Se acuerda de la explicación de mi padre?
El Dr. Müller sonrió. Levantó las cejas y la frente se quebró en miles de rayas finitas.
—Dijo que eras una cabeza dura, que nadie te podía cambiar una idea ni saber lo que pensabas, y que si te insistía podías creer que a él le molestaba tu deficiencia femoral.Y que era una imposición de él. La que tenía que operarse eras vos y eras vos la que tenía que padecer el *Orthofix*. Es difícil, le dije, pensando que nomás sería un retraso de unos meses, hasta que pasara el verano y pudiera convencerte. Pero no. Él respetó la decisión de una nena, la que debía someterse a la operación. Ese invierno coincidimos en Esquina. Me había contagiado su pasión por la pesca y fui con un primo a Esquina. De casualidad paramos en las mismas cabañas que tu padre y un amigo. Parecía inquieto por tu decisión. Traté de convencerlo de que un padre decide mejor por un hijo, pero él estaba seguro de que eras vos la que tenía que pedirlo —el Doctor Müller se acomodó los anteojos y la miró fijo, desde detrás de los vidrios—. Operate ahora, pichona. A tu edad, al menos no es necesario presumir el potencial crecimiento de la pierna sana.
Después le explicó cómo funcionaba el "distractor". Cuatro agujas clavadas en el muslo lo sostenían, se cortaba el fémur y se ponía el aparato entre las dos partes del hueso. El hueso se iba generando de a medio a un milímetro por día. Claro que entre la preparación psicológica y la rehabilitación al final, todo tomaba un año, pero qué

era un año para una chica de treinta y seis.
—¿Me entendés lo de la preparación psicológica, pichona? No estamos hablando de un problema estético. Esto implica mucho más —se reclinó sobre la mesa y levantó el tubo del teléfono. Dijo—: Yolanda, hágame el favor de traerme las fotos de los chicos del *orthofix*.
Yolanda apareció por una puerta detrás de la silla de Müller, vino con pasos cortitos, como una japonesa. Dejó un álbum sobre el escritorio. Müller le mostró las fotos de cuatro chicos antes y después de la operación. Le explicó que su deficiencia era sencilla, que ella no tenía *coxa vara:* fijate la rotación de la cadera de esta nena. Después dijo que era necesario que el paciente se comprometiera y la familia lo apoyara.
—Pero bueno, podés contar con tu padre, si ya entonces estaba convencido, ahora por qué no —de repente frunció la boca, pareció dudar. Preguntó—: ¿Tu padre vive?
Dijo que sí.
—¿Sos casada? —dijo, mirándola por encima de los anteojos.
Dijo que no.
—Pero qué sorpresa verte después de tanto tiempo, pichona. Disculpá que te tutee, pero te sigo viendo como aquella nena. Siempre me pregunté qué sería de vos.Varias veces tuve casos de pacientes que se echaron atrás, pero siempre volvieron. Aunque no sea para operarse, vuelven.Y ustedes desaparecieron. Los tuve muy presentes ese año. Hasta julio no tuve oportunidad de estrenar el *orthofix* y los recordé mucho durante todos esos meses. Había algo en tus ojos que se había repetido en los ojos de tu padre, que transmitía vacilación. Pero la duda es buena en esto, pichona, porque uno piensa, piensa de atrás para adelante y de adelante para atrás y es la duda lo que empuja al cambio integral del paciente. Que compensar una deficiencia ósea no sea nada más que una compensación física.Van a volver, me dije.Y el tiempo pasó y me resigné a que habían desaparecido para siempre. Presumí que te habías operado en Estados Unidos.
Eran las seis y media cuando salió, pero ya estaba oscuro. El aire se sentía denso y los ruidos nítidos, como si estuviese por llover. Caminó por Santa Fe hacia el lado de Belgrano. Las vidrieras estaban todas encendidas. Se detuvo frente a una con sacos de lana de todos colores y polleras tejidas. Había una chica probándose una pollera rosa, se miraba en el espejo y la vendedora también la miraba en el espejo. Más adelante había una librería. No entraría en la librería. Siguió. Oyó una frenada y un bocinazo. Un hombre que conducía un auto negro insultaba a un tachero parsimonioso, a la pesca de pasajeros. Siguió caminando, chocando gente en babia, errante, como sonámbula, con bolsas de compras y las cabezas torcidas hacia las vidrieras.

xi

Teo estaba acurrucada en el sofá del living cuando ella volvió.Apoyaba la cabeza contra el respaldo. Su cara estaba pálida y los ojos congestionados. Había una botella de whisky sobre la mesa y un vaso lleno de hielo.

Julia dejó el poncho sobre el respaldo de una silla y fue al baño a lavarse las manos, que estaban coloradas por el frío. Después se sirvió una tónica con vodka, mucho hielo y jugo de limón, y se sentó del otro lado del sofá.

Afuera soplaba el viento y golpeaba la ventana, sonaba como una pandereta. Empezaba a llover, el vidrio se salpicaba de gotas gruesas que bajaban en estrías torcidas y lentas. Más allá del vidrio era un telón negro.

—La cárcel es como nada que te puedas imaginar —dijo Teo, todavía con los ojos cerrados.
Julia fue al baño. Se lavó las manos. El agua salía fría y no conseguía hacer espuma. Entonces se acordó de que ya se las había lavado cuando entró. Se puso crema y las frotó para calentarlas.
Teo prendía un cigarrillo cuando volvió al living. Le temblaba la mano. La escuchó hablar con la voz rasposa, tan baja que apenas se oía, dijo que no quería ir a su casa esa noche.Ya le había avisado a los hijos, les dijo que por la lluvia, aunque cuando los llamó, todavía no había empezado a llover. No quería que le preguntaran, no sabía qué decirles. Dijo que había hecho una cola de una cuadra para entrar a la cárcel, que era una cola de mujeres, todas la miraban con sorna. Cuchicheaban entre ellas, a ella no le decían nada. Y Lisazo que no le había dicho nada de la ropa. Debió haber quedado como una estúpida frente a esas mujeres. Quiso salir corriendo. Había hecho una hora de cola, muerta de frío, y cuando al final llegó su turno, una mujer guardia la miró con repulsión, le dijo, andá a cambiarte, flaca, y con un cabezazo le señaló los almacenes del otro lado de la calle. Guardó el vestido de lana y las botas en un cajón que le dieron por dos pesos. Alquiló un pantalón, una camisa, un corpiño sin aro y zapatillas sin cordones. La ropa le quedaba inmensa, decía Teo. La chica del almacén le explicaba lo que tenía que hacer: dejar el reloj y la

cadenita, llevarse bolsas transparentes para la requisa, colocar ahí lo que había traído para comer. Le vendió las bolsas y todo de balde. Le había llevado caramelos de menta, puchos, Coca Cola y un libro, pero no era día de mercadería entonces no podía dárselo. Dijo que volvió a empezar la cola. Esa vez las mujeres eran distintas a las de la fila anterior. No eran chistosas, parecían pacientes, rendidas. Muchas tenían hijos de la mano que saltaban como monitos. La mujer detrás de ella cargaba un chico en los brazos y tenía una venda en la cabeza. La chica delante de ella era muy linda, estaba maquillada, y le hablaba. Iba a ver al novio, decía. Estaba ahí por culpa de un buchón. Fue ella la que le explicó que la mercadería se dejaba otro día. Que para eso eran las bolsitas transparentes, pero no hoy, querida. Los puchos tenían que ir sueltos en una bolsita, la harina en otra, cada cosa en una bolsa diferente. Que no le llevara Coca Cola ni ninguna bebida oscura, le dijo, no te la dejan pasar. Después rezá para que le llegue. Teo pensaba que todo eso no importaba porque Dano saldría enseguida, pero le decía que sí con la cabeza y la chica decía que el novio saldría antes de fin de año y se iban a ir a vivir juntos a Saladillo, que ahí tenía un hermano y les iba a conseguir trabajo. Cuando le tocó el turno a la chica, no la dejaron pasar. Que no, le decían las guardias, riéndose, ya pasó la otra antes que vos. ¿La otra quien?, dijo la chica. La otra concubina, quién va a ser, le dijeron las guardias.Teo dijo que miró para todos lados a ver si alguna se enfurecía y hacía algo para ayudarla, pero las otras mujeres parecían sordas, la de la venda le sacaba los mocos al hijo con un trapo.
Teo fumaba, los ojos hundidos en la cara. El vestido estaba arrugado y la mano del cigarrillo temblaba. Cruzó los brazos y agachó la cabeza para chupar el cigarrillo. El viento seguía silbando y la ventana traqueteaba. Teo dijo que hizo otra cola para la revisación. Que la revisaron adentro.Te lo juro, Juja, adentro, dijo, apretando una pierna contra la otra. Había una hilera de camarines, dijo, como probadores, cubículos con cortina de lona. Enfrente, mujeres policías tan gigantes como hombres gigantes. Se metió en un camarín y esperó. Una policía corrió la cortina de golpe y ella estaba ahí parada, desnuda de la cintura para abajo. Abrite, le dijo la mujer policía. Se abrió con los dedos.
Cuando salía de ahí y avanzaba hacia el patio, la alcanzó la mujer de la venda y le contó, como quien cuenta que el domingo llovió, que el domingo se murió un bebé de cinco meses. Ahí, durante la visita. Que la madre le había puesto falopa en el ano y se murió.
El de Dano era el pabellón nueve. De los más tranquilos junto con el doce. Son más pintaditos, más prolijos. Se lo señaló una policía y ella caminaba hacia ahí tiritando, había un viento helado, el frío le atravesaba los huesos, viste que hoy hacía tanto frío. Era un patio

grande de paredes altas, despintadas, llenas de ventanas chicas, como ojos de buey, dijo, y le temblaba la voz. De las ventanas colgaban sogas y sábanas, miles de sogas con ganchos. Los que no les toca visita ese día están de pesca. Pescan, dijo, imaginate, pescan cualquier cosa que tires al suelo, una botella, lo que sea. Me parecía imposible que Dano estuviese ahí.
Dijo que lo vio sentado sobre el cemento del piso, apoyaba la espalda contra una pared en un costado del patio. Apenas la vio se paró y fue a buscarla, le pasó un brazo por los hombros y la llevó hasta la esquina donde había estado sentado. Se sentaron en el piso. Él le estrujó la mano. No la miraba, miraba el piso. Ella miraba para todos lados y trataba de imaginarlo en cada rincón.
—¿Dónde dormís? —le preguntó. Él se quedó callado. Le preguntó de nuevo. Dijo "no sé", después dijo que to

davía no había lugar en el rancho, que la noche anterior había dormido afuera.

—Allá —dijo, sin levantar la vista, apuntando el codo a un rincón.
El rancho es donde viven, ahí no entran las mujeres, le explicó Teo. Dano mordía un yuyo y perdía los ojos en el piso. Ella esperó como media hora sin decir nada, no se atrevía a acercarse, todo ese tiempo decidiéndose a acariciarle el brazo, o mejor nada, quedarse quieta. O mejor correrle el mechón sobre la cara. O mejor nada, mejor nada. O si no agarrarle la mano y apretársela. Pero no se atrevía. Mientras tanto oían gritos de un partido de fútbol. No se veía la cancha. Dano parecía tener la cabeza adentro de un pozo, cada vez que le preguntaba algo tenía que esperar a que saliera del pozo y reaccionara. La cabeza de ella empezó a estallar en pensamientos, ideas que se entrecruzaban, de repente se le ocurría enojarse por su indiferencia, todavía que ella se venía hasta ahí, a ese infierno, encima de que estaba tan preocupada, de que afuera tenía que lidiar con Lisazo que decía una cosa y después otra, la vergüenza de su madre, los vecinos que preguntaban, los amigos que llamaban por teléfono y le hacían recomendaciones, las caras de los chicos, andá a saber qué les estaban diciendo en el colegio, y el tipo ese del banco que llamaba todo el tiempo y le decía lo que le tenía que decirle a él, que no era lo mismo que había dicho Lisazo. Pero mejor no decirle todo eso, no decir nada y apoyarlo como nunca lo había apoyado. O sí lo había apoyado. Sí. Había trabajado mientras él todavía estudiaba.Y ahora, apoyarlo era callarse y esperar. Esperó un rato, y le apareció la culpa, todo lo que ella hacía y él no sabía, tanta desesperación, y enseguida le venían las ganas de acusarlo de que nunca había hecho nada por ellos dos, siempre era ella la que tenía las ideas románticas o eróticas

o lo que fuese. La garra era de ella, era ella la que salvaba la pareja, si fuera por él sería siempre sopa, de la cama al trabajo y del trabajo a la tele, cine los viernes, restorán con amigos los sábados.Y de golpe un ladrido la traía de un saque de vuelta a la cárcel y se espantaba de su cabeza, cómo podía estar pensando esas cosas. Pero no podía parar de pensar, se le empezaba a encoger la garganta, de golpe en todas las escenas que aparecían en su cabeza, ella era la rescatadora de ellos dos, como ahora, como ahora, y no podía frenarse de echárselo en cara, lo peor era el aburrimiento, aburrirme tanto con él, pero aún peor era pensar en esas cosas en ese momento. Sí, esta vez era en serio, ella siempre rescatándolo, mirá dónde estaba ahora su marido.
—¿Qué es la *Silent Piramid?* —le dijo.
Él la miró. Sonrió unos segundos y enseguida dejó de sonreír. Tenía las manos lastimadas, le vio unos raspones en las palmas, como si se hubiese rayado con púas.
—Una cuenta a mi nombre —le contestó—.Tiene la plata que en el juicio de divorcio no vas a poder alcanzar. Lo único que falta es que tenga que darte el cincuenta por ciento.
Fue como desbarrancarse, caer al vacío. La mayor desilusión era darse cuenta de que después de todo ese tiempo juntos, él pensara que la plata era una venganza. Pero al mismo tiempo sentía que su silencio todavía tenía más peso que el de él. Que a pesar de lo que había dicho, todavía podía someterlo quedándose callada. Porque él no iba a atreverse. Cada vez que se hacía el bravo, volvía con la cola entre las patas. Entonces sintió desprecio. No sabía cómo hacían las mujeres que estaban casadas mucho tiempo para que no les pasara eso. El desprecio. Igual que su madre con su padre. Las mujeres seguimos creciendo y ellos no. De golpe son cada vez más chicos, son bebés y nosotras madres. Podía decirle: Mirá que sos ingrato. Mirá cómo me postergué trabajando mientras vos estudiabas. Hacías carrera, mientras yo fregaba y laburaba en curros, porque no podía estudiar, porque además de trabajar para que estudiaras, tenía al bebé y enseguida tenía dos bebés. Pero mucho mejor era el silencio. Mostrarse indiferente. Entonces, como tantas otras veces, el desprecio crecía y crecía, y no aguantaba las ganas de salir corriendo y corriendo, y convertirse en un puntito en el horizonte.Tantas veces había amasado la idea del divorcio. Pero después él le tocaba el pelo y a ella enseguida se le ablandaban los músculos y se estiraba sobre la cama. Entonces se arrepentía del divorcio. Porque él la quería tanto.
—Lo que una quiere es que la quieran, Julia, ¿o no? Yo no podría vivir sin alguien que me quiera. ¿Quién va a quererme tanto como él? Los hombres te hacen el verso para tumbarte y después te dejan tirada como un trapo.
—No cedas al apriete de los Arosamena —le dijo a Dano—, dice

Pancho que estás acá para que confieses. No lo hagas.
—No hacía falta que me lo vinieras a decir vos.
Otra vez se callaron. Si de verdad esta vez era él el que estaba planeando el divorcio, que supiera que el hecho de que él tuviese una cuenta a su nombre, tenía poca importancia para ella. Porque tenía tan poca importancia.
—Qué ridícula soy, Juja. Pobre Dano, cómo no iba a estar así después de dos días metido ahí adentro. Mi papel era el de apoyo incondicional a pesar de lo que él me había dicho.Tenía que ser.Vamos, me dije. Un poco de piedad.Tenía que comprenderlo, un hombre no es sinónimo de protección. Eso ya lo aprendí. Seguimos creciendo y ellos no, y somos más fuertes.Y si no, mirala a mamá, si no hubiese sido por ella, no sé si seríamos las que somos. Dios mío, ya ni sé lo que estoy diciendo. De golpe se me dio por decirle que lo quería. A Dano, ahí desahuciado, pero lo pensé mejor y me pareció patético. Pasaban dos guardias con las manos en la espalda y él me cubrió con un brazo y no dije nada.
Después me dijo gansadas:
—El circo era para vos —me dijo— creía que la plata te iba a retener. Pero no. No sé lo que querés, te juro que no sé. Nunca pude tenerte del todo, nunca.
—Yo no podía creer lo que estaba escuchando Juja. Era como si la tierra se hubiese partido y hubiésemos quedado en los márgenes opuestos. ¿Cómo podía pensar que a mí me interesaba la plata? ¿No estábamos juntos hacía diecisiete años y siete meses? ¿Cómo no sabía que lo único que me interesa a mí es que me quiera, que pueda prometerme que me querrá siempre? Me desesperó darme cuenta de que no me conocía.
Después le vio los ojos mojados. Quiso abrazarlo, pero no lo abrazó. Entonces él empezó a contarle que hacía un año que la seguía. A ella le dio náuseas. Lo miraba y era como ver a otro hombre. Dijo que lo hacía para conocerla desde el lugar desde el que la conocían los otros. Porque ella era siempre un misterio, dijo, un día parecía que se entregaba entera, que estaba con él y era feliz, su felicidad era la felicidad de él, y al día siguiente desaparecía, como si el alma se le fuese del cuerpo. Eso dijo. Que la seguía para verla con los ojos de los otros, como si los otros la conociesen de verdad o de una manera que él no. Como si ella fuese ella solo cuando se sentía en libertad, libre de él.
—¿Quién es Teo? —decía, casi gritando y los demás alrededor nuestro nos miraban—. No la conozco —decía—. Mirate así vestida, con esa ropa que te queda inmensa parecés inofensiva, pero como andás siempre es insoportable. Pareciera que caminaras con cartel de oferta. ¿Qué hombre puede aguantar que su mujer esté siempre

escurriéndosele?
La miraba con cara de perro apaleado y ella se llenó de pena. Es como escupir al cielo, se dijo. La gente muerta de hambre y yo tirando todo a la basura. Lloró.
Después salió por un edificio viejo, lleno de cuadros con vírgenes y cristos. Se le apretaba el cuello y lloraba.
Ahora lloraba gimiendo y parecía envejecida.
—En el fondo no sé qué es lo que está pasando —dijo—, quisiera despertarme mañana y que todo haya sido una pesadilla. Antes de lo de la cámara oculta todo parecía plano, sin recovecos, y ahora me desespera ser una ingrata. Debería ser yo la que está en la cárcel y no él. Porque me quiere, ¿entendés? Le transmití inseguridad y entonces es todo culpa mía. Hasta lo del telefonito. Si hubiese sido agradecida y satisfecha como él se merecía, nada de esto hubiese pasado.
Ya no llovía. Teo miró por la ventana y ella también miró. El pulmón de manzana estaba negro. Se dio cuenta de que era muy tarde y no habían comido.Teo dijo que se iba a su casa. Que había cambiado de idea, quería estar con sus hijos, abrazarlos. Le agradeció por escucharla y se fue.
Ella se quedó pensando que debería haberla consolado. También le debería haber insistido que no se fuera manejando tan tarde y con la ruta mojada. Que durmiera ahí, con ella, charlar pavadas, distraerla con cuentos de su vida en Lincoln, de Omar, sus amigas, sus alumnos.A ella también le gustaba cuando Omar le tocaba el pelo, los dedos de Omar en la nuca y no poder resistirse. Llamó a Omar. Él le dijo que la extrañaba. Ella le dijo que el frío de Buenos Aires era insoportable porque es húmedo. Omar cortó enseguida, su mujer había salido al patio a buscarlo y tenía que entrar. Dijo que la llamaría más tarde. Más tarde ella no atendió el teléfono.

xii

Martes 13 de cielo oscuro, que parecía muy alto. Julia lo miraba por la ventana del taxi, que pasaba delante de edificios antiguos con molduras y el color comido por el tiempo. Entre los edificios viejos había nuevos, de ángulos rectos y mucho vidrio. El taxi se detuvo en un edificio alto y plateado, como de papel de chocolate.Adentro, las paredes del estudio Lisazo, Peña y asociados estaban forradas de *boiserie*; la combinación era extraña, el edificio tan moderno y las paredes enchapadas en madera oscura. Parecían decir que Lisazo, y también sus asociados, no abandonaban los valores tradicionales en su avanzada hacia la modernidad eficientista de los países desarrollados.

Teo, con la cartera colgando de un hombro, se acercó al mostrador de la recepción. La recepcionista parecía una adolescente. El pelo muy negro en un rodete, los ojos claros. Masticaba chicle y zarandeaba una mano de uñas como ganchos color violeta. Entre dos ganchos de la otra mano tenía una birome y mordisqueaba la punta mientras atendía el teléfono, apretando botones en un tablero y hablando por una antenita que le asomaba al costado de la boca. Detrás de ella había una puerta de vidrio ahumado que permanecía cerrada. Por ella se traslucían sombras que se deslizaban, como fantasmas, hacia un lado y hacia el otro.

Ellas esperaron sentadas en sillones de cuero negro. De a ratos sonaba un tin y se abría la puerta del ascensor. Bajaban hombres y mujeres vestidos color plomo con maletines adheridos a las manos derechas y desaparecían detrás de la puerta de vidrio. La recepcionista estiraba el chicle con dos ganchos y sonreía enroscando el cuello. Sos bobo, decía y se reía. Parecía que le hablara al aire, pero seguro por la antenita surgía la voz de un tío Alfonso de hoy que, desde otro tablero, uno con botones para brotar el rubor femenino pueril, conseguía llevar a la adolescente de uñas como ganchos, en su hora de almuerzo, a una cama con espejo en el techo.

Teo prendió un cigarrillo y la recepcionista enseguida torció el cuello y le dijo que era un edificio libre de humo.Teo sonrió:

—Quieren parecerse a los yanquis porque transmiten seriedad —dijo.

Teo tenía una minifalda azul, un pulóver rosa y las mismas botas del día anterior. Cuando las llamaron, caminaba con zancadas grandes, lentas, como camina una jirafa, parecía que los pies apenas rozaban el suelo.
La oficina de Lisazo, desde tan alto, miraba hacia el río. El escritorio estaba delante de un ventanal inmenso, como una boca abierta a punto de tragarse el río con barquitos y todo.
Lisazo sonreía con sus dientes chiquitos como choclo y después les dio un beso en el costado de la cara. Estiraba un brazo señalando dos sillones perfilados hacia el escritorio y hacia la ventana. Iba y venía delante de la ventana, las manos en la espalda.A Julia la cara le resultaba conocida, no tanto por la frente ancha sino por los ojos negros que parecían inmóviles, como los de un tiburón. Sonreía la sonrisa de un político, no aflojaba la tirantez de los labios hasta que necesitaba contraerlos para hablar.
A ella le preguntó lo que le preguntaban todos, que cómo andaba la Historia. Pero no esperó a que ella respondiera más que "bien" y enseguida miró en dirección a Teo.Apoyó las manos sobre el escritorio y en los puños asomaron gemelos de oro, una efe y una ele apoyadas una contra la otra. En ese momento no podía verle la cara por el reflejo que venía de la ventana, pero podía oírlo, dijo que estaba muy preocupado, que Alfonso (el tío Alfonso), lo había llamado bien temprano, hecho un loco, avisándole lo de Arosamena.
Julia miró el reloj. Eran las doce. Qué podía haber pasado.Vio a Lisazo sentarse en la silla de su escritorio, reclinarse en un respaldo que cedió hacia atrás, cruzar los brazos, mirar a Teo con las cejas juntas.Teo no dijo nada, cruzó una pierna sobre la otra. Lisazo enseguida apuntó los ojos al movimiento que acababan de hacer las piernas de Teo y los dejó enfocados ahí. Después habló levantando la vista hacia el pulóver rosa de Teo, que forraba los pechos como una malla.
Dijo que dos patovicas habían interceptado al menor de los Arosamena cuando corría por el Rosedal. Lo metieron adentro de un auto y se lo llevaron durante dos horas. Lo apretaron por la plata de un tal Borrini. Ahora lo atendían en el Otamendi, por el shock. Trataban de esconderlo de la prensa, por la posible corrida en el banco. Imaginate, le dijo a Teo y arrugó la frente ancha, tan ancha y sobresalida como un escalón. La miraba fijo con las cejas encogidas, haciendo de cuenta que ella era transparente y la conversación sucedía solamente entre Teo y él.
—Borrini —dijo Lisazo— quién puede ser Borrini. Ahora los Arosamena conocen el nombre de uno de los perjudicados.
Por el lado legal, Lisazo estaba tranquilo, como ya había dicho, en ese tipo de inversiones no había rastros. Pero con cierta gente no se

jugaba. Gente como Borrini no iba a la ventanilla del banco a presentar sus papeles con los estados de cuenta que justificaban el dinero que tenían invertido en el banco, como haría Alfonso.
—¿Sos el abogado del tío Alfonso? —dijo Julia.
Lisazo enrojeció igual que un adolescente. Tomó un cigarro cubano apagado y jugó con el cigarro, sacándole la ceniza de la punta con el borde del cenicero. Levantó los hombros.
—El estudio le lleva algunas cosas —dijo.
—¿Y ya estuviste o vas a estar en el banco con él, exigiéndole al banco que ponga el dinero que falta? Porque Alfonso no tiene un estado de cuenta legal, uno que le llegue a su casa o a la escribanía y que puedan ojear los sabuesos de la DGI.Alfonso no tiene nada que pruebe lo que dice que tenía allá en la isla del Caribe. Por eso te necesita a vos.

11

Teo los miraba como sin entender. Uno de los ojos de Lisazo no abría del todo, entonces parecía que tuviera un ojo más grande que el otro. Se esforzaba por abrir ese ojo, miraba fijo hacia el medio de ellas dos. Julia cruzó los brazos, resignándose a que nada pudiera cambiar su desprecio por Lisazo, que parecía una versión rejuvenecida del tío Alfonso.

—En esto, en *private banking,* la confianza es todo —dijo, y miró a Teo —. Acá nadie quiere recibir sus estados de cuenta y blanquear sus ahorros. Nadie, pero no es lo mismo lo que haría un Borrini, que perdió la confianza, que lo que haría alguien respetable, que perdió la confianza. No sé si me entendés.

Golpearon la puerta y Lisazo dijo: adelante. Entró una mujer con un blazer y pantalón negros, con una bandeja. El pelo era color rojo oscuro, casi bordó. Esperaron a que apoyara la bandeja sobre una mesita contra la pared, sirviera café en tazas de porcelana y las repartiera. Cada taza tenía un sobre con endulcorante en el platito. Después la pelirroja se fue.

—Cada vez que un Borrini, o un Álzaga también, obvio, cualquier inversor de Dano o de otro, quiere saber cómo anda su inversión, llama al oficial de cuentas y le pregunta —dijo Lisazo—, o pide una entrevista y en la misma oficina del oficial de cuentas mira el monitor, ve el estado de su cuenta en pantalla. Todo esto porque no quieren recibir la información por correo,como decíamos antes —se puso de pie, caminaba frente al ventanal—. Si los Arosamena, al día siguiente del famoso programa con la cámara oculta, quisieron ver la

computadora de Dano, no pudieron encontrar ninguna pista que les aportara información sobre quiénes eran los clientes perjudicados, como sería el caso de este Borrini. No quiero decir qué es lo que Dano estuvo haciendo porque no corresponde, pero sí quiero que entiendas lo que está pasando, Teo, por el peligro que corrés —se apoyó contra el escritorio con las piernas estiradas, un pie cruzado sobre el otro—. Si hasta que se levantó la perdiz, tu tío Alfonso quería un estado de cuenta impreso, Dano se lo daba en su oficina. Pero Alfonso podría haber estado leyendo estados de cuenta falsos, truchos. Problema de Alfonso, sí, claro que sí, pero lo que hoy nos importa, Teo, y el motivo por el que te llamé, es prevenirte del enojo de otro tipo de cliente, con el mismo problema de Alfonso —Lisazo cruzó los brazos—. El banco está esperando que vayan apareciendo clientes con sus estados de cuenta en la mano. Sean truchos, truchados por Dano, o no.Va a haber muchos que aparezcan con las manos vacías, como hizo Alfonso —hizo una pausa, cerró los ojos un segundo—. Teo te lo digo para prevenirte.

—¿Y para eso era necesario que viniéramos acá? —dijo Julia.
—Los teléfonos están pinchados —contestó Lisazo, mirándola con ojos entrecerrados—.Y no era necesario que vinieran las dos.
Se paró al lado de Teo y la tomó del mentón para mirarle la cara, que hasta recién estaba cabizbaja. Después giró la cabeza en dirección a ella y la miró unos segundos, unos segundos, nomás, como quien mira un objeto que no identifica en su oficina, y volvió a mirar a Teo.
—Alfonso está negociando con el banco, parece que falta mucha plata en su cuenta. No tiene sus estados de cuenta con él, porque hacía mandar el correo a la dirección de *hold mail* del banco en Uruguay. No tiene nada de malo, el hecho de que sea un servicio que el banco ofrece es un argumento a nuestro favor, a favor de Alfonso, quiero decir. Pero lo que le sucede a Alfonso, a nosotros nos sirve de ilustración. Como Alfonso no recibía los estados de cuenta, no pudo percibir a tiempo que tenía tanto menos fondos que antes. Entonces no tiene nada que pruebe lo que dice que había en su cuenta. Es su palabra contra la del banco, que le dice que tiene menos de lo que él dice que tiene. Alfonso va a moverse por derecha, Borrini no. Gracias a Alfonso nos enteramos del apriete de los Arosamena. Ahora estamos en guardia, los Arosamena están asustados.Y como saben del parentesco, lo presionan a Alfonso para que Dano reaccione y repare este desastre que hizo. Quién lo hubiese dicho. Dano tan mosquita muerta que parecía. Te lo digo en confianza, Teo, lo que se dice acá adentro no sale, entre vos y yo hay confidencialidad abogado cliente: los del banco le pidieron a Alfonso unos días para investigar —hizo una pausa y miró a Julia de reojo—. Pensá que los Arosamena no

pueden saber quiénes ni cuántos son los perjudicados, ni de cuánta plata se trata. Como te dije, estoy convencido de que lo de los cuatro millones es pura conjetura y es la cifra que el banco está dispuesto a sacrificar con tal de evitar la corrida.

—¿De quién sos abogado, Pancho? Decidite —dijo Teo, levantándose tan de golpe que la cartera cayó al piso.

Lisazo se levantó también y caminó hasta el ventanal. Otra vez las manos en la espalda. Durante un rato largo nadie dijo nada. Ella le miraba la nuca mientras Lisazo miraba por la ventana. De repente Lisazo se dio vuelta, apoyó las manos sobre el escritorio, y miró fijo a Teo.

—Quería que estuvieras al tanto de cómo vienen las cosas, Teodelina —dijo. Hundió la cabeza en el cuello almidonado de la camisa. Se sentó—. No quiero que te pase nada —refregaba las manos, movía la cabeza de un lado para el otro. Después dijo que Dano no quedaría mucho tiempo en Devoto porque no había pruebas en su contra. Pero la gente como Borrini era impaciente y peligrosa. Borrini no iría al banco a negociar, como haría Alfonso. Se podía esperar cualquier cosa de un Borrini. Por eso quería que Teo y los chicos se cuidaran. Entonces le ofreció su chacra en Luján para que se fueran los tres hasta que pasara todo.

Teo contestó que no con tanta convicción, que tomó por sorpresa a Julia. Seguía parada y cruzaba los brazos.

—No seas así —dijo Lisazo.

Teo se sentó en su silla otra vez. Hizo una mueca mordiéndose el labio, como haría una adolescente sofocada a la que le gritan una guasada en la calle. Dijo que muchas gracias, pero sus hijos ya no eran bebés que se manipulan como pollitos, no podía esconderlos en una chacra y mirarlos corretear por el parque hasta que asomara el auto que viniera a buscarlos. No quería asustarlos, ni engañarlos.Teo tenía las manos sobre la falda y temblaba.Agachó la cabeza y se tapó la cara con las manos.

—Cuidate —dijo Lisazo. Se le acercó, rozándola a Julia con el traje. Se detuvo a la izquierda de Teo. Entonces se agachó, de espaldas a Julia, y le cuchicheó algo a Teo en la oreja. Ella no pudo oír.Vio la mano de Lisazo sobre el hombro de Teo y el pulgar moviéndose en círculos sobre el cuello.Tampoco pudo ver la cara de Teo, pero el pulgar seguía moviéndose y Lisazo le decía, en voz muy baja, que lo llamara si necesitaba algo. Sacó una tarjeta de la billetera y dijo que ahí estaba el número de su celular.

Julia se levantó de golpe y apoyó la taza de porcelana sobre el escritorio

—Vamos yendo —dijo.

Lisazo la ignoró. Se agachó delante de Teo y dobló la cabeza para

poder verle la cara, que todavía tenía escondida entre las manos. Las manos de Lisazo estaban sobre las rodillas de Teo. La escena sucedía como si ella no estuviese presente.

—Vamos yendo —insistió y tomó a Teo del brazo.

xiii

El ascensor era grande y plateado. Iban en silencio, apretadas entre oficinistas que se miraban los pies. En la planta baja, el ascensor se vació tan rápido como si alguien hubiera gritado “incendio”. Ellas bajaron últimas. Cruzaron el hall que ya estaba vacío, el piso de mármol, lustroso, con eco.Teo iba adelante dando zancadas, como una zombi a la carrera. Entre la minifalda muy baja y el pulóver se veía un ribete ancho de espalda. Dos grados bajo cero y ella con un pedazo de espalda y de barriga al aire. La alcanzó.Tiró del brazo.Teo se dio vuelta. La miró, esperando.

—Tuviste algo con el Lisazo este —le dijo.

Teo rescató su brazo, se dio vuelta y siguió caminando.
Ella se quedó unos segundos mirándola irse, quedándose atrás. Tuvo que ir al trote para alcanzarla, se le torció el tobillo pero no llegó a caerse. No podía verle la cara,Teo iba cada vez más adelante, la distancia se estiraba con cada paso. Lamentaba lo que había preguntado, había querido hacer un chiste referido a todo lo que le había contado la noche anterior. Para desdramatizar o sentirse compinche o no, claro, ella no hacía ese tipo de chistes y nunca tendría esa complicidad con Teo. No había sido un chiste, había querido saber. Era el tipo de chiste sondeador, como ensayar una carnada. Como una vez que estaba sola en el hotel Impala de Lincoln, Omar se retrasaba y apagó la luz del baño para que la pareja de la habitación al otro lado del tragaluz no la viera espiarlos haciendo sus cosas.
Además, había sido Teo la que le había pedido que viniera a acompañarla, la que le había mostrado la concupiscencia que disimulaba cada viaje anterior en su vitrina de familia feliz, entonces ahora no podía hacerse la ofendida.
De golpe Teo frenó y se dio vuelta. Abrió la boca como para decir algo pero no dijo nada, enseguida continuó caminando, otra vez zancadas largas y otra vez ella quedaba rezagada. Quería alcanzarla, verla de cerca, descubrir en sus gestos lo que escondía.Teo levantó la mano, frenó un taxi.
—¿Qué te importa si tuve una historia con Lisazo? Da lo mismo —dijo Teo, ya en el taxi.

El taxista las miraba por el espejo retrovisor. Recién ahora Teo se ponía el saco, uno de lana largo hasta los tobillos. Parecía enojada. Dijo:
—No me recrimines haciéndote la perfecta, dejame en paz.
Julia miraba a la gente congelándose en las esquina, apretando los brazos contra el pecho, mientras esperaban que el semáforo cambiara de color. Había una mujer envuelta en una bufanda, el viento le volaba el pelo y ella agachaba la cabeza y escondía el mentón dentro de la bufanda.
—¿Y para qué querías que viniera a Buenos Aires, entonces?
En el siguiente semáforo se acercaron bomberos voluntarios de uniforme que ofrecían bonos contribución y competían por las ventanillas de los autos con una señora de negro con un bebé envuelto en un trapo.
—Sé qué no me vas a perdonar nunca lo de Dano —dijo Teo.
El cielo cambió. Tomó un color blancuzco y parecía que estaba más bajo. Ella miraba por la ventana el tránsito parado, ajeno al melodrama que ellas dos llevaban adentro del taxi.Teo seguía:
—Para vos todo empieza y termina con eso, y te entiendo.Te pido perdón. No sé qué puedo decirte para que me perdones. Te juro, y ya te lo dije en su momento, que cuando conocí a Dano, no sabía que vos habías salido con él. En esa época andabas siempre en la tuya y nadie sabía nada de vos. Entrabas y salías de casa como de un hotel.Y parecía que no salías con nadie, que eras puro estudio. Qué me iba a imaginar. Mamá tampoco se hubiese imaginado. Nadie —se calló un rato y después dijo—: En todo caso deberías enojarte con Dano y no conmigo.
El taxi rodeó el Monumento de los Españoles y dos cuadras más adelante, con el Rosedal a la izquierda, dobló por Oro, que, en comparación con la avenida, parecía desierta. Bajaron en la esquina de Demaría, detrás de otro taxi estacionado. El taxista masticaba un sándwich con la puerta del auto abierta, una pierna hacia afuera y la radio prendida.
—No sé de dónde sacaste eso de que no salía con nadie —dijo ella—. Salí con Danilo y había salido con otros.Y después de Danilo también salí con otros, qué te creés. Pero borrá esa culpa de tu cabeza, no vale la pena, Danilo no era para mí.
Entraron al bar de la esquina, que antes era un jardín de infantes. Ellas habían ido a ese jardín de infantes. Quedaba justo frente a su casa, era nomás cruzar la calle.
Se sentaron en una mesa al lado de la ventana. En ese exacto lugar estaba el escritorio de la preceptora-directora-dueña del jardín. Por encima de la altura de sus cabezas había volado la tijera que Teo le tiró al rubio que se burlaba de la bota ortopédica. Una ambulancia se

llevó al rubio y no volvió más al jardín, pero alguien les chusmeó que al rubio le había quedado un ojo marrón oscuro al lado del celeste.
—Juja, hablemos.
Miraron por la ventana. El kiosco sobre Oro antes era una tintorería y a ellas les avergonzaba que su madre siempre se quejara de que no había quedado bien la ropa. Gesticulaba, sacudiendo la prenda, y ellas miraban por la ventana.
—Dale, Juja, hablemos de nosotras.Tenemos tanto en común.Tenemos el pasado en común. No se puede hacer de cuenta que el pasado no existió. Existió y sus efectos viven en el presente.
La casona de sus amigas las Aguirre ahora era una sucursal del banco donde trabajaba Danilo. Julia miró el edificio al lado del banco. La puerta del garage era nueva. Las ventanas del primer piso, su casa hasta que se mudaron a un departamento más chico, tenía un aire acondicionado en la pared. Había enrejado en el balcón. Antes de venderla no había ningún enrejado. El balcón era prohibido para ellas y listo.
—Dale, Juja. Si no, es como ser miope y negarse a usar anteojos.
Le parecía que si en ese momento pidiera permiso para pasar al departamento, se parara frente a esa ventana y tocara la manija con los ojos cerrados, el tiempo se disolvería, y volvería a tener ocho años, y oiría los ruidos de antes, y olería los olores de antes. Si abriera los ojos y mirara la calle, vería autos más puntudos frenando en la esquina y a la señora de Aníbal, el portero, apareciendo por lo de las Aguirre, una bolsa de red en la mano con los bifes de la carnicería de Miño para el almuerzo. Levantaría la vista y vería a los chicos del jardín de infantes, estarían jugando con sus delantales rosa y celeste, como ellas habían jugado antes de empezar el colegio. Al lado, en el edificio de la izquierda, vería a la familia de "los raros", esos que siempre estaban quietos, leyendo, con lámparas como focos que apuntaban a los libros.
—¿Estás bien con Omar?
Por un momento se había olvidado de Teo. Tenía el menú en la mano y ni siquiera lo había mirado.
—Qué sé yo —contestó.

12

Pensaba comer dos empanadas. Una de mozzarela y cebolla, la otra de carne.
—¿Se van a casar?
Por la esquina venía un chiquito mocoso, corriendo. En el semáforo se acercó a la ventanilla de un Ford azul y golpeó el vidrio.
Qué casualidad que el departamento prestado, el del primo, quedara en el barrio de la infancia. Después se mudaron y vivieron en otros

departamentos, pero el barrio de la infancia era este. Podría decir que de allí era desde donde había partido.

—Omar es casado —contestó.

Al chiquito se le cayó una moneda que rodó hasta el cordón. Corrió hasta la vereda, tomó la moneda y se sentó en el cordón.Teo miraba la misma escena.

—¿Te quiere a vos o a la mujer?

El mozo apoyó un platito con aceitunas sobre la mesa. Julia encendió un cigarrillo.

—Dano quiere que vayas a la cárcel —dijo Teo.

Tenía la cara pálida y marchita. El pelo sucio se le partía en la frente. Igual, solamente una estúpida podría decir que ellas eran dos mitades de una misma cosa. Una vez se lo había contado a Omar. Le contó que cuando eran chicas decían que eran dos mitades de una misma cosa. Omar había sonreído con una sonrisa amable,franca.Después la tomó de las manos y le dijo que su mujer quería irse a Trenque Lauquen y le dejaba los hijos. Le preguntó si ella estaría dispuesta a vivir con él y sus hijos. Él se mudaría a Lincoln, a su casa, porque pondría en venta la casa de Pinto y le daría la plata de la casa a su mujer. Ella lo miró sin decir nada. Lo miró y lo miró. Él dijo, como si contestara la pregunta que ella no había hecho, que la quería, y le apretó las manos. La seguridad de Omar era lo que le atraía de él. No importaba de qué hablara, lo hacía con convicción. Después discutieron. Las mujeres pretenden lo que no existe, nena, decía Omar. Conocí muchas como vos, insistía. El asunto de la pierna es tu excusa para todo. Le reprochó que para ella, él era nada más que un compañero sexual. Un hombre del pueblo de al lado, de encuentros fugaces y furtivos, la valija siempre abierta, las medias y la camisa colgando para afuera. Es mejor si es otra la que hace el esfuerzo por retenerme, ¿no?, le dijo aquella vez.

—¿Y para qué quiere que vaya a la cárcel? —le dijo a Teo—. Era lo único que me faltaba en este viaje.

—¿Por qué no querés hablar de antes?

—¿No es bastante con lo que te está pasando ahora?

—Últimamente se me da por acordarme cosas.

—¿Qué cosas?

—Me acuerdo. Pienso.Trato de entender.

Comieron las empanadas en silencio. Julia miraba el edificio de enfrente, el balcón del primer piso.

—Gracias por acompañarme a lo del abogado —dijo Teo— . Y gracias por venir a Buenos Aires.

—No soporto el tonito dramático —dijo ella.

—¿Te acostaste con Dano? —dijo Teo.

—¿Vos qué pensás?

—Dano me dijo que no.
—Sos vos la que dice que todo lo que se dice es mentira.
—De alguna manera me da alivio. Zafo un poco de la culpa.
—¿Y qué culpa es esa?
—La culpa de tener las dos piernas iguales, Julia.Vos ves todo desde tu lado y jamás se te debe haber ocurrido pensar cómo sería del mío. No hagas deporte porque *pobre Julia*, no flirtees porque pobre Julia, no te diviertas porque pobre Julia. Que te fueras fue un alivio.
—Nunca te privaste de nada, querida. Bien que te divertías. Si ya de chiquita eras puta.
Justo se acercaba el mozo con una bandeja redonda de metal con las Coca Colas, los vasos, las servilletas. Se quedó quieto unos segundos, como dudando. Al final se decidió y cuando apoyó las botellas y los vasos sobre la mesa, pareció el único ruido del bar.
Teo apretaba los ojos. Dijo:
—Las putas cobran, Julia —se levantó y se fue.
Julia pidió una copa de vino y comió dos empanadas más, mirando a través de la ventana. Después caminó por Oro hacia Pacífico, alejándose del barrio tan conocido. Cruzó Santa Fe, siguió a Palermo Viejo. En la plaza Cortázar dio unas vueltas por los puestos de los artesanos, mezclada entre la gente que parecía girar alrededor de la plaza redonda, como en un lavarropas.
En un bar, al lado de dos viejos dispuestos a ver pasar la tarde, pidió un submarino. Metió la barrita de chocolate en la leche caliente y cuando la leche empezaba a teñirse de marrón, aplastó el chocolate con la cucharita de mango largo.
Más tarde caminó por Borges de vuelta hacia Santa Fe y, a medida que avanzaba, le empezaron a pesar los pies. Cada vez más, como si los zapatos se pegaran al piso y se les adhiriera cemento.
Llegó de vuelta a la esquina de Demaría y Oro. Miró otra vez el edificio. Miró y miró el primer piso, el único con balcón. Cruzó la calle. Se paró frente al portero eléctrico y en la plancha de bronce con botones, 1A, 1B, 2A, 2B, 3A, 3B, 4A, 4B, 5, vio su cara desconocida y gastada. Oyó ruido de llaves, se dio vuelta, un hombre metía una llave en la cerradura. El hombre pasó, y ella se coló detrás de él. El hombre la miró, dudando, pero no dijo nada. Subieron juntos al ascensor, él cerró las rejas de la puerta y le preguntó a qué piso iba. Al primero, dijo ella, y el hombre dijo que él también iba al primero. Era el mismo ascensor viejo, de enrejado negro. Mientras el ascensor subía, despacio, se preguntaba qué estaba haciendo. Pero ya no podía detenerse.Vio el mismo banco de piedra en el pallier, con almohadoncito de pana bordó. El hombre abrió la puerta del ascensor y preguntó, ¿A o B? Ella dijo que A y él, las llaves en la mano derecha, la miró, estático como un muñeco.

—¿Vivís acá? —preguntó Julia.
Él contestó un sí dudoso.
—Yo viví acá hasta los doce —dijo ella— ¿te importa si paso un minuto?
—Pasá, pasá —contestó el hombre con tono amable, como el que se usa con los locos o los tontos.
Entraron y ella caminó directo hasta la ventana y miró la calle, miró el bar que antes era un jardín de infantes, miró el living de “los raros”, miró el cielo, oyó el aleteo de una paloma en la cornisa, y aguantó las ganas de llorar. Se dio vuelta, miró el living, el mismo living pero con menos muebles o con muebles más chicos, la misma distribución, a la derecha el pasillo que iba a los cuartos, la puerta del cuarto de sus padres, cerrada. Solo el olor era distinto. No era olor a desinfectante, esa asepsia inmaculada, como la de los hospitales, sino olor a comida. El hombre hablaba a toda velocidad de las reformas que le pensaba hacer al departamento y ella, parada en el medio del living, los brazos colgando a los costados, empezó a llorar. En silencio, los ojos se le inundaron de lágrimas. Nunca lloraba y ahora lloraba frente a un extraño.
De golpe aparecieron dos chiquitos corriendo. Dijeron:
—¿Quién es?, ¿quién es?
Y antes de que el hombre les contestara, ella estaba en la puerta y se iba.
En el zaguán una viejita encorvada avanzaba con pasos cortos, una bolsa de red en la mano. La vieja no la reconoció, pero después de abrir la puerta, cuando ella la empujaba y la vieja sacaba la llave de la cerradura, le miró los pies. Enseguida levantó los ojos y la miró, como preguntándole si era ella.

xiv

Elena Susana
“Agua que va río abajo, arriba no ha de volver”.
Diario de Julia:

“A las siete menos cuarto de la tarde, de la segunda semana del mes de mayo, salgo del consultorio del dentista donde soy secretaria.Voy a la conferencia de Komar, un antropólogo filosófico que habla en el Instituto de Rodríguez Peña. Habla sobre el *vicio de ascedia,* explica como uno corre de un lado para el otro con sus cosas, escapándose de sí mismo, y no ‘está’ en el sentido filosófico de ‘estar’, en ningún lado.

Me siento en un banco en primera fila para aumentar mis posibilidades de absorber toda la sabiduría intelectual y espiritual de Komar. Son esos bancos tipo pupitre pero de fórmica, con una mesita rebatible pegada a la silla. En la segunda fila y del otro lado, hay un chico de pelo color arena y mirada triste. Cada vez que me doy vuelta y lo miro, él me mira. Me da intriga. Seguro es amigo de Teo, pienso, pero más tarde me entero de que no la conoce.

Cuando termina la charla, se acerca a mi pupitre. Todavía estoy sentada, guardo las hojas con los apuntes adentro de la carpeta. Él dice:

—¿Querés tomar algo?

Todavía no me ha preguntado mi nombre ni me ha dicho el suyo, y yo estoy todavía sentada.
—Bueno —digo—. Vamos.
Un rato más tarde nos sentamos en el bar de la esquina y pedimos cervezas.
—¿Qué pasa con tus piernas? —me pregunta él.
Me sorprende la pregunta así de directa, todo el mundo hace de cuenta que no tengo un zapato con una suela de seis centímetros. Se llama Danilo. Me gustan sus ojos profundos.Tienen un color impreciso y pareciera que no pudieran mentir.También me gusta que diga lo que pasa por su cabeza, como si necesitara ser genuino y entender lo que piensa su cabeza a partir de lo que dice su boca. Enseguida hablamos

y hablamos y hablamos y de golpe nos damos cuenta de que los mozos están poniendo las sillas arriba de las mesas, de que el bar está por cerrar.
A la noche no puedo dormir. Con los párpados cerrados todavía veo aquellos ojos imprecisos, que tal vez sean marrones, o tal vez pardos o tal vez verdes. Me acuerdo de las frases intensas, buscando convencimiento, que parecían decididas a no penetrar la corrupción del mundo adulto.
Ha pasado una semana y ya nos hemos visto tres veces (once horas). Al menos una vez, en cada una de esas once horas, él habló de su padre. Habla de un padre que infecta cada una de las ideas.Trato de convencerlo de que ya está grande para que lo influya su padre y así descubro su candidez; a pesar de los cuatro años que me lleva, es un chico y no quiere dejar de serlo. Eso me gusta. Con él tengo la sensación de convencerlo de cualquier cosa que se me ocurra. Puedo marcarle un rumbo para que siga. Podría construir una cueva imaginaria y encerrarnos a los dos, lejos del mundo corrompido.
Salimos solos. No vamos a los lugares típicos, donde cualquier chico lleva a una chica. Caminamos por Corrientes, entramos a un cine o a un teatro, comemos pizza en alguna parte del otro lado de Corrientes, y él habla y habla. Prefiero suponer que ir a los lugares adonde van sus amigos le aburre, antes que sospechar que no quiera encontrárselos conmigo. No voy a perder el tiempo sospechando eso porque mi cueva está en construcción. Una vez que estemos adentro, lo que hagan afuera no va a importar.
Hacemos el amor por primera vez en un habilitado que se llama J-J, al mes de conocernos. En el J-J cobran por hora y cada vez que suena el timbre para avisar que termina el turno, todavía estamos en el medio de una charla y, por más que pagamos mitad cada uno, nos sale muy caro.
Él trabaja en un edificio de departamentos, muy moderno, con pileta y cancha de tenis, en la avenida Del Libertador. Es como un portero, pero de traje y corbata. Tiene una oficinita en el piso de la cancha de tenis del edificio, y lo llaman cuando hay humedades o quieren reservar la cancha de tenis o las mucamas no fueron al cuarto D o al diecisiete C. Entonces pasamos del J-J a cualquier departamento vacío en el edificio donde Danilo trabaja después de las seis de la tarde. Él lleva una colchoneta del gimnasio (hay un gimnasio al lado de la pileta), y ahí tenemos más tiempo.
A veces digo en casa que voy a estudiar a lo de una amiga y puedo quedarme toda la noche. Llevo dos Vascolet y media docena de medialunas, y cuando empieza a salir el sol tomamos el desayuno mirando los techos de los edificios más bajos, las terrazas con sus personajes insólitos, que a esa hora aparecen sobre los techos. Él se va

antes que yo, entra a la facultad a las ocho.A la una ya está de vuelta en el edificio, estudia en un departamento vacío o en la lavandería o en el sauna apagado y recién va a su oficina a las seis de la tarde.
A las siete y media de aquella mañana, lo miro vestirse y le digo:
—Dame un beso cuando te vas.
No soy de decir ese tipo de frases, me suenan cursis. Pero en el consultorio leí mi horóscopo, decía que me cuidara en el amor y, por más que no creo en horóscopos, pensé que la frase graficaba mi cueva.
Esa noche discutimos porque Danilo insistía con su fijación de irse al Sur, escaparse de todo y ser felices bien lejos.Yo le digo que mejor irnos después de que termine mi carrera. Hasta ese día no le había dado importancia a la obstinación de él por escaparse. Le seguía la corriente, como si habláramos de una quimera estilo telenovela: "Somos unos incomprendidos, nos fugaremos juntos". Esa noche él insiste y me pide argumentos concretos para postergar la fuga. Le hablo de la cueva, pero él no comprende. Para él, solamente si nos alejamos, sentiremos que nadie va a corrompernos.
—Además, ¿qué te importa tu carrera? —dice Danilo, y yo odio su intensidad mezclada con candor. Entonces sé que somos desconocidos uno para el otro, que lo que nos ha unido estuvo forzado por el miedo al mundo y no por nosotros mismos.
—Me importa mucho —contesto.
—Te importa más que yo.
A los dieciocho, me siento vieja. No se me ocurre qué decirle.
—Eso es una estupidez —digo, tratando de seguir el juego—. No se puede comparar.
—Sí se puede, yo colgaría mi facultad por vos, pero vos no lo harías por mí —dice él furioso.
—Vos odiás la economía —digo, testeándolo—. Cualquier excusa te viene bien.
—Pero igual lo haría, y vos no.
Estamos acostados sobre la colchoneta, espalda contra espalda, y miro pasar aviones, hasta que empieza a amanecer. Entonces me quedo dormida. De repente lo oigo vestirse y permanezco ovillada sobre la colchoneta. Él se va.Y yo, sin haber dicho la frase cábala.
Ha pasado un mes. No sé nada de Danilo. Lo imagino dentro del edificio, como dentro de un panal. Recupero tiempo de estudio. Cada día que pasa me convenzo más

de que mi carrera es certidumbre, y escaparme con él, un riesgo como zambullirme en un río correntoso sostenida de la mano de un bebé. Con la carrera, al menos tengo una balsa segura, puedo maniobrarla y sentir que la balsa no va a cansarse de mí y dejarme.

Atiendo el teléfono y es él, Danilo.
—Hola Julia. ¿Me pasás con Teo? —dice.
Pienso que es para darme celos. Él y Teo no tienen

nada que ver. Nada que ver. Pero es la mujer ideal para darle celos a alguien. Un adorno que en todos lados queda bien.

Salen. Él y Teo van a una fiesta de egresados. Me entero de que la invita una segunda vez, al Luna Park.Teo se ducha. Entro al baño y digo:

—En mayo y junio estuve saliendo con el chico que estás saliendo vos, con Danilo.
—¿Vos con Dano? —dice Teo, sacando la cabeza con gorra de baño por el costado de la cortina de hule.
Teo no me cree. Me mira con el ceño fruncido. Quisiera tirarle el botín ortopédico por la cabeza, pero no lo hago, me quedo quieta, miro la cortina de la ducha y el contorno de su cuerpo moviéndose detrás de la cortina.

El fin de semana largo de agosto me voy a Mendoza con Laura, una amiga de la facultad. Es una chica de Burzaco, muy gorda, y ya tiene canas. Paseamos por las fincas de San Rafael y vamos a una fiesta "Años Locos". Los mendocinos nos parecen menos histéricos que los porteños, toman vino y miran a los ojos. Un mendocino me gusta y promete escribirme. Laura se enamora perdidamente de un Camilo de Luján de Cuyo.Vuelvo sola porque Laura dice que va a hacer la prueba de quedarse. Yo protesto: ¿y la facu? Ella dice que la facultad era un lugar donde conseguir Camilos.

Cuando vuelvo a Buenos Aires, Mamá llora en el living. Le pregunto qué pasa. Mamá dice:
—Tu hermana está embarazada."

XV

Julia se detuvo en la esquina y vio el paredón de la cárcel, alto, la pintura carcomida. Había guardias con armas largas colgando de los hombros que caminaban a lo largo de la parte más alta, escudriñando la vereda. Enseguida vio la fila de mujeres, el final desaparecía en la esquina. Tanto mirar la fila, trastabilló con una baldosa levantada. Desde el piso miró para todos lados. Nadie la había visto. ¿Qué hago acá?, se preguntó. ¿Qué hago acá, frente a las caras muertas de estas mujeres que, de alguna manera como a Teo, el hombre se les escurrió de las manos?

Se paró al final de la fila. Todas las mujeres cargaban bolsas de nailon, como las que había mencionado Teo, iguales a las de supermercado pero transparentes. Ella no tenía nada en la mano, sólo el DNI viejo en el bolsillo del pantalón y dos monedas para el colectivo de vuelta.

Recordaba la versión de Teo de esa fila de mujeres. De cómo se había sentido ajena ante la mueca de desdén de las otras. Ella se sentía incluida en la fila, una mujer más en una fila de mujeres, sin historia, sin clase, sin identidad, sin discrepancias; una mujer y basta.

La fila duró casi una hora. Cuando llegó su turno, las guardias insistieron en revisarle el alza del mocasín compensado. Las otras más atrás en la fila miraban resignadas, acostumbradas al maltrato de esas mujeres en posición de maltratar. Ella protestó: es ortopédico. Tuvo que pararse descalza y dar unos pasos para mostrar lo que pasaba con sus piernas. Una guardia con pelos en la cara inspeccionó la suela compensada. La sacudió al lado de la oreja, como si fuese un sonajero. Julia le vio la boca torcida, la sonrisa de costado. Tenía el pelo corto y la gorra le cubría la frente. Los hombros anchos, el pecho plano. Se le acercó a la cara, la miró muy de cerca, erguida, y, ahora que ella se apoyaba sobre el pie izquierdo, desde más alto. Mirándola fijo, hizo un gesto con la cabeza y apuntó un dedo de uñas cortas a los almacenes del otro lado de la calle.

Cruzó la calle. Dejó los mocasines en consignación. Pidió un par de zapatillas. No quedaban número treinta y ocho ni treinta y nueve. Le dieron unas número cuarenta, igualitas a las Indiana, la suela lisa de

tan gastada.

Como contó Teo, la revisaron: otra fila. Los camerinos, cortinas de tela con ganchos de metal. Se bajó el pantalón. Le temblaban las manos. Se sacó las zapatillas. Sacó los pies del pantalón. La bombacha. Esperó. Oía voces, murmullos, voces. De repente, un ruido metálico, brusco. La cortina se corrió y otra guardia mujer hombre dijo: Vamos, abrite.

Las voces seguían, indiferentes, un barullo de fondo. Después caminó hacia la puerta, un rectángulo de luz.

Afuera, el sol encandilaba. Ciega, rengueó hacia el medio del patio. Paredes altas lo circundaban, repletas de ventanas. No los veía, pero sentía miles de ojos encima de ella. Caminó dándose tiempo, evitando trastabillar.

A la derecha del patio, debajo de un techo largo, grupos de internos con mujeres y algunos chicos alrededor de los grupos. Los oía pero no los miraba, iba con los ojos fijos en el piso.

De golpe levantó la cabeza y lo vio.Venía desde la otra punta del patio. Se detuvo, muy quieta, apoyada sobre el pie izquierdo. Al principio no estaba segura. Después lo reconoció. El pelo más corto, menos rulos. Las canas delante de las orejas se camuflaban en el color arena del pelo. Tenía los ojos hinchados; entre los ojos, un surco hondo. La piel opaca.Arrastraba los pies. Intentó una sonrisa que no dijo nada. Después abrió la boca, dijo:

—Perdoná esto, Julia.
Ella miró el suelo.
—¿Estás bien? —preguntó él, tomándola del brazo. —Bien —contestó.
—Te cortaste el pelo —dijo él.
—Nadie se da cuenta.
No dijeron nada un tiempo largo, él barría tierra con

un pie. Ella le miraba el pie. Pensaba que al final, cada uno conseguía lo que buscaba.Aunque no lo supiera.

Siguieron en silencio. Oía partes de las conversaciones de los internos, de sus visitas. De golpe, una risa fuerte, o más bien un chillido. Otros ruidos más atrás y más arriba. Lejos, gritos.

—Todo el día es así —dijo él, cabeceando hacia los gritos.
Quedaron callados. Después él la tomó del brazo. —Sentémonos —dijo, señalando el piso.
Se sentaron en una baldosa apoyada sobre la tierra.

Danilo se abrazaba a sus rodillas. Las uñas negras. Los pellejos mordidos.

—Cagan en las duchas, ¿sabés? —dijo. Después se quedó callado un rato largo. Dos guardias venían en dirección a ellos con dos perros ovejeros con ojos desorbitados arrastrándolos de las correas. Se detuvieron a mirarlos. Uno de los perros levantó el hocico, mostró encías blancas. Danilo tomaba a Julia del brazo. Después mordía un yuyo que tenía entre dos dedos. Estaban sentados tan cerca que podía sentir su olor. Los dos miraban hacia adelante, una bolsa transparente bailaba con el viento.

Un rato más tarde él dijo que pensaba todo el día. Todo el día. De noche casi no dormía entre que seguía pensando y los ruidos, el miedo.

De reojo, lo vio levantar un hombro dos o tres veces, muy rápido, y a veces sacudir la cabeza.
—No sabés a la velocidad a que trabaja la cabeza de noche —siguió él —. Del cansancio te parece que te dormís pero en realidad no te dormís, estás pendiente de cada sombra, de cada ruido, de cada cosa que te roce.Y pensás miles de cosas de a pedazos, cosas que antes no se te habían ocurrido.
Después se calló y se quedaron en silencio un rato largo. Ella miraba unas piedritas sobre la tierra. Había una muy angulosa que brillaba con el reflejo del sol.
—Voy a dejar a Teo —dijo él.
Justo empezaban a ladrar los perros. Danilo levantó la cabeza, miró hacia los perros. No se veía qué estaba pasando, pero muchos internos se amontonaron a un costado y los ladridos eran cada vez más fuertes.
—No doy más —siguió indiferente a los ladridos.
Aturdían. Daban ganas de salir corriendo, perderse afuera.
Danilo cruzaba los brazos. Cerró los ojos, comprimió los párpados. Se hamacaba. El yuyo que mordía despuntaba entre los dientes como una antena. De golpe torció la cabeza y la miró.
—Todos estos años persiguiéndola. Hoy por hoy con mirarle la cara me alcanza, me doy cuenta de que está cada vez más lejos y no puedo traerla de vuelta. No sé lo que quiere. ¿Y a quién puedo contarle esto, Julia? Mis amigos andan todos de joda, seguro alguno se le tiró.Todos caras de póquer con doble vida. Cuando la mayoría alrededor tuyo tiene doble vida, doble cara, uno, que tiene su única cara, queda perdido como en un baile de máscaras, ¿me seguís? Me sentía un estúpido.Y solo.Tan solo. Sé que vos me vas a entender.Tuvimos diálogo. Pudimos hablar. Después me equivoqué. Me equivoqué porque quise garantía.Teo era una garantía, me necesitaba.Vos no me

necesitabas.Y ahora me acusa de que no la quiero, de que no la protejo y todo ese verso, pero es la otra cara la que me habla. La cara con la que realiza la fantasía de los viejos que levanta. Ella cree que le descubrí un solo tipo, el de principio de año, y que la dejé pasar. Pero no. Entré en la desesperación. Teo era otra doble cara. Hasta fui a un psicólogo. Le dije que soñaba con gente arrancándose la cara. Me habló del doble, de la tensión de los contrarios, de la imagen invertida del otro, de que el hombre no es verdaderamente uno si no dos. ¿Y? ¿Eso de qué me servía? La sensación era cada vez peor, me mareaba en el baile de máscaras.Al final me decidí: bailo con máscara yo también, así puedo irme. Lejos. Eso es lo que quiero que sepas, no doy más: me voy. Necesito decírselo a alguien porque tengo miedo por ella. Es capaz de cualquier cosa, hasta de matarse.Y no tengo con quién contar. Si pudiera llevarme a los chicos conmigo. Pero aunque lo hiciera, ¿y Teo? —se calló un rato. Se tapaba la cara con las manos. Al lado de su pierna izquierda, en una grieta en el cemento del piso, crecía un yuyo con una flor diminuta de color azul. Danilo sacó las manos de la cara, se abrazó a las rodillas—. No fue algo de un día para el otro, Julia, pero me iba carcomiendo por dentro.Y era como una obsesión. Escuchá: a principio de año le dije a Teo que me iba a Montevideo por laburo. No me fui nada, me quedé para seguirla. Cuando salió del departamento del tipo, toqué el timbre. El tipo me abrió boleado por el porro, parecía tarado. Tendrías que haberme visto, Julia, parado en la puerta, el tipo del otro lado, los dos mirándonos. Quería matarlo pero sólo podía mirarlo. Le dije quién era y el tipo se encogió de hombros, como si no tuviese ni idea o como si le diera igual. Dejó la puerta abierta y se metió adentro. Pasé. Tomamos tónica con whisky, un asco. El tipo era una ameba. Aunque no me conocía, me contestaba todo lo que le preguntaba. Parecía darle lo mismo que yo estuviese ahí o que no estuviese, que le preguntara lo que le preguntaba o me quedara callado. Me contó con lujo de detalles. Se tapó los ojos con las puntas de los dedos, después cruzó los brazos. Entonces me fui a caminar. Siempre camino por La Boca, ¿sabés? El río, la sensación de estar en otra parte. Caminé hasta que oscureció.Y entonces resolví dejarla.Volví a casa y estaba en cama, dormida, los chicos dijeron que se sentía mal. A la mañana siguiente, cuando me fui, seguía en cama. Ese día vino Alfonso al banco. Me pidió que le girara un *cash*. Era un montón de guita y como me sorprendí, me explicó que había firmado diez escrituras grosas. El tipo hacía una mueca rara, canchera, y como yo lo miraba sin entender me aclaró que habían sido escrituras al dos por ciento. Me explicó que alguien tenía que ser el escribano de este ministro que había cobrado un peaje. Bueno, enfrente de mi cara pasaron los billetes en carretilla. El que le roba a un ladrón tiene cien años de perdón, me dije. Me dije

eso y por fin me sentí liviano, que bailaba el baile de todos. ¿Sabés lo que pasa? Lo que hace Alfonso, lo hace todo el mundo: escriturar por menos, escriturar en negro, escriturar a nombre de Montoto, pedirle al escribano una fecha de protocolo vieja, que certifique la firma de alguien que murió. Sí, lo hace todo el mundo y él no sería peor que nadie. Pero uno pensaría que este señor que se llena la boca de honorabilidad tendría cierto escrúpulo, ¿o no? Entonces le vi la máscara y ahí fue que se me prendió la lamparita.

Los perros todavía ladraban y el griterío en el amontonamiento seguía, pero ella se había acostumbrado.

—La vida tiene esa cosa de tempo, ¿viste?, y algunos hechos coinciden con otros como a propósito —dijo—. Cuando me dejaste decidí hacer el intento de pertenecer. De recién casado arremetí con todo. Leía los libros que te enseñan a ser rico, iba adonde había que ir, me hacía amigo del que me tenía que hacer amigo, imitaba a los que ya habían llegado como si fuesen genios, hasta en los gestos. Pero yo no progresaba al mismo ritmo que los demás de mi nivel. Los demás de mi nivel se habían acercado a los que me parecían genios y alrededor mío iban llegando chicos de veinte. Poco a poco empecé a abrir los ojos y ver cosas, cada vez más cosas, primero escéptico, después haciéndome el tonto por miedo a terminar desbarrancado. Nada me pasaba tan cerca como para incluirme, pero las máscaras estaban en todas partes, en el banco, en la calle, entre mis amigos, en mi propia casa. En el banco me di cuenta de que estaba afuera de un montón de cosas. Todos cambiaban el auto y se iban en viajes de *sales meetings* a St. Barth, a Aspen, a París, y yo había ligado sólo el de Chile. Hablé con mi jefe de sección. Me dijo lo que ya sabía: que era un tema de producción. Pero yo dudaba, como si hubiese algo que me estaba perdiendo. Le metí pata abriendo cuentas nuevas. Me rompí el lomo, Julia, trabajaba hasta las once de la noche y mientras tanto Teo se me iba, se ponía la misma máscara que tenían todos, y yo quedaba solo.

Dos policías pasaron corriendo delante de ellos, levantando polvo. Alzaban garrotes. Uno pegó un grito seco. El amontonamiento se desparramó, abriéndose. De golpe parecía que había silencio. Ella miraba la flor en el suelo.

14

—Y ese día que vino Alfonso al banco, me iluminé —estiró los dedos, se miró la alianza. Otra vez se abrazó a las piernas, apoyaba la cara sobre las rodillas—. Y ahora, acá.Todo el día pienso. De noche ni te cuento.Tanto tiempo para pensar —dijo. El pelo pajoso, amarillo grisáceo. Arrugaba la frente, las arrugas parecían renglones, como si hubiese envejecido en pleno gesto de asombro—. Me equivoqué tanto, Julia —dijo—. Debés pensar que me lo merezco.Vos sabés todo, no

hay con qué darte, lo admito. Me equivoqué, Julia. Fue un inmenso error.Y la ironía es que me engatusó su vulnerabilidad.Y sí, me lo merezco.

Se oyó un llanto, o un gemido. Julia miró para atrás. Un guardia también miraba para atrás y después cruzaba los brazos. Atrás había toldos.Toldos hechos con lonas y frazadas. Un interno muy joven, casi un chico, caminaba pegado a ellos con una mujer alta, los ojos maquillados de verde brillante. Se metía adentro de uno de los toldos, el anteúltimo, a tres metros de donde ellos se sentaban. Empezó un jadeo como de perro. Enseguida una voz de mujer susurró "sí, bebé, sí". Julia miraba la tierra seca y después la flor azul en la grieta del cemento. El jadeo terminó tan de golpe como había empezado. El toldo se levantó, y la mujer de ojos maquillados de verde salió arreglándose la pollera.

Danilo se puso de pie, la tomó del brazo. Caminaron hacia el centro del patio, a pleno sol.
—Me voy a ir a Pirámide —dijo Danilo—. Con la plata de los chorros me voy a comprar un campo de ovejas.Tiene setecientos metros de costa blanca, blanquísima, como de sal, ¿te acordás de los acantilados de los que hablábamos? En uno de los acantilados hay una cueva prehistórica. Cuando sube la marea, el agua la cubre toda. Cuando baja, es inmensa. El mes que viene desde arriba del acantilado podés ver las ballenas madres con las crías.
A ella le sorprendió que un cuerpo pudiera envejecer y la cabeza siguiera igual de tierna, como si hubiese estado en coma; el tiempo haciéndose cargo de su cuerpo y relegando su cabeza.
—Se espera que uno trepe una montaña y uno trepa y trepa, y recién cuando roza la punta se da cuenta de que la cumbre era una fachada, como las máscaras. Lo peor de todo es que yo siempre lo había sabido.
—Nunca creciste, Danilo.
Él levantó el hombro izquierdo. Después apretó los ojos. Ella oyó palomas revoloteando sobre sus cabezas. Miró arriba. El rectángulo de cielo recortado por las paredes de los edificios se veía celeste bien claro, como el de la bandera.
—Vayámonos juntos, Julia.
Había algunas nubes blancas, ligeras, que pasaban lentas, desde una pared hasta desaparecer por la otra.

xvi

Elena Susana
"A río revuelto, ganancia de pescadores"

"Falta poco para Navidad. Lalo cumple cincuenta y cuatro años, y mi marido Alfonso se lo festeja con un asado en la isla. El fin de semana anterior Lalo y Amalia entregaron la casita de ellos, allá en la curva del Dorado, donde el río se aprieta. Hay un solazo inmenso que raja la tierra y pareciera que hace transpirar las plantas. Pega contra el río, que relumbra y encandila. Las chicharras gritan furibundas. Las hortensias han tomado un color mora intenso, como si las hubiese regado con vino. Los pájaros cantan pastoso, como quejándose de que incluso a la sombra hace calor.

En casa está lleno de invitados. Son los que vienen siempre, esta vez trajeron turrones. Estamos todos en la pérgola alrededor de la parrilla que atiende el mismo Alfonso, mordisqueamos riñoncitos y mollejas y nos reímos de sus chistes.

Desde aquí vemos a los chicos bañarse en el río, zambullirse desde el muelle, flotar en la llanta de tractor, gritar de contentos. Julia no está en la playita, está trayendo las ensaladas desde la casa. Ese fin de semana tiene que decidir si se opera para alargar su fémur o no se opera. Alfonso le estuvo hablando hace un rato. Le decía que cinco centímetros es el límite para hacer un alza estable. Que lo de ella son seis, es decir, un solo centímetro más. Un centímetro, diez milímetros. Julia no va a hablarlo con Amalia. Desde que le descubrieron el asunto de las deudas, Amalia se la pasa en la iglesia. Dios sabe por qué hace las cosas, dice todo el tiempo.Aunque una no pueda entender, siempre la decisión de Dios es lo mejor para una, porque Dios sabe todo y una no.

Julia apoya la ensalada de tomate y cebolla sobre la mesa y se sirve un vaso de Fanta. Hace mucho calor pero no piensa sacarse los pantalones, lo sé. Es que vinieron esos amigos nuevos de los primos, no habían venido antes.

Los grandes hablamos todos a la vez. Las mujeres estamos en un

costado, cerca de la mesa de las ensaladas, con pareos anudados a la cintura, y comentamos sobre una señora que hoy no vino.Tenemos anteojos de sol de armazones gruesos y redondos y las bocas pintadas de color bordó.A Amalia se le manchó un diente con *rouge*, pareciera que le sangrara el labio, y yo no le digo nada.

Los hombres están todos de pie alrededor de la parrilla. Sus trajes de baño son pantalones cortos con elástico en la cintura. Las piernas son blancas y vellosas. Lalo no está de pie al lado de la parrilla, él cierra los ojos en la hamaca paraguaya, el sombrero blanco tapándole la cara.

Julia se sienta sobre un tronco y mira hacia la playita, los chicos divirtiéndose. Los hombres hablan y se ríen. De repente se callan todos a la vez. Están mirando hacia la playita.Teodelina acaba de salir del agua trepando los escalones de madera del muelle, tomada de la baranda. El pelo mojado se estira y se alarga.Ahora camina sobre el muelle. Camina de esa manera tan de ella, como si flotara, como si no tocara el suelo, los brazos balanceándose a los costados. El traje de baño es blanco y trasluce los pezones y también el manchón negro, minúsculo, en el pubis. Recoge el pelo largo de los hombros, lo lleva a un costado y lo retuerce, como si escurriera una toalla. Mira el agua y se ríe, la boca grande y los dientes fosforescentes. Las carcajadas resuenan por todas partes. Los primos y los amigos de los primos también la están mirando. Es uno de esos momentos en que pareciera que el mundo se ha detenido y mirase a Teodelina, la única que lo ignora y sigue moviéndose. Los chicos la miran, absortos, las caras fijas hacia ella. Los grandes están como paralizados y mudos. Todos miran en la misma dirección. Los pechos de Teodelina son demasiado grandes para una chica de catorce. Son duros y ahora que da saltitos se bambolean. Da saltitos porque se prepara para zambullirse al agua otra vez. Levanta los brazos, pega un salto en el borde del muelle y se arroja ovillada, girando en el aire, y cae al agua como un tirabuzón.

Julia mira la escena, mira a Teodelina en su malla blanca, al mismo tiempo las caras de los hombres jóvenes en la playita, y a los viejos alrededor de la parrilla.

Lalo sigue en la hamaca, el sombrero blanco sobre la cara.”

xvii

Caminó dos cuadras de veredas rotas. Después se sentó en una silla de madera en un bar en la esquina, sobre la avenida, a dos cuadras de la cárcel. Parecía haber más ruido adentro del bar que en la calle. En la pared había un televisor sobre soportes.Todos estaban callados, las cabezas hacia el televisor. La gente dejaba que el televisor hiciera el ruido, tomaban cerveza o gaseosa, masticaban maní y miraban hacia el televisor. Era un partido de fútbol. Camisetas azules contra camisetas rojas.

Un viejo en overol azul, con las manos apoyadas sobre un bastón, sentado en la mesa a su izquierda, comentaba el partido, en italiano, con una vieja de anteojos muy grandes. Señalaba el televisor y gesticulaba. La cara de la vieja se parecía a la de un pajarito y también a la del marido. Podían ser hermanos o uno de esos matrimonios que de tantos años juntos acaban pareciéndose. De golpe el viejo miró hacia el lado de ella y sacudió la lengua, como una víbora. La mujer le pegó en la boca.

La calle estaba infestada de autos inmovilizados por el tránsito. Cuando el semáforo detenía el tránsito, un hombre en un jardinero a rombos de colores arrojaba fuego por la boca y después se acercaba a las ventanillas de los autos con la mano estirada. La cara le sonaba conocida, se parecía a un compañero de la facultad que era de Junín. Julia se puso de pie y con una mano se tapó el reflejo del sol sobre los ojos. El ex compañero miró hacia el bar, y quedaron un rato mirándose y reconociéndose. Después se sentó en su mesa y dejó su antorcha sobre la mesa. Tenía olor a querosén. Julia miró sus ojos serios. El pelo era seco y estaba peinado hacia delante. El labio superior era grueso y estaba paspado y el inferior era angosto y palpitaba. Recordó que se llamaba Rufino Díaz y todos lo llamaban Díaz. Díaz parecía mucho mayor de lo que era.Tenía arrugas al costado de la boca y en el entrecejo. La piel áspera. Cuando abrían la puerta entraba un viento helado. Silbaba y su pelo se enredaba. La tarde oscura le hacía sentir un peso en el estómago, una especia de tristeza. Pensó que le preguntaría a Díaz qué había sido de su vida en todos esos años, si había renunciado a la Historia apenas se recibió o renunció después de intentar vivir de ella. Díaz tomaba el café con

leche que ella le había invitado. Mojaba la punta de las medialunas y las comía chorreando café.

—Yo no tenía amigos en la facultad —dijo Julia.

—Estabas siempre en la tuya. Sola, con aire de que eras demasiado para el resto de los mortales.
—Ustedes tenían un grupo y los demás tenían grupos, y yo no pertenecía a ninguno —dijo Julia—. ¿Te acordás del congreso en Rosario? Tomé la decisión de ir al congreso a último momento, entonces no conseguí lugar en el hotel al que iban todos y me quedé en otro, uno destartalado, en las afueras de la ciudad. Mi habitación no tenía llave y entonces no podía dormir pensando en que alguien podría meterse. Comía en restoranes adonde no iban ustedes para que no me vieran sentada sola a la mesa.
El aire frío que entraba por la puerta enfriaba el peso que sentía en el estómago. Cuando Díaz se reía hacía un eco rápido y corto. Enseguida se tapaba la boca. Le faltaba el colmillo derecho y el diente de al lado. El relator de la tele gritó un gol, la palabra “gol” aturdió y duró un tiempo imposible. El ruido aumentaba y también parecía aumentar la voz adentro de su cabeza, la que opinaba de todo, la que nunca se cansaba. Tenía razón Omar, dijo la voz. Se le iba a ir la vida renunciando antes de que la echaran. Omar parafraseaba a su madre, que le decía esa frase todo el tiempo: Siempre renunciá antes de que te echen. Ser renga en todo, decía Omar y se reía a carcajadas.
De golpe quiso volver a su casa, abrir las ventanas, dejar que el aire entrase y remover el tufo a encierro y a humedad. Buscar en la alacena una lata de tomates y un paquete de fideos. Siempre estaba el ajo a mano para pisarlo sobre la sartén y tirarle un poco de aceite antes de volcar la lata de puré de tomate. Mientras el agua hierve, descorchar un tinto en vez de tónica con vodka. Música. La música es mucho mejor que la televisión para espantar los pensamientos. Pimienta en vez de queso rallado. Seguro sonaría el teléfono y ella maldeciría, como si el ring interrumpiese algo importante y privado. Sería Omar y ella diría: Bien,..., bien, che,..., estoy muy cansada, compañero. Mañana, dale, sí, venite mañana, pido pizza, o no, vayamos al Impala, tomamos un Fernando.
Se imaginaba a sí misma sentada en la mesa al lado de la chimenea extinguida del Impala, el ruido hueco, como desde adentro de una caja.Tomaban el Fernet con cola propuesto. Ella estaría distraída mirando la calle por la ventana: las bicis, miles de jóvenes en bici y en motito pasando por la ventana, que en Lincoln son como un enjambre de mosquitos que zumban enloquecidos de contentos porque para los linqueños la vida es linda. Y camionetas llenas de barro con chicos parados en la caja, las caras contra el viento, hambreando esa

felicidad que se escurre en todas partes y en Lincoln pareciera que no, que allí no, que están tocados por la varita de la excepción.

Del otro lado del restorán seguro estaría la renga contadora, que cada año le agregaba una capa a su maquillaje y a esta hora andaba rengueando por las mesas del Impala. Estaría con su amiga de siempre, esa de tacos altos, las dos comentando un álbum de fotos, fumando un cigarrillo detrás del otro y, de reojo, mirándolos a ellos para tener un tema que desarrollar más tarde o mañana.

Omar se quejaría de su mujer porque cuando el amor se acaba, todo es queja, y ella estaría concentrada en los viajantes que abren la puerta, dejan entrar una ráfaga de frío y se paran frente al mostrador con el bolso en el suelo, al lado de los pies. Ella se imaginaría sus historias, mientras jugaba a que no le importaba el estallido de los chismes. (¿La renguita con el veterinario de Pinto?, ¿la flaca de ojos duros y carpetas bajo el brazo?, ¿la que vive en la calle Güemes y pasea al gato como si los gatos se pasearan? Sí, la que el año pasado enseñaba quinto en el Alba, la profe de Marita y Jorge, que también enseña en Pinto y en Ameghino. Dejala, ¿qué querés? Mientras no se meta con mi marido. Ah sí, cualquier día, querida. Si la tipa se las trae; la deja el veterinario de Pinto y se las agarra con el tuyo, ¿vos qué te creés? Estas solteronas liberales son así, arrasan y no les importa qué voltean en el camino. Son destructoras, querida, date cuenta, quieren todo para ellas y no les importa nada de lo que pasa alrededor).

Por el segundo Fernet con cola entraría un hombre de campera verde marca Barbour, del brazo de una flaca de pelo rubio enlaciado en la peluquería, en un blazer de cuero color bordó. Ella le comentaría a Omar que hacía diez años uno podía distinguir al porteño, es decir, al advenedizo del lugareño. Hacía diez años el lugareño todavía era reticente y custodiaba su gusto y su forma.Ahora el farmacéutico usaba la misma Barbour que el ingeniero agrónomo. Es que el centro ya tenía las tiendas de moda de Buenos Aires y no hacía falta hacerse el viaje para copiar vidrieras. Además, tanto el farmacéutico como el ingeniero agrónomo los fines de semana jugaban al golf en el club y ya eran íntimos amigos. Los sábados cenaban en Eccolequá. Así era la cosa. Los hijos de los dos iban al colegio bilingüe, a hockey o a tenis o a básquet después del colegio y, por sobre todo, segurísimo jugaban al polo en el club.

15

Entonces Omar y ella subirían las escaleras ante las caras de todos. Porque “todos” eran los de Lincoln, no los de Pinto, donde vivía Omar, aunque Omar hubiese dicho que quería que Pinto supiera y que también lo supiera su señora y ponerla entre la espada y la pared. Ella le diría a Omar:

—No seas tonto, compañero. ¿Por qué no sos como todos los hombres? ¿No ves que a vos, como a cualquier hombre, lo nuestro te conviene? No tengas dudas de que yo sería igual a tu señora: que vení para casa temprano, que traé plata, que por qué estás indiferente, que llevame de vacaciones, que te la pasás chupando en las peñas mientras yo corro de acá para allá con tus hijos (que hablando mal y pronto, no les das ni cinco de bola); que ya ni me mirás. Sigamos así, Omar, subamos a tu habitación, digamos en recepción que no te pasen llamados y hablemos en rima. Hagamos lo que hacemos todas las veces, que parece tan distinto a lo que hacés con tu señora. Después caminamos por la plaza y miramos la luna sobre la cruz de la iglesia y nos contamos los sueños, eso que nunca harías con tu señora porque ni te cree, ni podés sorprenderla.

Pero la señora de Omar se iba a Trenque Lauquen. Lo sabía desde el martes trece. Se iba sin los hijos.
Tenía su trabajo, que le gustaba tanto, yoga, los cine debates, sus amigas entre las docentes: estaba Marta, la de Biología, Susana, con quien compartía el grupo de la movida cultural del Estímulo. ¿Qué más le podía pedir una a la vida? También estaba Karina, la arquitecta, iban juntas al teatro Portavía o a veces al cine o a un musical en el Newbery. Con ella tuvo las charlas más íntimas, pero, la verdad, nunca le había contado a ninguna algo más allá de los problemas de cada día, y no por ser reservada sino porque no había mucho que contar. Con los hombres había jugado el rol de mujer práctica e independiente que se bastaba a sí misma, no andaba con vueltas y no necesitaba nada de nadie, ni siquiera de Omar. De igual a igual y no una pobrecita a quien había que cuidar o un adorno como la tía Elena Susana, a quien la vida le habrá pasado como un fusilazo y ella quedado en la oscuridad de la farra, que siempre ocurría del otro lado de la puerta de su casa.
Sí, era la señora de Omar la que tenía que hacer el esfuerzo por retener a Omar, para que no la echaran. Pero la mujer de Omar renunciaba a Omar, se iba a Trenque Lauquen.
Díaz preguntó si podía pedir un especial de milanesa. También pidió una Coca Cola. En la tele comenzaba un noticiero: ahorristas protestaban en Tribunales, encabezados por un actor de teatro de revistas (los ahorros del actor también habían quedado atrapados en el "corrralito" financiero). Ingresaron en el hall del Palacio de Justicia, quemaron papeles y protestaron contra el fallo.
El viejo de overol cambió el canal del televisor. Una conductora rubia anunciaba un programa que se estrenaría en pocos días, se llamaba "¿Y a vos quién te quiere?".
—Para vos —dijo Julia—, ¿hay posibilidades de que este país cambie,

sea un poco más justo?
Díaz ponía mostaza sobre la milanesa. Después la desparramaba con el cuchillo hasta cubrir toda la milanesa, sin que se le escapara ningún rincón.
—Yo creo que está todo armado, sabés —siguió Julia— para que nada cambie.
Oscureció del todo. Las luces del bar se volvieron amarillas y hacía mucho frío. Escuchaba las órdenes que los mozos vociferaban a los cocineros y las bocinas de los autos. Había olor a hamburguesa y también a frito.
—Nunca veo televisión —dijo su ex compañero—. Pero el otro día vi uno de esos programas periodísticos con cámara oculta.Te mostraban cómo un banquero lavaba guita sucia y la sacaba del país. Me dije: acá están rayados porque les pesificaron los ahorros y encima no se los dejan sacar del banco, y este loco la saca como si nada.Algunos juegan el juego para que el juego siga siendo juego, ¿me seguís lo que digo? ¿Viste que los magos siempre tienen un asistente escondido en la audiencia? Es el asistente el que hace posible el truco.
—Entonces pensamos igual —dijo Julia—. Comedores populares, comida vencida de regalo y mientras tanto la feliz ignorancia de Alberdi; cinco para mí, uno para vos, y así callo mi conciencia y también anestesio tus quejas. Total: cada tanto un piquete, la denuncia de un juez que parece atrevido, un diputado corrupto un ratito en la cárcel, libertad de prensa pero untada con propaganda oficial y seguimos de largo salvaguardando el sistema injusto, total la culpa, como siempre, la tuvo el gobierno anterior o la otra generación.
—No creo que pensemos igual —dijo Díaz. Masticaba despacio y cuando tragaba se le formaba una pelota en el cuello—. La gente que piensa como vos también forma parte del juego y perpetúa el sistema.Vivimos el posmodernismo, Julia. El consumo privado llena el vacío que dejó el fin de las grandes luchas metafísicas y políticas. Ya no hay una política universal de libertad. Las víctimas de las distintas formas de opresión pelean cada una en su propio grupo. Etnia, color, género, preferencia sexual.Acá están los ahorristas, las madres, abuelas, jubilados, madres del dolor, maestros, indígenas, etc. Cada uno peleando por su quinta. El político de derecha y el político de izquierda van a decirte más o menos lo mismo. No vas a distinguir sus propuestas.Yo creía que era de izquierda. Milité en la facultad, ¿te acordás?Vi tanta porquería. Se mataban entre ellos, y el mango estaba siempre adelante de todo.Yo no sé... Y ahora no sé si el sistema me expulsó o yo mismo me fui —Díaz tomó el último trago de Coca Cola y eructó. Sonrió y no se cubrió la boca.Agradeció el café con leche, las medialunas, el sándwich, la Coca Cola. Dijo:
—Che, y vos, Julia, ¿conociste el amor?

Julia dijo que sí. Después se quedó mirando la calle oscura. La vereda no tenía faroles y los faros del tránsito iluminaban la oscuridad de a ratos. No podía saber cómo hubiese sido su vida si se hubiese arriesgado a saltar al vacío e ido al sur con Danilo, pensaba. No podía imaginarse vendiendo artesanías sobre un tablón, las manos gruesas y paspadas por todos los inviernos. Ni podía imaginarse cómo hubiesen sido sus hijos, si se parecerían a Franco y Esmeralda, si su hija tendría un aro en la nariz, los ojos delineados de negro y si con ella, su hijo hubiese heredado los ojos de color impreciso.

Se despidió de Díaz con un abrazo tibio. Quedaron en permanecer en contacto y se pasaron las direcciones de mail. Después fue a un locutorio a llamar a Omar pero le dio ocupado y se fue a la parada del colectivo.

xviii

Elena Susana
"El río por donde suena, se vadea".

"A la noche han colgado dos cables desde la magnolia hasta el sauce y del sauce al ceibo, y el cable tiene bombitas de colores que se mecen con cada soplo de brisa. Le da un toque colorido al sector de la pérgola donde está la parrilla. Fue Amalia que, en su afán de contribuir con los anfitriones que somos tan generosos y nos ocupamos de todo para el cumpleaños de Lalo, colgó las bombitas. Después anda de acá para allá con los platos, las servilletas de papel que se vuelan y las espirales para los mosquitos.

El cobertizo del fondo se ha reciclado como habitación para mis cuñados Lalo y Amalia, y se ha construido otra habitación para Teodelina y Julia. En esa habitación el cemento está todavía fresco y tiene olor a humedad. Teodelina se puso su solero blanco de bambula,Amalia se vistió con un vestido verde de una sola manga, estampado con lunares negros, y muchas pulseras que hacen ruidito cuando sacude los brazos.Tiene una flor blanca en la cabeza, enganchada en una oreja. Debe ser un jazmín y se ve mustio. Le pide a Julia que ponga los ceniceros arriba de las servilletas así no se vuelan. Julia no se ha cambiado, sigue con sus pantalones largos y remera. Obedece, impasible y glacial.

Alfonso está otra vez en la parrilla.Ahora son dorados que Lalo pescó esta tarde, cuando las chicas remaban solas hacia adentro, hacia la casita que hasta el fin de semana pasado les perteneció. Les pasa un cepillito untado en manteca derretida y jugo de limón.

Se oyen grillos, sapos, la brisa zarandea las hojas de las madreselvas detrás de la parrilla y la marea rebota, suave, contra los pilotes del muelle. ¿Por qué será que en las noches de verano una se siente feliz, aunque no tenga motivo?

De golpe Julia pesca el gesto de Amalia que cabecea en dirección a los frascos de vidrio que trajo de su casa, y empieza a hacer un florero para centro de mesa con hortensias rosas y moradas. Poco a poco se

extinguen los ruidos del verano; los invitados picotean salamines y toman clericó, y enseguida han levantado tanto la voz, que pareciera que hubiera muchas más personas de las que hay.

Teodelina cuenta que esa tarde remaron adentro y espiaron al chileno que compró la casa. Dice que había un montón de enanos y juegos en el jardín, un tobogán, dos hamacas y un sube y baja. Pero todo lo demás, salvo la lancha amarrada en el muelle, estaba igual. Dice que Julia remaba haciendo mucha fuerza, los remos chapoteaban cuando los sacaba del agua y enseguida volvía a meterlos.

Después Teodelina va hacia la playita, los chicos tocan la guitarra alrededor de un fogón. El solero de bambula blanca le llega hasta las rodillas, es muy etéreo, y la brisa se lo pega a las piernas.Tiene sandalias blancas de tiras finitas y sin taco. Pancho, uno de los amigos de los primos, se acerca a Teodelina y le cuchichea algo en el oído. Ella sonríe, ji, ji, y se tapa la boca con la mano.

Los grandes carcajean como gallos, y los gritos son cada vez más fuertes. La que más grita es Amalia. Los primos se dan cuenta de que Julia y Teodelina tienen vergüenza de que grite así, y entonces empiezan otra canción, una de Fito, dicen.

Después los llamamos a comer. Los chicos buscan los platos de madera, se acercan a la parrilla a servirse pescado y a lo último pasan por la mesa de las ensaladas.

—Che, qué linda está Teodelina —le dice Alfonso a Lalo—. Vas a tener que cuidarla de los buitres.
Teodelina agacha la cabeza. De reojo mira en dirección a Pancho. Julia mira a Lalo. Lalo sonríe turbado.
—Chicos, van a tener que cuidar Teodelina, eh —insiste Alfonso—. Y a Julia también —dice después, mirándola servirse ensalada de tomate.
Sé que Julia siente vergüenza. Julia es tímida. Seguro no está segura si siente vergüenza porque no le cree a Alfonso la reparación que hizo a último momento, al incluirla en el pedido de cuidado, o si es porque Alfonso la está mirando servirse su comida.
Más tarde los chicos están en la playita y los grandes estamos casi todos borrachos.
Julia sube por el camino de piedritas a la casa y cuando pasa al lado de la pérgola ve a los grandes bailar. Amalia parece la más borracha de todos, grita y baila con los brazos estirados hacia arriba, sacudiendo las pulseras. Tiene una guirnalda de pétalos de hortensias que le hizo Teodelina esa tarde.

Los chicos se ríen, se ríen de Amalia.Amalia baila con Alfonso, se dobla encima de su brazo, y la guirnalda de flores toca el piso. Los demás aplauden. Seguro a Lalo no le gusta lo que hace Amalia, él también es tímido.”

xix

—El río está contaminado. Hay botellas de plástico flotando, bolsas de nailon y manchones de aceite o de nafta por todos lados —dijo Teo.

Teo tomaba whisky con hielo y sin agua. Estiraba las piernas sobre la mesa. Eran mesas bajas, más bajas que las rodillas. Las mozas estaban vestidas con quimonos y doblaban la espalda como una bisagra para poner la comida cruda sobre la mesa.A Julia se le trababan los palitos y sentía asco de la comida cruda. Por eso fumaba.

Había muy poca luz. Solo las velitas sobre la mesa. La música no parecía música, sino un zumbido que imitaba canciones conocidas y cada tanto las interfería algún platillo o agua como cascada o campanitas. Dijo Teo que a esa música le decían *New Age*.

Teo parecía amalgamada con el lugar. Se había hecho un rodete con palitos, y vestía un pantalón negro, ajustado a las piernas y una chaqueta de lamé.

—El río está como yo, me dije la última vez que fui. Julia la miró. Se suponía que ella tenía que decir algo en ese momento, pero no se le ocurría qué.

—Antes no era así. Mis hijos eran chicos y besarlos, estrujarlos fuerte y protegerlos, se llevaban toda mi atención.Ahora crecieron y parecen tan adultos como yo. Les hablo y me contradicen. Trato de cuidarlos y me sacan de encima.Vos no vas a entenderme porque no tenés hijos. Pero cuando tus hijos crecen, te arrancan un pedazo de vos.Te quedás sin el pedazo más importante, el que te hacía ser quien eras.

Teo se puso de pie. Dijo que iba al baño.Tambaleó y se apoyó en el respaldo de una silla. Una moza en quimono la ayudó a llegar. Julia miraba las caras curiosas de los comensales, pendientes de la llegada al baño de Teo. La esperó pensando en la idea nueva para su tesis de doctorado. Pensaba analizar el lenguaje de la gente de la que ella misma había huido. Los cambios que se habían producido en su forma de hablar desde que, aterrados por la violencia y el caos, habían golpeado la puerta de los cuarteles. Pasaría por la época cuando sus

amigos los soldados fueron gobierno y se transformaron en un monstruo peor al que perseguían y terminaría en la frivolidad de los años noventa. Descompondría el léxico, el secreto de su pensamiento fundido en su vocabulario propio. Entender su pensamiento basándose en la selección y el descarte de palabras que, entre esta gente, funcionaba como un código de acceso, la combinación de una cerradura.

Teo volvió del baño y pidió un *Bloody Mary*. —No mezcles —le dijo ella.
Los ojos de Teo estaban perdidos en algún punto detrás de su espalda, y brillaban.
—¿Te acordás de la historia del anillo y el farol?

—dijo—. Nos la contó el viejo cuando éramos chicas. ¿Te acordás?
Julia dijo que no.
—Una noche un hombre buscaba algo en la vereda.
Caminaba despacio en el círculo de luz que iluminaba un
farol de la calle. Miraba las baldosas, una por una, estudiándolas. Un desconocido se le acercó. Le preguntó qué
había perdido. El hombre le dijo que un anillo. —¿Acá debajo del farol? —le preguntó el desconocido.
—No sé bien dónde, busco acá porque acá hay luz
—contestó el hombre.
No estoy segura de que fuese un anillo —siguió Teo—.
Tal vez. Me acuerdo de que el viejo y nosotras pescábamos en el fondo del Dorado y que con esa historia él
nos explicaba por qué siempre pescaba en aquella curva,
aunque no fuese el lugar donde había más pique. Unos
días antes de lo de la cámara oculta, se me ocurrió que
vos y yo buscábamos donde había luz —dijo, soplando
y envolviéndose en una nube de humo—. Se me ocurrió porque me había estado acordando de la tarde en
que le recordé la historia al viejo. Lo había convencido de almorzar en el Tigre. Era un viernes de mayo de
hace un par de años. Demos una vuelta en una *cacciola*,
le había pedido yo, paseemos un poco. Él llamaba así a
las lanchas colectivas, te acordás. Dijo que para qué ir al
río si no podía pescar, pero no supo negarse. Tal vez ya
tenía la enfermedad. El *alzheimer* empezaba a plantarse, y él todavía podía disimularlo gracias a que siempre había sido así de callado, con ese aire de tener la cabeza en otra parte, en un lugar al que sólo él accedía y donde todo lo que sucedía a su alrededor no le incumbía. En la *cacciola* le recordé la historia. Lo hice porque tenía la sensación de que él siempre nos había hablado con parábolas, metáforas, mensajes

secretos. Relaté la historia despacio, dándole tiempo —porque él la había contado despacio, mientras lo miraba observar el agua—. Le hablé del momento en que la había contado, incluyendo el surubí de tres kilos y cómo nos había mirado a los ojos, muy serio, forzándonos a pensar. Él cerró los ojos. Parecía que hacía un esfuerzo terrible, que le exigía a la memoria, y que hacerlo le dolía. Me imaginaba el nudo en su cabeza, las ideas forcejeando: tratar de recordar el momento ese en el que yo decía que había contado la historia, calcular la época, el motivo por el que en esa época la pudiese haber contado, y quién se la habría contado a él. Abrió los ojos grandes, como con miedo, y enseguida torció la cabeza otra vez hacia el agua. Después levantó los hombros, resignado. Era su forma de decir que la historia no debía tener importancia. Insistí. Le pregunté qué significaba la historia. Qué había querido decir. Los árboles se veían secos, amarronados, transparentes, traslucían el gris del cielo, todo parecía desteñido, y hacía frío. Me acuerdo de que tenía una bufanda colgando del cuello, como un obispo, pero no era morada ni de seda, era amarilla y de lana. ¿Qué sé yo, vieja? dijo de repente, fastidiado, cuando vio que yo seguía mirándolo.
—Entonces —dijo Julia.
—Entonces la lancha aminoraba en una curva, tosiendo, y después doblaba, despacio, metiéndose en el Sarmiento.Aceleraba otra vez, con ruido a barrotes chocando contra otros barrotes, y de golpe llegaba una ráfaga de olor a barro, ese olor que siempre me vuelve. Él seguía callado, atento a una señora rechoncha en un vestido negro con rosas rojas que se cambiaba de asiento. La señora miraba en dirección a nosotras, y enseguida él bajaba la cabeza. Después el viejo pasaba la palma de la mano sobre la madera del banco. Se sacaba un mocasín. Con el taco martillaba un clavo salido en la madera.Yo lo seguía mirando, los brazos cruzados, haciéndole sentir la espera, mientras se me ocurría que lo que él estaba pensando y no decía era que ya bastante con que estuviera ahí, solo conmigo, paseando en una *cacciola*, soportando algo que le incomodaba tanto por la intimidad que implicaba, y
encima tener que disimularlo. Seguí esperando. Por fin habló: Pero, che dijo. Levantaba un hombro y
fruncía la frente. Se apretaba la bufanda. Enseguida sacaba
los anteojos del estuche, les frotaba una franelita anaranjada, los volvía a guardar. Sentía urgencia por contarle lo
de los tipos, contarle los detalles, lo más burdos y crudos
posibles, espantarlo. Daba cualquier cosa por hacerlo. No
sé por qué a él, no me iba a servir para nada, nunca había hablado con nosotras. Pero había tenido ganas cuando planeé sacarlo al río, alejarlo de mamá, tenerlo solo

para mí y horrorizarlo con un mundo real y podrido del que no pudiera escaparse. Las palabras no me salían de la boca, la garganta se me cerraba, él me miraba fastidiado. Tuve ganas de tirarlo al agua. Buscar en la oscuridad sería descubrir dijo de repente. ¿Qué? le pregunté. Salté del asiento. Me acuerdo que lo miraba, y él cerraba los puños.

¿Qué decís, viejo?

Qué sé yo dijo. No seas pesada. Después señaló a un carpintero picoteando un tronco. No hablamos más. Íbamos con los brazos cruzados, cada uno miraba para su lado y en el Vinculación estuvimos un rato largo esperando, la *cacciola* se había detenido porque se habían caído troncos de una chata. Después la velocidad aumentó y el viento no te dejaba oír nada y los dos seguíamos con los brazos cruzados.

Ahora Teo se mordía el labio de abajo, asomaban sus dientes grandes, y la miraba fijo.

—¿Y? —dijo.

—¿Y qué?

—¿Vos qué decís?

Julia no dijo nada. Sentía que la brecha entre las dos se había ensanchado demasiado, que ya era una conversación en paralelo, las puntas no se tocaban.

—Cuando uno olvida —dijo Teo, de golpe, con las manos entrelazadas, como rezando—, olvida que olvida, ¿sabías?, y no puede saber.

Se le habían caído los palitos que sostenían el rodete, y estaba despeinada. Los ojos parecían barnizados, y el color verde tan claro se veía blanco, desenfocado. —¿Te acordás adónde me fui de luna de miel? —insitió.

—A Europa.

—¿Sabés quién pagó la luna de miel?

Julia no contestó.

—El tío Alfonso —siguió Teo.

—Vos lo aceptaste, no me sorprende —dijo Julia. El volumen de la música había subido y ya casi no podían oírse. Julia miró alrededor. Había menos gente, dos o tres mesas ocupadas. En una de las mesas, dos chicas bailaban solas y se reían.

Julia pagó la cuenta. Le costaba ponerse de pie, sentía un cosquilleo en los pies. Hizo un esfuerzo y tomó a Teo del brazo. Caminaron juntas, zigzagueando entre las otras mesas. Subieron a un taxi saturado de olor a lavanda.Teo apoyó la cabeza contra la ventana y cerró los ojos. El taxi

iba despacio y esa parte de la ciudad estaba oscura. Al fondo de la calle se veían las primeras luces, blancas, que titilaban como chispas. Parecía como viajar en un bote que avanzaba por un río negro y angosto, que había que aguantar la negrura hasta llegar a la boca del río, donde el riacho se unía a uno más ancho, ancho y despejado. Llegaron al departamento y caminaron hacia la entrada,Teo apoyada en su brazo. Julia tropezó cuando subieron al ascensor y Teo casi se cae. Le costaba sostenerla porque Teo se arqueaba y resbalaba; era como cargar una muñeca gigante.

Antes de encender la luz,Teo empezó a reír. Dos mechones le cruzaban los ojos, abajo se dibujaban ojeras bordó, como dos medialunas, y parecía endeble, a punto de romperse.

Julia sirvió hielo en dos vasos y dejó las botellas sobre la mesa.

—Ya no me culpo por lo de Dano —dijo Teo—. Dano nunca te quiso. Ese cuento que me hiciste hace tanto tiempo de que iban a irse al Sur y que vos no te animaste a tiempo es puro invento. Él te dejó porque se hartó de que supieras todo.Te tenía miedo.

Se levantó y tambaleó hasta el baño. Julia la vio inclinada sobre el inodoro, vomitando. Se enjuagó la boca en el chorro de la canilla del lavatorio, escupió, se la enjuagó otra vez. Después se sirvió whisky, le puso agua y movió los hielos con el dedo.

Fumaban las dos. Enseguida el departamento estaba lleno de humo, pero hacía demasiado frío para abrir la ventana. Era tarde, los edificios que se veían por la ventana estaban negros.Teo se estiró hacia la lámpara al lado del sofá y apagó la luz. Estaban a oscuras salvo por la luz del baño. No decían nada.

Julia prendió otro cigarrillo.Teo fue al baño. Mientras tanto Julia miraba la ropa sucia tirada en el suelo. Era raro, ella siempre tan prolija y tenía el departamento prestado hecho un asco.

Teo apagó la luz cuando salió del baño. La oyó sentarse y prender un cigarrillo. No la veía, pero la oía. Decía que tenía pesadillas de una chica que era ella misma, que venía a matar a la vieja que ella era ahora. Reía, reía fuerte, carcajadas con “a”. Después dijo que había creído que, si se lo confesaba a ella, iba a poder parar. Quería detenerse por sus hijos, porque si ellos la descubrieran, se moriría. Quería querer

su vida, por eso tenía que contarle y entonces detenerse. Por eso ella tenía que saber. Tenía que ser testigo.

—Oí, hermanita, oí —dijo—. La misma tarde antes de que llegaras fui a un bar sobre Pueyrredón, al mismo al que íbamos con el viejo a tomar submarinos.Tomaba una cerveza y media hora después estaba en un telo sobre Sinclair con un viejo de boina, que escribía en una libretita. Sí, a dos cuadras de donde vivíamos cuando éramos chicas.Viejo vetusto no, tal vez tenía menos de sesenta, pero los dientes eran torcidos, y la mirada esquiva y de repente sostenida. Eso fue lo que me hizo clic, que me mirara a los ojos, como entrando en mi cabeza. ¿Qué decís, Juja? Me gusta cuando se les desencajan los ojos, como en un ruego, como si suplicaran, ¿entendés? Más tarde, cuando juntaba mi ropa para irme, pensaba que a Dano no le veía desencajar los ojos. Tan controlado, tan pendiente de mí. No, Dano no desencaja los ojos. ¿Me entendés?, ¿me entendés vos?

Ella no la veía, nada más la oía. Hablaba y se reía, después seguía hablando, y cada tanto parecía perder el hilo.

Dijo que a veces sentía que en realidad no hacía estas cosas que le estaba contando, que lo inventaba. —Imaginate —dijo—, imaginate si soy capaz de inventarlo. Es que a las mujeres no hay que creernos, ¿no?, jamás. Una mujer miente hasta cuando habla con su espejo. No me gusta esto que hago. Que me guste.Aunque hay un momento en que ya no me gusta más, y es cuando me estoy vistiendo para irme. Me odio y juro que nunca más en mi vida voy a hacerlo. La dualidad es lo peor. Por eso quería hablar con vos.Ya desde antes de la semana del programa periodístico. Lloraba y lloraba noches enteras, y me imaginaba la charla con vos, que por contarte todo podría exorcizarme. ¿Me entendés, Julia? Por favor deci me que sí.

Julia no dijo nada.

—En el siglo xix desangraban a los enfermos para curarlos —siguió Teo—. Sentía que si te lo contaba a vos iba a ser como limpiar mi sangre.Tenés que entenderme. ¿Vos también olvidaste y olvidaste que olvidaste? El lunes anterior a lo de la cámara oculta, fui a la oficina de Dano en el banco. Dano trabajaba en la computadora, no había nadie, todas las demás oficinas estaban vacías. Lo esperaba, aburrida, recorriendo otras oficinas, encendiendo las luces, mirando los portarretratos sobre los escritorios de

otros hombres parecidos a Dano. Después volví a la oficina de Dano y abrí cajones, revisando. Pensaba que tal vez encontraría una cartita de una secretaria y me enteraría de quién era la tipa del telefonito, porque no podía creerlo, Dano parecía incapaz. En un estante había un equipo de música. Lo prendí. La música me gustaba y, de aburrida, empecé a bailar. Me saqué el tapado y estaba desnuda salvo las botas, había planeado la sorpresa y no esperé a que Dano terminara de trabajar en la computadora y me mirara. Dano saltó a correr la cortina. La cortina era blanca, lisa, parecía una pantalla, y mientras bailaba, miraba el reflejo de mi sombra en la cortina. Desde ese momento, no le bailaba a Dano, bailaba con mi sombra, las dos nos contorneábamos a la vez. Miraba mi sombra como si no fuese yo si no otra, miraba la curva de la cintura, del cuello, los brazos hacia arriba, los dedos estirados que parecían ramas secas y la sensación era que todo estaba bien, todo era posible, todo pasa, como ahora. ¿Qué corno me importa, por qué hago un mundo de esto?, no es para tanto.Y Dano que me miraba así, como con miedo, parecía que iba a resistirse, a obligarme a que me pusiera el tapado, a acusarme y volver en el auto cargado de odio reprimido. Pero no. No pudo resistirse. Enseguida estaba acostado boca arriba sobre el sofá, los ojos muy abiertos, yo hacía y él me preguntaba dónde aprendía eso, dónde, dónde, y cedía, envenenado de mí, mientras yo escondía detrás de mi sonrisa la respuesta a lo que me preguntaba, porque Dano nunca entendería, nunca entendería que es todo al revés; era con él con quien aprendía las cosas con las que sorprendía a los otros, porque eran los otros los que desencajaban los ojos.

Tal vez sollozaba. No podía verla, todo alrededor era oscuro.

—No hay trasgresión más mediocre que la infidelidad —dijo Julia—. No es buscar donde hay luz y menos que menos descubrir,Teo. ¿Transgredir? Para transgredir tenés que guiarte por las reglas de los demás. ¿Por qué no ponés tus propias reglas?, si de chiquita lo hacías.

Teo encendió la luz. La miró fijo a los ojos dislocados, fulguraban, encendidos.

—Entonces te acordás.Vos te acordás —dijo—. ¿Siempre te acordaste? ¿Lo tuviste todos estos años en la par

te de adelante de la cabeza? ¿O también lo mandaste al fondo, donde parece que no está? —Teo la sacudía de los hombros. Julia se miraba los pies—.Yo olvidé —dijo Teo—. Al día siguiente ya estaba olvidado,

como si no hubiese ocurrido. Pero un día algo te hace acordar. Después son resonancias, imágenes, recuerdos de recuerdos, y nunca estás segura.

Ella permaneció hundida en el sillón. Sentía que se había ido de Lincoln hacía mucho tiempo, un mes, dos meses, que Omar era alguien con quien había soñado y no un hombre real.

—Tenía que hablarlo con vos.Tenía que hablarlo con vos. No me importa lo que pienses de mí, no puedo corregirlo. Porque vos sabés todo, Julia, ¿no?, nadie más que vos tiene razón. Pero lo último que harías sería correrte de la luz del farol.Ahora me siento mucho mejor.Ya sé lo que pasó.Yo olvidé y olvidé que olvidé.Vos lo transformaste y ya ni sabés qué es qué.

Julia sintió frío. Mucho. La piel era como una capa de hielo. Debería abrazarla, pensó. Si la abrazara sentiría calor. Pero permaneció quieta en el sillón hasta que se quedó dormida y cuando despertó Teo ya no estaba.

XX

Elena Susana
"Cuando el río suena, agua lleva".

"El cuarto de las chicas está recién terminado y tiene olor a humedad. A Julia le da asma. Se sienta en la cama con un pañuelo mojado en la boca y mira la rendija de luz en la puerta.Teodelina no ha vuelto. Seguro se quedó flirteando con el amigo de los chicos. Ese alto, de frente ancha, amigo de los chicos, se llama Pancho. Se oyen los grillos chirriar como locos, enfurecidos. Es difícil dormir. Nadie puede dormir esta noche. Hace un rato yo charlaba con Julia y me contó que le gustaría animarse a preguntarle a Lalo por qué no renunciaba al mundo que Amalia quería y vivía el propio. Me dijo que lo imaginaba como guía de pesca, navegando con turistas ávidos de naturaleza y mostrándoles la maravilla escondida en cada comisura del Delta.Y se fue a su cuarto.

Después la veo mirar por la ventana. Debe de estar preocupada por Teodelina. Julia es muy protectora de ella, esa chiquilina malcriada. Al rato sale al jardín. Es seguro que va detrás de Teodelina, que con su llanto persistente tiene a todo el mundo en vilo, ojalá yo me hubiese avivado de esa técnica. Pero ya es tarde. Julia debe suponer que Teodelina está con el amigo de los primos, con Pancho. Hoy a la tarde, Amalia la previno. Cuidate, le dijo. Cuidá tu fama, te hacés mala fama y sonaste.

Hay una brisa húmeda, pegajosa. Las copas de los árboles se mueven apenas, siseando. El farol del muelle está prendido. El río tiene un reflejo raro, medio gris, hay bruma, y desde la izquierda vienen flotando muchos troncos todos iguales, como si se hubiesen caído de una chata y no supiesen adónde ir.

Teodelina no se ve por ninguna parte. No está en la pérgola con el amigo de los primos. Tal vez Julia sienta remordimiento. Cuando Amalia aconsejaba a Teodelina con el asunto de la fama, dijo que eso era una prueba de que todo lo que nos rodeaba era falso. La escuché gritar: ¿Existirá un lugar en el mundo donde la gente diga lo que piensa y actúe igual a como piensa? Amalia le dijo que lo privado era

lo privado. Le explicó lo que era la intimidad.

Julia toma el camino de piedritas. La sigo.A la altura de las madreselvas, justo antes de que empiece la arena gris, se detiene. Una rama se le metió en el ojo. Lo refriega. Está todavía parada entre las ramas lánguidas de una madreselva, el puño le tapa un ojo, pero puede ver a las dos personas en el muelle, una mujer y un hombre. Están sentados sobre el muelle mirando el río, abrazados. Por el pelo largo de la mujer, Julia sabe enseguida que es Teodelina. El hombre le besa el hombro, después el cuello.Ahora le está besando la cara, pero ella ve las nucas, las espaldas. No hay luna, el cielo está negro y resaltan las estrellas, que parecen plateadas. El farol del muelle se refleja sobre el agua, el reflejo sube, desfigurándose, y cuando baja recupera la forma. El hombre la sigue besando en la cara, besos cortitos, y le susurra en el oído. Julia debe creer que el hombre es Pancho, el amigo de los chicos que hoy la andaba siguiendo. Se da vuelta. Parece que Julia decide volver, arrepentida de estar espiándolos. Retrocede. Mira otra vez.Ahora sabe que el hombre es Alfonso.Teodelina se pone de pie, se toma de la baranda, camina hacia la costa. Él la tironea del brazo hacia abajo,Teodelina cae sobre sus rodillas. La besa, ahora inclinados sobre la baranda del muelle.

¿Hará algo, Julia?

Él le baja un bretel del solero blanco.Teodelina tiene los brazos colgando a los costados, como una muñeca de trapo, y se deja hacer. Julia mira, quieta, petrificada. De golpe Teodelina reacciona, se pone de pie otra vez, y él también, enseguida.Teodelina suelta una mano, abre el brazo con la mano abierta, y le pega al aire. Es que Alfonso se ha agachado, y, además de esquivar la mano, se la toma y vuelve a tironearla hacia abajo. Están los dos agachados sobre el muelle.Teodelina se pone de pie de un salto, camina hacia la playita.Tiene el solero bajado hasta la cintura y parece no importarle. El corpiño es blanco y se ve fosforescente. Él la toma de los hombros y la da vuelta.

Es ahora cuando Julia debería gritar. ¡Ya!

—No te hagás la pendeja —oímos que le dice Alfonso a Teodelina— que yo sé cómo sos.
Ahora la está abrazando, le besa la oreja.Teodelina está quieta en los brazos de Alfonso. Julia sigue ahí parada, mirando, y de golpe el viento mueve las ramas a la derecha.
Vuelve a la casa corriendo.”

xxi

Elena Susana

Lisazo y Alfonso irán juntos a la sucursal 25 de Mayo. Eludirán las colas y caminarán rápido hasta el ascensor. El ascensor está forrado de espejo oscuro, probablemente estará abarrotado de gente vestida de gris. Bajarán en el quinto, un piso que impresiona por lo techos altos y paredes adornadas con molduras que le dan al piso un aire antiguo. La alfombra bordó y azul, con dibujos marroquíes, acentúa ese aire.Al pisar la alfombra uno ya está viendo muchas puertas de madera maciza cincelada que miran al pasillo, todas con picaportes pesados de bronce, y enseguida está sintiendo un respingo de tranquilidad, de que esto sí es un banco. Al fondo del pasillo hay un cuadro de marco grueso patinado en oro, puro firulete; es el retrato de un señor de pelo blanco, muy tupido, vestido en algo así como un esmoquin.Al cuadro lo ilumina, desde arriba, un foco también dorado. Sí, señor cliente, claro que sí: la idea es que usted tenga la sensación de que está en un banco inglés fundado en 1870.

Alfonso y Lisazo se acercarán a una empleada regordeta que se sienta detrás de un escritorio con lámpara de tulipa verde, y le dirán que tienen una reunión con Pérez Bustamante. Ella los mirará desconfiada, pero de todos modos se callará la boca; está al tanto de que Pérez Bustamante los espera. Entonces la regordeta se levantará de su silla con esfuerzo (hace tiempo que las várices la están matando, pero no se queja porque no quiere darle motivos a los chicos estos que son sus jefes de remplazarla por una de las chicas nuevas recién saliditas de la universidad privada y con cuerpos de tapa de revista). Los conducirá hasta una puerta con un cartel dorado que dice “Pablo Pérez Bustamante, *Vicepresident, private banking associate*”.

La regordeta golpeará la puerta, seguro pensando que más le vale a Pablo no venirle de nuevo con que cambie la cara de compungida, que no le importa si tiene que pagarle diez años de indemnización o veinte. Más vale que se comporte porque ella ya ha salido a tomar café con su señora, ya son amigotas que salen juntas de shopping, así que en cualquier momento puede enterarse de todo lo que ella tiene para contar.

Una señorita con piernas que parecen de dos metros y una pollera negra tan larga como el ancho de una bufanda abrirá esa puerta. La señorita usa siempre una camisa blanca, impecable, la solapa rígida y abierta envolviendo un pañuelo de seda, el pelo muy rubio en un rodete sostenido con palitos chinos. Sonreirá una boca de dientes blanquísimos y dirá “buenos días”, en un tonito que pareciera que dijera “Feliz Cumpleaños”.

Los hará pasar hasta una salita también revestida en madera cincelada. En un costado hay un sofá negro con una mesa baja y dos sillones de terciopelo azul, un poco gastado en los apoyabrazos. Del otro lado hay un escritorito con una computadora, una lámpara y un teléfono. La regordeta se irá, y la señorita de piernas de dos metros les pedirá que tomen asiento y desaparecerá por una puerta al lado del escritorito. Ellos, sentados en el sofá, harán sonar los nudillos de sus manos. Probablemente a Alfonso le tiemble el párpado izquierdo como nunca. Cinco minutos después volverá la señorita. A pura sonrisa les pedirá que pasen por la puerta por la que ella desapareció antes. Una vez adentro, la señorita se irá cerrando suavemente la puerta.

Del otro lado, detrás de un escritorio de madera esculpida y patas que se curvan al final, un hombre muy joven de traje azul oscuro, impecable, que parece un actor de cine, se pondrá de pie, sonriendo como si estuviera contentísimo de verlos. Sí, es un hombre muy buen mozo. Muy. Entre los dedos de la mano izquierda tendrá un cigarro cubano grueso, largísimo, que larga un olor saturante. Estirará una mano, siempre sonriendo, y Alfonso presentará a Francisco Lisazo diciendo que es su abogado. Pérez Bustamante dejará el cigarro sobre un cenicero y correrá dos silloncitos de cuero bordó, acomodándolos para que se sienten.

—¿Y en qué puedo ayudarlos? —dirá, siempre sonriendo.
Hablará Alfonso, escudado por la presencia de Lisazo como efecto intimidatorio. Dirá que ya estuvo en el banco hace cuatro días, que pidió por Pistarini y le dijeron que no estaba. Que entonces habló con Jimmy Arosamena. Jimmy le explicó la situación y él la entendió perfectamente, incluso estuvo en el sanatorio con Jimmy y toda la familia. Está al tanto de todo, de todo, Pablo, y entiende, claro que entiende, pero le preocupa lo suyo: qué pasará con su cuenta.Y Jimmy le dijo que hablara con él, Pablo Pérez Bustamante, quien solucionaría el asunto.
Pérez Bustamante les preguntará si quieren tomar algo. Ellos seguramente querrán dos cafés. Entonces Pérez Bustamante bajará la cara hasta un intercomunicador y dirá:
—Alejandra, ¿me traería dos cafés y un vaso de agua?, por favor.

Se abrirá la puerta y la señorita de piernas de dos metros aparecerá con una bandeja plateada con dos tacitas de porcelana inglesa azul y blanca y un vaso de agua. Apoyará la bandeja sobre el escritorio, repartirá los cafés y sobre una mesita plegable que abrirá entre los dos sillones dejará un plato de metal plateado con masitas. La señorita volverá a irse.

—Sabemos muy bien cómo son las cosas —dirá Lisazo, con la voz más grave que pueda lograr—. Y sabemos que el banco sabe que mi cliente no pudo enterarse de las maniobras de Pistarini, porque no recibía los extractos de los estados de cuenta. Los extractos eran retenidos en Montevideo, porque es un servicio que le ofreció el banco. Es su palabra contra la del banco, claro, pero todos acá sabemos de quiénes se trata. Mi cliente confía en la institución.

Sobre el escritorio de Pérez Bustamante hay un portarretrato con una mujer de pelo corto y dos nenitos rubios, casi bebés, uno sin dientes aún. Siempre hay papeles prolijamente ordenados. Un portalápices con el logo del banco. Un pilón de folletos todos iguales, la primera página tiene la foto de dos ancianos que corren por una playa, sonriendo, tan atléticos que parecen olímpicos, y abajo dice, en tipografía color azul:“el dinero es demasiado importante para confiárselo a cualquiera”, más abajo está escrito el nombre del banco, también en azul, con el logo, y, en letra cursiva:“*seguridad, transparencia, seriedad*”.

—Dame tiempo, Alfonso —pedirá Pérez Bustamante, en tono amistoso, la cara doblada hacia Alfonso—. Imaginate que si todos los clientes viniesen con planteos como el tuyo, y el banco cediera a reponer el dinero que no está en las cuentas de los clientes, se fundiría.

—Chequeá los estados de cuenta en Montevideo — rogará Alfonso.

—Ya lo hemos hecho, por supuesto. Fue lo primero que hicimos.Tu estado de cuenta no dice que tengas los fondos que vos decís. Disculpá que sea tan directo.

El silencio incomodará a todos. Alfonso sabrá que lo suyo fue un manotazo de ahogado, que hubiese sido mejor no haber dicho lo que dijo y continuar en la actitud de ruego. Incluso sentirá turbación por lo que Lisazo estará pensando de él, él ya le habría dicho muy claro que dejará que él hiciera todo el *talking*.

—¿Cuánto tiempo más? —dirá Alfonso después, ya desesperado, el párpado temblando—. El chico que me atendió el otro día me dijo lo mismo que vos después de tenerme el día entero llamándolo más tarde y más tarde. Y Jimmy me dijo que en esta reunión, todo estaría solucionado. ¿Esto es lo que tenés para decirme?

Pérez Bustamante aprovechará el quebranto de Alfonso, lo mirará a los ojos profundamente, entrecerrándolos, como hacen los médicos

cuando quieren hacernos sentir confiados antes de comunicarnos la operación complicada que nuestro cuerpo necesita para postergar la muerte. Entonces dirá:
—Mientras tanto,Alfonso, como los sistemas están cerrados por seguridad, voy a pedir tu estado de cuenta directamente a Suiza por correo privado.
—¿Suiza? No sabía que el banco tuviera filial en Suiza —dirá Alfonso, sorprendidísimo.
—Es lógico —seguirá Pérez Bustamante—, nadie lo sabe —se detendrá para mirarlo otra vez a los ojos. Después mirará a Lisazo y dirá—: Este banco fomenta el perfil bajo y la seguridad —después se estirará por encima del escritorio y, en un susurro, como si las paredes tuviesen oídos, dirá—: puede ser que Pistarini haya girado fondos tuyos a Suiza, y todo esto sea nada más que un mal entendido. ¿La tuya era una *discretionary account?*
—Para nada. Dano tenía que pedirme permiso para mover mi cuenta. Ya tuve bastante con *brokers* que me sacudían la cuenta para cobrar las comisiones.
Nadie tendrá ganas de tomar el café, pero lo harán. Por la ventana de la oficina de Pérez Bustamante se ve el edificio de enfrente, que es viejísimo, negro de tantos

años de hollín, y tiene un nido de palomas en la cornisa. La paloma revolotea batiendo las alas cada vez que vuelve al nido, pero eso seguro que no los distraerá.

—¿Y qué pasa si en Suiza responden que no hay fondos míos? —preguntará Alfonso.
Después de un silencio eterno, Pérez Bustamante dirá:
—Es lo más probable, Alfonso. Por eso necesitamos diez días para saber cuántos más están en tu situación y ver qué podemos hacer. Como dijo tu abogado: es tu palabra contra la nuestra. Pero somos conscientes de que si hubo desvío, es *fraud,* fraude, y fue realizado por un empleado de la institución.Veremos hasta dónde puede responder el banco.
Esa era la frase que Lisazo y Alfonso habían venido a buscar y ahora resoplarán aliviados. Alfonso ya estará maldiciendo el *fee* de Lisazo, que cobra por hora, aunque sepa que su presencia era vital. Sin él, el banco lo hubiese bicicleteado vaya uno a saber cuánto tiempo.
Ahora habrá que dejar que corran los diez días solicitados, volver y oír cómo les ofrecen una solución salomónica que aceptarán, amansadísimos por los diez días de tensión.
Al fin y al cabo, el dinero en negro tiene esos riesgos. Y Alfonso lo



sabe.

xxii

Elena Susana
“El río, por donde suena, se vadea”.

“Un rato antes, los chicos subían a la casa por el camino de piedritas, en hilera, y Pancho llamó a Teodelina. Le susurró algo en la oreja, que oyeron todos:

—Quedate en la galería, quiero preguntarte algo.

Yo estaba en la hamaca paraguaya y no me habían visto. Los demás chicos entraron todos a la casa en puntas de pie, tratando de que el mosquitero no golpeara la puerta y nosotros nos despertáramos. Se fueron todos a dormir salvo Pancho y Teodelina, que se quedaron en la galería, los codos apoyados sobre la baranda. Cuchicheaban, él le decía las típicas cosas que los chicos de esa edad le dicen a las chicas de esa edad, que el año pasado ella era tan chica que ni la miraba, pero había crecido tanto que no lo podía creer. Ella estaba callada, todavía apoyaba los codos sobre la baranda, y miraba hacia el suelo. Él titubeó, pero al fin le preguntó:

—¿De quién gustás?

A Teodelina se le encendió la cara, pero no llegó a contestar porque justo apareció Alfonso por las escaleras del lado del baldío y los dos se sobresaltaron.Alfonso parecía un linyera, tenía una botella en una mano, un vaso en la otra y arrastraba los pies. Dijo:

—Chicos, a dormir —con la voz ronca y seca.

Teodelina estaba abriendo el mosquitero y Alfonso, todavía en los escalones, dijo:
—Teodelina, vení un minuto por favor.
Pancho pareció dudar unos segundos, como si debiera esperarla, pero Alfonso lo miró con fastidio y al final se fue.
Le vi la cara de miedo, siempre le pasa lo mismo cuando se dirigen a ella usando el nombre completo.Además, debe haberle parecido extraño que Alfonso quisiera hablar con ella. Seguro supuso que le diría algo de su padre o de su madre. La idea la espantaría.Alfonso

nunca hablaba con ella, solo con Julia. Por eso debió gustarle la idea de que quisiera decirle algo a ella, que la tratara como una chica mayor. Últimamente Alfonso hablaba mucho con Julia acerca de Amalia y hasta averiguó de una clínica en Córdoba para internarla.Tu padre no me hace caso, le dijo a Julia, tenés que hacer algo para convencerlo, lo de tu madre es una enfermedad peligrosa.
El olor a barro era fuerte, como el que deja la lluvia en primavera. En el muelle había dos gatos negros que de golpe saltaron y corrieron hacia el terreno baldío.
—Sentate —dijo Alfonso, cuando llegaron al muelle.
Teodelina se sentó, los pies colgando, la punta de los dedos tocando el agua. En la orilla de enfrente las copas de los árboles se recortaban negras sobre el cielo azul oscuro.
Alfonso no decía nada. Prendía un cigarrillo. Después le ofreció uno. Para Teodelina debe de haber sido lo mismo que decirle que la trataba como una mujer grande, y la imagino queriendo aprovechar para pedirle un trabajo, son las vacaciones y puede trabajar de cadeta en la escribanía. Pero primero tenía que saber qué era lo que quería decirle él.
Justo dijo que estaba preocupado, que le preocupaba su hermano. Era difícil preocuparse por un hermano porque no sabés hasta donde podías meterte. Se quedó callado hasta que terminó el cigarrillo y tiró la colilla al agua. Entonces dijo que estaba tan solo. Que tenía que ocuparse de todo, de todo. Sirvió whisky en el vaso y le ofreció a ella. Teodelina tiró su colilla al agua y tomó un trago de whisky.Tosió. Alfonso se rió, y Teodelina lo miró y sonrió.
—Dale, tomá otro trago, si no, no tiene gracia —dijo él.Y habló de Lalo y la escribanía. Le contó que había cajoneado dos casos importantes. Ella no debía tener ni idea lo que significa “cajonear”, pero lo habrá inferido más o menos cuando le dijo cuánta plata había perdido la escribanía y que lo peor de todo era que Lalo no podía explicar por qué lo había hecho.
Alfonso seguía con que nadie sabía apreciar lo que él hacía por todos. Le daba trabajo a su hermano cuando no se lo merecía, lo ayudaba con los líos en que lo metía Amalia, se preocupaba por su enfermedad (habló de alcoholismo y de cleptomanía), les hizo un lugar en su casa para que pudieran seguir yendo al río, y él siempre con esa apatía. En el mundo, no había nada peor que la ingratitud, ¿sabés,Teode? (Nadie la ha llamado “Teode” a Teodelina, jamás.) Y le habló de la operación de Julia. Del médico que podía operar a Julia de una vez, y que él le daría la sorpresa al día siguiente, decirle que le regalaría la operación. Le preguntó qué opinaba ella, si pensaba que a Julia le caería bien. Teodelina dijo que cómo le caería mal.
Alfonso le dio más whisky. Teodelina miraba hacia el río y

sonreía.Abrió los brazos, los estiró, amalgamándose con el río y las plantas y las luciérnagas salpicadas en la noche que volaban libres, como hadas, absortas nada más que en ellas mismas y en el presente. Él puso una mano sobre la mano que ella apoyaba sobre el muelle. Le dijo:
—Vení, acercate.
Teodelina se acercó.
—Che, no seas tímida —dijo— que soy tu tío —entonces le habló cerca de la oreja, los labios rozándole el lóbulo. Le dijo que él siempre la cuidaría, que ella era su preferida porque era frágil, tan vulnerable, como de porcelana, y que la protegería. La llevó con el brazo hacia su pecho y la cabeza de Teodelina quedó apoyada contra este.
—Cualquier cosa que se te ocurra, Teode, incluso si se te canta viajar por el mundo toda tu vida, yo me voy a ocupar.
La mano que antes sostenía el cigarrillo le acarició el hombro:
—Sos única,Teode —susurró—. Una princesa. La piel más suave que haya conocido jamás y esos ojos que pareciera que te tragaran, son como hundirte en el mar. Y además sos una dulzura. Siempre pendiente de los demás. Nadie se da cuenta, pero yo te observo todo el tiempo.A esta chica hay que ayudarla, me digo. Su futuro no tiene límites.
Teodelina cerraba los ojos, su cara decía que quería quedarse así para toda la vida. Apoyaba la oreja contra el pecho de Alfonso y él le acariciaba el pelo. Después la mano de él bajó por la espalda. De golpe la besaba en el cuello. Eran besos cortitos. Parecían gustarle. En seguida, la oreja. Todo como en cámara lenta. Él bajó una mano desde el cuello hacia abajo esquivando los pechos y seguro la mano hizo justo lo que ella querría que hiciera, como si pudiese dirigirla a control remoto.Acaso se enamoró. Era capaz de pensar que se escaparían juntos en la lancha, que todos los buscaríamos, primero creyendo que les había pasado algo malo, un secuestro o que se habían ahogado, y que entonces podrían dejar una nota sobre la mesa de la galería para que no nos preocupáramos. Debía de pensar: pobre tía Elena Susana. Ella, con sus tobillos gordos y cara ácida. La tía sufriría.Y mamá, papá. Se escandalizarían. Sería un amor incomprendido, como personajes de un libro. ¿Y si un día él se hartara de ella? Así fantaseaba esa tonta.
Te quedarías sola para siempre, pienso yo, y después escribo esto que escribo para no quedarme sola.Ya nadie te querría,Teodelina, como si te hubieses contagiado una enfermedad.Y estarías sola, porque las tontas como vos son como las mariposas, revolotean belleza pero apenas viven hasta reproducirse.
La vi tratar de ponerse de pie y que trastabillaba.
—Vení acá —dijo Alfonso, y tiró de uno de sus brazos.”

xxiii

Entonces el juez dijo que Danilo Pistarini quedaba sobreseído. "Sobreseimiento parcial respecto del Sr. Pistarini en los términos del artículo 334." Significaba que no podía tenerlo detenido más tiempo sin pruebas de las estafas reiteradas y de su asociación ilícita.

Siendo parcial quería decir que se podría volver a abrir la causa, si aparecían pruebas nuevas. Pero los Arosamena no estarían dispuestos a proveer esas pruebas.Y la audiencia de aquel programa periodístico ya se había olvidado del deschabe. Porque la audiencia no sabe que el banco, merced al programa, descubrió que Pistarini desviaba dinero a su propia cuenta. El banco, en el tiempo de instrucción que el juez amigo le permitió, no pudo obtener la información de cuánto dinero desvió y de cuáles cuentas sustrajo el dinero. Los Arosamena estaban dispuestos a perder hasta cuatro millones (de dólares, por supuesto), con tal de callar el escándalo y evitar la corrida. Gajes del oficio.

Borrini quedó saldado con un sobre marrón que se le entregó de auto a auto, y se espera que haya quedado contento. Hay quien cuenta que su hermano mayor, a principios de los 80, subió a un deudor a una avioneta y lo colgó de los pies hasta que escuchó la promesa de devolución de dinero. Ahora los *private investors* y *vice presidents* y *brokers* y oficiales de cuenta y gerentes estaban a la espera de otros clientes que aparecieran por el banco con estados de cuenta que acreditaran el dinero que decían tener, claro que una vez que ajustaran sus papeles frente a la DGI. Sin esos estados de cuenta, habría que negociar.

Por supuesto que la audiencia no se había enterado de que la producción del programa periodístico había llamado a Pistarini unos días antes de emitir el programa, pidiéndole dinero a cambio de no sacar el programa al aire. Pistarini contestó una guarangada. Emitieron el programa, tuvieron un *rating* superior al esperado y ahora dejarían a Pistarini tranquilo, no fuera a ser que se chivara y contara lo de la extorsión.

Pistarini podría conseguir un puesto idéntico al que tenía, en cualquier otro banco. Porque otra cosa que se callaría era el pufo. Es

difícil de creer, pero era así. No convenía que los otros bancos se enteraran. Tal vez lo sospechasen, pero no les correspondería preguntar, y los Arosamena no lo admitirían. No hablarían mal de Pistarini, si otro banco llamara para pedir referencias, no preguntarían demasiado, porque todos los bancos sabían que lo que había mostrado el programa periodístico era algo que todos hacían. Sabían que lo que le había pasado a Pistarini había sido mala suerte o un descuido.Y que estuvo en la cárcel porque los dueños del banco lo habrían necesitado en la cárcel para desviar la atención y también para conseguir tiempo y evaluar el daño, aprovechando la amistad de algún juez que seguro se había granjeado su coima y de paso obtenido propaganda política.

—En este país, los que tienen poder y dinero no pueden creerse ni entre ellos mismos —le dijo Elena Susana a Julia cuando la llamó de Mar de las Pampas—. Saben que lo que se dice no tiene por qué coincidir con lo que se hace. Claro que lo saben. Entonces no se pregunta lo que no tiene respuesta ni lo que es mejor no saber, total una mano lava la otra, y así es como el mundo sigue girando, su eje lubricado, porque hay que ver, los actos, cualquiera sean, invariablemente tienen razones suficientes para merecerlos; siempre y cuando los que los cometamos, pensemos igual entre nosotros.

Pistarini salía de la cárcel y todo volvía al inicio, como en el juego de la oca. Una vez más, nada había cambiado. Ese asunto pronto sería historia y la historia queda atrás. Total, la maquinaria del sobreseimiento sigue funcionando a pesar de todo.

1

xxiv

Me pregunto si yo figuro en el gran libro de los verdugos y ella en el de las víctimas. O si es al revés. O si los dos estamos inscriptos en ambos libros. Verdugos y verdugueados.

O. Lamborghini

El jueves que Danilo salió de la cárcel era un día frío, el cielo estaba apelmazado y gris. El diario decía que los empresarios consumían libros de autoayuda y prácticas para sentirse mejor. La humedad empeoraba la sensación térmica, como siempre en Buenos Aires, el frío traspasaba la ropa, pelaba los huesos. Julia caminaba con los brazos cruzados adentro del poncho. No escapaba solo de su cabeza y de la botella de vodka que podría aturdirla, escapaba de la misma ciudad de Buenos Aires, que la deprimía. El cemento, el vidrio, el gris; torcer el cuello hacia arriba y puro rectángulo alto que tapa el cielo, y pareciera que aplastaran las calles atestadas de gente con la cara colgando y el paso apurado. Caminaba y nada de lo que veía era un descanso para los ojos. La gente andaba más abatida que ella, se notaba en los ceños encogidos, las miradas descorazonadas, como todos contagiados de una epidemia de amargura.

De repente oyó una carcajada. Se dio vuelta. En la esquina dos hombres musculosos de mangas cortas a pesar del frío, señalaban a una chica en minifalda y medias largas que avanzaba hacia ellos. Los musculosos cruzaron los brazos y se pararon con las piernas abiertas, tapando el paso de la chica. Se reían del temor de la chica en su minifalda, que agachaba la cabeza.

—Te comería toda —dijo uno de los musculosos.

La chica se sonrojó y después miró hacia los costados, como si chequeara si había testigos. Los musculosos se le acercaron. La chica cruzó la calle al trotecito. Los musculosos la siguieron. Consiguieron adelantarse a la chica, quedar frente a ella, lograr que se detuviera. La tenían frente a sus caras. Conversaron, la chica sonreía, mordiéndose el labio. Después los tres se metieron en el bar de la esquina. Los veía a través del vidrio.

Llegó a Plaza Italia. Cruzó la avenida hasta los puestos de libros usados. Revisó los libros, los tocó, se ensució los dedos. Mientras tanto aparecían imágenes de la familia de Teo reunida alrededor de las milanesas de bienvenida a Danilo. Los hijos abrazando al padre y preguntándole sobre la cárcel, y después contándole novedades: el partido de fútbol de Franco contra un *country* de Pilar, el nuevo auto importado que se compró el vecino ex comisario, la fiesta de quince de la amiga de Esmeralda, con pantalla y video, Boca que está puntero en el campeonato. Teo en un costado distante, esperando. Risas durante las milanesas y serenidad de estar todos juntos; alivio, sensación de que en esa reunión estaba el sentido de la vida. Al rato nomás, Danilo estaría renegando de la idea de divorcio y de irse al Sur con su costa blanca y su horizonte plano. Quién no podría imaginar que al que está preso se le desgarra el alma, todo alrededor suyo se desploma y por eso hace planes drásticos. Pero con Teo en su vestidito vaporoso delante de su cara, los dientes grandes y fluorescentes, el pelo revuelto, las botas de caña alta y su aire dramático, era otra historia.

Llegó a la esquina del departamento y vio a su madre en un traje marrón bajarse de un taxi. El taxi quedó parado, la puerta abierta. Su madre, en puntas de pie dentro de taquitos marrones, movió las manos, saludándola. Después la tomó de los hombros, sonrió, dijo:

—Menos mal que todo terminó, ¿viste? Dano es inocente.
Y entonces hizo una pausa de ojos cerrados, apretó un pañuelo celeste, con voz en hilo dijo que su padre estaba peor, que por eso había venido a buscarla, que por favor fuera a comer a casa, a hacerles compañía.
El gris del cielo se ensombreció y espesó, parecía que descendía sobre la calle.
—Quedate a comer con nosotros, hice milanesas —insistió su madre, mientras le enroscaba un brazo en la cintura y la empujaba hacia la puerta abierta del taxi.
El departamento donde sus padres vivían entonces era más oscuro que el anterior, que a su vez era más oscuro que el anterior a ese. Porque cada vez eran más chicos y había demasiados muebles; habían ido achicando los departamentos y el amontonamiento de muebles era una prueba de eso, había tantos muebles que Julia se chocaba las puntas cuando caminaba.
—Parece una casa de remates —dijo.
Su padre estaba sentado sobre un sofá de pana verde, quieto, igual que un maniquí. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante, pendiendo, como la de un pajarito muerto. Le habían puesto una camisa a cuadros marrones, un pañuelo búlgaro en el cuello y tenía su sombrero blanco,

el que usaba en el río para ir a pescar. Su madre suspiró.
—Amaneció así —dijo—. Y vos ahora te vas de nuevo y hasta Navidad no volvés. Llamé al médico, dijo que era esperable. Dijo eso, esperable —después se desplomó en un sillón lleno de cajitas de remedios.
Ella no pescaba la diferencia, el empeoramiento.
Estaba muy oscuro, parecía estar entre sombras. La luz amarilla en el pasillo agravaba la oscuridad en el living.
Pensó en Teo y su familia, los hijos mirando la televisión, ella y Danilo en el cuarto, la puerta cerrada, separados del mundo.
Su madre se levantó del sillón y se sentó al lado de su padre. Lo tomó de la mano. Le besó el dorso de la mano, repleta de manchas marrones. Apoyó la cabeza en su hombro. Parecía muy vieja y que podía quebrarse. Su padre tenía los ojos aturdidos en dirección a la ventana. Apretaba algo en el puño derecho, pero ella no podía ver qué era. Su madre ahora le acariciaba el antebrazo.
Julia se puso de pie. Miró por la ventana. Había una plaza, y en ella un hombre con gorro de lana y las manos en el bolsillo. Las copas de los árboles se estremecían con el viento. Oyó gemiditos de su madre, decía algo, creyó oír que decía "mi pobrecito".
Ella no entendía. Siguió mirando la plaza, una chica envuelta en un jogging negro hacía gimnasia, abría y cerraba las piernas. No, no entendía. La vida entera quejándose de la ineptitud de ese hombre, su marido, y ahora, que era un inepto del todo, lo compadecía. No entendía los matrimonios. No entendía que Danilo, en este mismo momento, estuviese perdonando a Teo y se olvidara de lo que había dicho hacía dos días, en la cárcel. Seguro estaría descartando todo lo que le impidiera reconciliarse, concentrado nada más que en ellos dos, como si fuesen los únicos seres que han quedado en la Tierra y se cortejaran para distraerse y espantar la soledad.Afuera quedaba cualquiera que hubiese recibido demasiada información de alguna de las partes del matrimonio y la hubiese creído. Su madre hacía ahora lo mismo, se olvidaba del desprecio, de los insultos —que ella siempre había dado por sinceros—, y ese día se apiadaba y lloraba por su hombre. Lo cuidaba. Le ponía el pañuelo búlgaro en el cuello. No entendía la mecánica del matrimonio. ¿Significaba que cuando lo había insultado, purgaba su propia miseria, y así era el matrimonio, la utilización del otro para la propia quintaesencia, una especie de cloaca?
Ay, Jujita, no era para tanto, vos siempre te tomaste las cosas a la tremenda.
Mirá que sos exagerada, nena.
Pero qué pena, pichona.
¿Quería decir entonces que la única engañada por la humillación de su padre por su madre fue ella? Teo no la creyó y por eso pudo repetir el

mecanismo. Ahora se reconciliaba con el marido porque los matrimonios que perduraban funcionaban así, y ella nunca lo entendió.
Al final el único testigo válido de un matrimonio era el colchón, el lugar donde se cerraba la puerta, la soledad se repelía y los de afuera eran de palo. Los de palo asistíamos al maltrato pero no a la reconciliación. Quedábamos tambaleando del otro lado de la puerta, donde todo parecía "para tanto".
No había podido ajustarse a ese mecanismo porque sentía que todo alrededor suyo era de vidrio y podía romperse. Recordaba que cada vez que su madre empezaba con los insultos, ella cerraba los puños y se escondía en el baño, lejos de la cara de humillación de su padre. Se acostaba sobre el felpudo de la ducha. En la pared había un ropero con puertitas de madera y a una de ellas, de tanto patearla con el zapato izquierdo, se le había saltado la pintura.
Imbécil. Crédula. Si lo que no prescribía se tapaba, se sobreseía o se olvidaba.
Recordaba que una vez filosofaba con Omar. Omar le decía para qué andás siempre tan preocupada, nena, si aunque te preocupes más o te preocupes menos, las preocupaciones solo rellenan la vida, la vida que es nada más nacer y esperar la muerte.Te morís de esto, te morís de lo otro decía Omar. Pero al final te morís, como decía Sartre.Y lo que dure la vida, te la pasás rellenando agujeros, rellenando lugares vacíos. Que es lo que son ustedes, nena, agujeros, bocas voraces de las que nacemos y en las que morimos mientras las rellenamos, reproduciéndonos.
—Vení, Julia —dijo su madre— sentate con tu papá. Le va a hacer bien.
¿Su madre había terminado de devorar a su padre y ahora le chupaba los huesos? ¿Mujeres victimarias en vez de víctimas?
Su madre salió por la puerta, sonándose la nariz. Quedaron los dos solos. Su padre hacía ruido a fuelle cuando respiraba, como si necesitase toser y la cabeza no pudiese darle la orden a la garganta. Su madre había dejado la mano de su padre entre las suyas, que empezaban a transpirar. Sentía el corazón golpeándole el pecho. Los dos miraban hacia delante, como compañeros accidentales de viaje. Salvo por esa mano que transpiraba.
Julio apretó la mandíbula, tragó con esfuerzo y fijó los ojos en la ventana. De golpe la ventana se ensombreció, como si una nube hubiese cubierto el sol gris de la tarde.
La mano de su padre se soltó. Ella secó la transpiración de sus manos con la pollera. Después miró hacia la ventana. Él también miraba hacia la ventana. Había silencio, hasta que ella dijo:
—Si volvieras atrás, pa, ¿te casarías?

Su padre seguía mirando hacia el rectángulo gris de la ventana.Ya no hacía ruido cuando respiraba y estaba muy quieto.Apretaba los dos puños.
—¿Me veías casada con Dano, pa? —se calló un rato y después siguió, rápido, como una catarata—: ¿Te parece que yo devoraría a mi hombre, pa?, ¿puede uno cambiar?, ¿pueden descubrirse verdades detrás de mentiras, pa?, ¿somos todos cómplices?, ¿es el amor el único remedio contra la soledad? ¿te dije "pa" alguna vez, pa?
Su padre cerró los ojos. Después agachó la cabeza, como rendido. Ella siguió:
—¿Te acordás de la boga sin cabeza o ese es un recuerdo sólo nuestro, porque los chicos son capaces de recordar las cosas más insólitas?, ¿la boga pagó con la muerte su búsqueda más allá de lo que iluminaba el farol?, ¿o nomás huyó, y el destino de los que huyen es suspender la cabeza? ¿Qué querías decirnos, pa? ¿Querías decirnos algo, en verdad, o nomás nosotras inventábamos alegorías y sentidos simbólicos?
Su padre abrió la mano derecha. Lo que apretaba con el puño cayó al piso. Era una moneda de cincuenta centavos. Cerraba los ojos que quedaban dentro de dos cavidades color bordó.
—Disconforme, discrepante, distraída, distancia —dijo ella.
La oscuridad era casi total, solo se veía el rectángulo de la ventana.
—No es fácil, pa, no es fácil. Parece.Te miro y tu huida parece fácil.Y cuando huir es irte lejos,"parece" que va a ser fácil. Pero es lo mismo, todo se va con vos. Ahora me pregunto si seré capaz de ser valiente y atreverme a amar. ¿Será tarde tener un hijo a los treinta y seis o debería conformarme con los hijos de Omar?
Se oyó un motor haciendo fuerza, un colectivo que arrancaba. Después era silencio. Solo la respiración de su padre.Tosió.
Oyó a su madre en el pasillo, arrastraba las pantuflas.
—¿De qué hablan? —dijo, en tono jovial y cantando, como generalmente se usa con los bebés—. Pero ustedes dos están a oscuras —siguió, en el mismo tono, cuando se asomó al living. Encendió la luz —. Acá hay un olor a encierro espantoso. Abrí un poco la ventana, Julia, y dejala entornada.
Se levantó a abrir la ventana. La abrió, grande, y asomó la cara. Su padre se había acercado y también se asomaba.
—¿Qué hacés, Lalo? Tené cuidado —dijo su madre.
Su padre sonrió.
—Con que te querés hacer el loco, eh —dijo su madre.
Por la ventana entraba un frío helado, que le refrescó la cara.

XXV

Elena Susana
“Amigo no de mí sino de lo mío, llléveselo el río”.

“Julia está acostada en la cama que estrena, sobre el acolchado de florcitas celestes, que yo misma compré. Apoya la cabeza sobre la almohada y mira hacia la ventana. Las ramas de la magnolia tapan el cielo y una brisa las mece, apenas.

Teodelina abre la puerta, despacio. Durante unos segundos asoma un rectángulo de luz gris y en el rectángulo aparece el contorno negro del cuerpo de Teodelina. Cierra la puerta. Se sienta sobre la cama y aprieta los brazos. Sigue siendo una sombra negra, ahora contra la ventana. Quieta.

Los grillos gritan todos al mismo tiempo, como si hiciese mucho calor, pero no hace calor, llega una brisa fresca del lado del río que abanica mi nuca.

—Te vi —dice Julia.

La sombra de Teodelina se desliza sobre la pared, hacia el baño. Cierra la puerta. Abre la ducha. La lluvia de la ducha rebota contra el inodoro, hace ruido como de tambor.

De repente no se oye el tambor si no una lluvia suave y un gemido. Después se oye el lavatorio. Se está lavando los dientes. Escupe. Tose. Escupe de nuevo. Otra vez se lava los dientes.

Teodelina sale del baño y va hacia el ropero. Se pone un buzo y un pantalón. Se acuesta en la cama, ovillada, abrazada a las rodillas.Ya no llora, parece la estatua de un feto, un feto vestido con ropa grande.

—No sé qué podés haber visto —dice Teodelina de repente, en voz muy baja, rasposa.
Y después es tanto el silencio, como si los grillos y los pájaros todos decidieran enmudecer de golpe, que llego a oír la respiración de las

dos.
Después Teodelina dice:
—Por el viejo, Julia, no viste nada —y ahoga el sollozo en el codo.
Poco a poco, el cuarto se va llenando de luz. Al principio es gris y está cortajeada por las ramas, y las cosas adentro del cuarto toman forma de gigantes. La brisa del río se amansa, apenas menea la cortina.
Ahora se ve la hortensia azul que yo misma puse en un florero, sobre la mesa de luz.
Ese domingo es igual a cualquier otro domingo. Lalo sale de pesca temprano y al mediodía no trae nada más que bagres. Los chicos salen a hacer esquí, se llevan Coca Colas en la heladera de telgopor y vuelven recién al mediodía.Alfonso se llevó la lancha nueva y se fue a Buenos Aires porque tenía mucho trabajo atrasado en la escribanía.
Amalia duerme la resaca, Julia lee en una de las sillas de mimbre, y a Teodelina no se la ve. Ha dicho Amalia que tiene dolor de estómago y se quedó recostada. De conversar con los invitados, me ocupo yo.
Más tarde ponemos la mesa otra vez y comemos salpicón con los restos de la carne del sábado.
Volvemos todos temprano para escapar del tráfico.”

xxvi

El bar El Británico parecía un lugar amalgamado con la cuadra, no enterada del paso del tiempo. Las calles son de empedrado redondo y macizo, los departamentos son viejos, bajos, grises, sus ventanas de madera, con barandas de hierro y macetas con malvones marchitos. Adentro del bar todo era de madera, esa madera trabajada con las manos. Ella estaba sentada en una mesa pegada a la ventana. Cuando él entró, iba por el segundo café. No estaba afeitado, traía una mochila de cuero viejo colgando del hombro y caminaba despacio, mirando hacia todas las mesas. Sonrió, apenas, como si dudara. Después se sentó, clavó los ojos en los suyos un par segundos, testeándola, y enseguida torció la cabeza en dirección al mozo que en la barra esperaba su gesto.

—¿Qué tomamos? —dijo él.
—Tomo café —dijo ella.
Él hizo señas al mozo para que trajera dos cafés. Se

sacó el gorro y la campera polar y después se acomodó el pelo, aplastado sobre la cabeza.
—¿Por qué me citaste acá? —dijo ella.

Justo apareció el mozo con una bandeja de metal y las tazas.
En la mesa de al lado dos viejos discutían el accidente de Gardel, como si hubiese sucedido antes de ayer. Alguien abrió la puerta y entró un aire pastoso con olor a gasoil quemado.
—¿Seguís enamorada de Artigas? —dijo él.
Julia suspiró. Después apoyó la espalda contra el respaldo y cruzó los brazos.
—Era una manera de entrar en conversación, che —dijo Danilo—. ¿Quién puede competir con un ídolo muerto? —abrió la mochila y estiró un mapa sobre la mesa. Decía “Península de Valdés” arriba de todo, en el margen blanco. Había una crucecita roja en una línea entre el amarillo y el azul, muy cerca de un círculo negro que decía “Pirámide”.
—Una pirámide —dijo él—. ¿Ves? Cinco puntas, o versiones, en cada historia y la verdad está en el centro. ¿Qué te parece?
—Una pavada.

—Claro que te iba a parecer una pavada.
—No tenía por qué.
—Da lo mismo. Eran cinco cuentas con guita desviada y tenía que inventar un nombre a la nueva, que iba a ser mía.
La mano que señalaba el campo era áspera, como si hubiese trabajado al aire libre y no en un banco. Además tenía arrugas en los dedos, alrededor de los nudillos.
—¿Y por qué *silent?*
—Porque me lo callaba —dijo él—. ¿Por qué va a ser? —se rió y asomaron las encías—. En realidad, saqué el nombre de una lista. Me gustó porque me hizo acordar a cuando decíamos que nos íbamos a ir al Sur, a Pirámide.
—Yo nunca dije que iría y vos solo no te fuiste.
Danilo movía la cabeza de un lado al otro, negando, pero no dijo nada. Después hablaba de pasto duro, de ovejas, de horizontes planos y arena blanca. Ella miraba por la ventana, veía la gente pasar por la vereda. Había un auto amarillo estacionado frente a la ventana, inclinado hacia el cordón. Le faltaban las ruedas derechas y la pintura amarilla estaba descascarándose.
—¿Querés algo más? —preguntó él.
Julia dijo que no.
—Entonces vamos, salgamos de acá.
Afuera corría una brisa húmeda, tibia.
—¿Te animás a que caminemos un rato? —dijo Danilo.
—¿Adónde?
Él la tomó del brazo.Caminaron por el Parque Lezama. Había una loma primero hacia arriba y después barranca abajo. Hacía calor y el aire estaba pastoso, no parecía invierno.Veía tránsito en el fondo y, a los costados, sobre el pasto, algunos viejos sentados con los mentones sobre las manos, las manos apoyadas sobre bastones.
—¿Conocés por acá? —preguntó él.
Ella dijo que no.
La vereda descendía, bordeando la avenida, y en la esquina comenzaba el Barrio Chino de La Boca. Cruzaron la avenida y de golpe tomaron una calle que parecía ceñirse y oscurecer. Ahí, el aire se espesó. Era como entrar en un laberinto de casas abrazadas unas con otras y que ellos, en cualquier momento, fueran a perderse. Julia caminaba por la calle y no por la vereda, para despegarse de las paredes, apretadas sobre la calle muy angosta, de empedrado.
—La plata desviada no se puede ligar a mí —dijo él—. Es imposible.
Ella miró rápido hacia la derecha y hacia la izquierda, los ojos no le alcanzaban para mirar todo, había casitas de colores, de chapa, de material, casas abandonadas que parecían invadidas por cualquiera, ventanitas altas que simulan los ojos de buey de los barcos, y en las

ventanas bajas gente en sillas de mimbre con botellas de cerveza en la mano. Más adelante había kioscos donde la gente recargaba las botellas con cerveza, y en la calle pibes correteando en harapos, jugando como hace un siglo los pibes jugaban en la calle, y al costado cortinitas de hule en tiras de colores. Ella espió, a través de las tiras, una familia amontonada frente a una cacerola.

—¿Y? —dijo él.

En la esquina siguiente, a cada lado de la vereda, había mesitas de madera y de plástico y viejos jugando al truco sobre las mesitas. En el parche marrón que hacía de plaza había jóvenes fumando marihuana y cigarrillo, como si ir a trabajar fuese algo que ocurría en otro mundo.

—Hago este recorrido desde hace un tiempo —dijo él—. En invierno y en verano, una vez a la semana. A la hora del almuerzo.

Dejaron atrás la plaza, doblaron en una calle que corría paralela a unas vías de tren, por las vías venía un hombre empujando una carretilla y un pibito sentado sobre ella. La calle descendió, apenas, y él dobló de nuevo, esta vez hacia la derecha. Había perros que iban y venían sin dueño, pedazos de barcos sobre las veredas rotas, un ventilador colgando de un cable de luz a la altura de una ventana, un tigre de telgopor color naranja y negro adosado a una casa, igualito a los de la Esso. Y de golpe llegaron a La Boca colorinche, la que le asegura al turismo que no malgasta la plata, con sus bodegones tangueros, los hippies y sus puestos de artesanías, los mimos y las estatuas vivientes empolvadas de tiza, el río marrón rojizo, y la rambla de Pedro de Mendoza atiborrada de souvenires.

—Te parecerá estúpido —dijo él—. Pero en la cárcel me di cuenta de que había querido que la bomba explotara: paf, en las caras de todos —estaba parado de espaldas al río, el Puente de la Boca detrás de él—. ¿Qué decís, Julia?

—¿Qué querés que diga?

—Cualquier cosa.

Estaban parados al lado de cuatro combis estacionadas en diagonal. Montones de japoneses, con máquinas de fotos colgando del cuello, descendían de ellas. Detrás del carrito con manzanas acarameladas y pochocho, había otra combi, esta con turistas grandotes de camisas holgadas, anteojos oscuros y gorras que decían que amaban Buenos Aires.

—¿Vos qué harías? —insistió él.

—¿Yo?

—En mi lugar.

—No sé qué haría en tu lugar. Es difícil ponerme en tu lugar.Vos siempre hiciste lo que no querías.

—Tenías que hablar así.

Había gente yendo de acá para allá por todos lados. Del otro lado de la avenida, grupitos subían las escalinatas del museo Quinquela, otros entraban y salían del bodegón de la esquina.
—¿Para qué querías verme, Danilo?
Se sentaron en un banco de madera y enfrente estaba el agua. Un pájaro de pico grande como el de un tucán revoloteaba la popa de un barco viejo.
—¿Vendrías conmigo? —dijo Danilo.
—¿Por qué se te ocurre que iría?
—¿Vendrías o no vendrías?
Una pareja de turistas muy gordos se acercó hasta el agua. Julia los señaló.
—Deben sentir un arrebato ecológico además de cultural —dijo— y creer que conocen tan bien este país sudamericano, que afuera está de moda por barato y por exótico.
De golpe se acercó un hombre al trotecito. Era un hombre de mucho pelo en la cabeza, cortado al cepillo, y con una sola ceja. Danilo se puso de pie y sacó un sobre de adentro de la campera, metido en el cinturón. Sin decirle nada, se lo dio al hombre de una sola ceja. El hombre puso el sobre adentro de su campera, también en la cintura, dio media vuelta y desapareció al trote otra vez.
—Borrini —explicó Danilo—. No quedó contento con lo que le dio el banco.
Cuando él la miró, como hizo en ese momento, le pareció que la miraba desde atrás de sus ojos marrones, muy atrás, como un payaso mira desde atrás de su máscara.
—No estés siempre tan segura de todo, Julia. ¿Te relajás en algún momento?
Ella dijo que quería irse.
Caminaron con el río a la derecha. Él le mostró las canoitas para cruzar a la isla Maciel por cincuenta centavos y dijo:
—Allá es demasiado, si te cruzo hasta allá, tal vez no podamos volver —le pasó el brazo por encima del hombro y sonrió.
Un pibito sin dientes les pidió una moneda. Danilo le dio cincuenta centavos. Los autos pasaban veloces por encima del puente. El sol caía, sereno, del otro lado del puente, sobre el agua.
—¿Sos feliz, Julia?
Estaban parados en una esquina, esperando que el semáforo cambiara.
—Qué pregunta trágica —contestó ella.
—La hice para que dijeras algo así. Sabía que ibas a decir algo así.
Cruzaron el barrio de Las Catalinas, donde algún intendente suelto de bolsillo mandó hacer un conventillo pituco, con plazoletas propias y orden y pulcritud y calles con nombres de doble apellido y sensación de propiedad privada. Después treparon el Parque Lezama otra vez.

—Tengo novio —dijo Julia—. ¿Por qué se te ocurre que me iría con vos?
Él no contestó enseguida. Se miró las manos:
—Quería saber si te habías arrepentido. ¿En serio tenés novio? ¿Desde cuándo?
Solo días desde que había partido de Lincoln y sentía que la mujer que ella era ahora era alguien a quien podía ver desde afuera, como se vería un insecto por la lente de un microscopio. Se veía saliendo de la sala de profesores y disimulando la renguera por el pasillo de las aulas, hablando con la piba anoréxica que le pedía otra oportunidad para levantar la nota porque un nueve era poco, riéndose con Omar detrás del vaso de Fernando, acariciándole a Omar la barriga con las uñas, despacito, hasta que el deseo le era insoportable, ella y Karina apagando un cigarrillo antes de entrar a una función en el Portavía.

xxvii

Danilo dijo que no quería volver a su casa temprano, necesitaba tiempo para ordenar la cabeza. Le pidió que le aceptara una cena, por los viejos tiempos:

—Nunca hicimos el cierre, Julia. Decirnos lo que nos pasó.
Julia aceptó después de que le insistiera por tercera vez. No tenía ganas de volver al departamento vacío y hacer el bolso para dejarlo al día siguiente.
El restorán se llamaba Abril y era uno de esos restoranes nuevos en edificaciones viejas. Después de la calle fría y oscura y la llovizna, el restorán parecía un refugio amigable.Adentro estaba tibio, y la luz anaranjada le contagió una sensación cálida. En la pared había dos estantes llenos de trastos viejos en exposición, y lo viejo aumentaba la sensación de calidez. Un muñeco de trapo, un botellón de hesperidina, un acordeón, una tetera de porcelana, latas de galletitas Canale. Un espejo alargado recorría la pared de punta a punta y agrandaba el salón, que era chico, y las mesas estaban muy juntas.
Aceptó la segunda copa de vino cuando todavía seguía pellizcando pan de la panera. Danilo recordaba la época de la colchoneta, y ella le hacía reproches en chiste. Recién empezaban a comer el risotto, y Danilo ya estaba pidiendo la segunda botella de vino. Julia se daba cuenta de que se reía con exageración, pero no podía evitarlo. Se levantó y caminó hacia el baño por un laberinto de mesas iluminadas con una luz anaranjada y tenue. Cada mesa tenía una pantallita sobre una lata de té antigua y mantel rosado. Se sentía mareada y las mesas parecían deslizarse hacia un lado y hacia el otro, como si fuese el restorán de un barco que se balancea por el movimiento de las olas. Se tomó del respaldo de una silla. Miró a su alrededor y vio las cabezas giradas en dirección a ella. Por un segundo se sintió encarnada por Teo, pero enseguida después de ese segundo se dio cuenta de que lo que había llamado la atención, era el ruido de sus pisadas con el pie izquierdo sobre el piso de madera.
En el pasillo hacia el baño había un póster de Susana Giménez en la época del jabón Lux. Las manos en la cintura, incomparablemente fresca, el mundo todo para ella. En el baño vio su cara en el espejo. Se acercó al espejo y se miró de cerca. El pelo castaño claro y los ojos amarillos, no habían perdido tanto brillo. Detrás de ella, entró una

chica joven con flequillo y ojos delineados.
—¿Cuántos años me das? —le preguntó Julia a la chica.
La chica se metió en uno de los cubículos con inodoros, sin contestarle. Julia se enjuagó la cara. No se retocaría el rubor, porque la envejecería. Un poco de manteca de cacao en los labios. Se lavó las manos, todavía mirándose en el espejo. Las secó con una toalla de papel y vio, en la pared a su izquierda, un surtidor de toallas femeninas y preservativos. En el pasillo tambaleó y cuando apoyó la mano izquierda sobre la pared, casi tiró abajo un cuadro de una Virgen desahuciada en un marco dorado.
Al final del pasillo dobló equivocada hacia la izquierda, chocó con un mozo que salía apurado de la cocina y dos platos llenos de comida se desplomaron sobre el piso. Volvió al baño, la cara hirviendo de vergüenza. Se quedó un rato ahí, detrás de la puerta, hasta que golpearon para entrar. Era la chica de flequillo y ojos delineados que volvía al baño con una amiga. Las dos se rieron tapándose la boca con las manos y después miraron postales de propaganda en uno de los surtidores contra una pared. Julia se acercó a esa pared y metió una moneda en el surtidor al lado de las postales. Miró a las chicas, que dejaron de reír, y guardó el preservativo en el bolsillo del pantalón.
—Era importante esta charla, Julia. Me quedé pensando en vos desde que viniste a Devoto. A veces mirarnos a nosotros mismos en el pasado sirve para entender quiénes somos y hacia dónde queremos ir —dijo Danilo. Le tomó una mano y la miró—. Ayudame a pensar, Julia, estoy tan confundido.Vayamos a un bar, ¿dale?
Ella no quería ir a un bar, pero no se negó. Miró una araña de vidrio que colgaba del techo y se atontó con el centelleo. Después miró a Danilo. Su cara se había dramatizado por el color naranja de la pantallita sobre la mesa, su boca se veía más grande y más roja.
En la vereda caminaron uno al lado del otro y de golpe él frenó. Le dio un beso en la boca. Fue un beso feo, corto, seco. Mientras tanto oyó un tango y gente que hablaba muy fuerte y se reía muy fuerte, y los ruidos parecían sofocar la idea que había habilitado el beso.
Caminaron rápido, pasaron vidrieras de antigüedades; había una atiborrada de gordos de madera como Boteros, otra de espejos.
Después esquivaron a un viejo que dormía en el suelo tapado con una frazada, y llegaron hasta el estacionamiento donde él había dejado el auto. Era un baldío de tierra seca y un hombre con una campera negra sacudía un trapo. Estaba oscuro.
Danilo encendió el auto y lo dejó calentar. Se refregaba las manos para calentarlas. Después sacó un tubo de plástico color negro. Era uno de esos donde vienen los rollos para las máquinas de fotos. Abrió un papelito, lo estiró sobre una pierna y formó una hilera con la hierba que sacó del tubo de rollo de fotos. Armó un cigarrillo. Le dio

una pitada, tosió, y se lo pasó. Ella se negó. Enseguida el auto se llenó de olor dulce, y Julia abrió la ventana. Respiró hondo, tratando de que se le pasara el mareo.
—¿En qué pensás? —oyó.
—Pensaba en Teo —dijo.
—¿Por qué no pensás en vos?
El auto arrancaba.Tomó la calle oscura de empedrado.
—Siempre pienso en mí, ahora pensaba en Teo —dijo Julia.
Después iban en silencio, y ella miraba las luces de la calle, parecían unirse en una línea blanca que se retorcía como una lombriz en el cielo. La cabeza le pesaba, y cualquier cosa que mirara adentro del auto giraba. Cerró los ojos. Le aparecieron voces de la infancia, burlas gritadas en el patio del colegio, un insulto de su madre a su padre cuando este no oía, después su madre hablaba de nuevo, le hablaba a ella, las dos detrás de la puerta de su cuarto, decía que estaba decepcionada, cómo podía ser que ella no fuese abanderada sino escolta, le aconsejaba que fuese fuerte, necesitaría ser fuerte para que no la pisaran. Después era la cara del tío Alfonso, riéndose mientras le temblaba el párpado; de repente oía su nombre, era Teo que la llamaba y decía, ¿dónde está papá?, Julia, por favor decime. De repente era uno de los primos, la espiaba por la ventana del baño y se reía, podía verse a sí misma desde los ojos del primo, desnuda en esa edad en la que todo lo que le crece al cuerpo le crece con desmesura, una pierna estirada, derecha, la otra doblada hacia afuera como un flamenco, y después oía el río chocar contra los postes del muelle, era como un sueño, y el tío Alfonso seguía riéndose.Y quiso despertar llorando a los gritos pero no pensaba despertar llorando a los gritos porque ella podía sola, era cuestión de dejar pasar el mal momento, tragar ese bulto duro que no pasaba por la garganta y después enderezarse y poder sola, fuerte.
—Vení acá —dijo Danilo y levantó el brazo, haciéndole lugar debajo del hombro.
Un brazo de Danilo empuñaba el volante y el otro le envolvía los hombros. Sintió el corazón latiendo desparejo.
—Relajate, Julia. ¿No te aburre controlar todo, siempre?
El auto zigzagueaba por la avenida Independencia, y Danilo reía y usaba el volante como batería, siguiendo el ritmo de la música.
En el bar estaban callados porque no se oían, culpa de la música electrónica y las voces gritadas.Tomaron vodka con tónica en la barra, lidiando con la aglomeración de gente muy alegre que no parecía verlos y los empujaban con los codos. Estaba oscuro y la música rebotaba en los oídos, tum, tum, y en el pecho. Al lado suyo un hombre besaba a otro hombre, los dos de traje gris y pelo corto, y detrás de ellos había grupos de gente sentada en círculos sobre

almohadones negros y todos se reían de los comentarios de los otros.
—Me voy —gritó Julia en el oído de Danilo.
Él movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro, al ritmo de la música, mientras tocaba un tambor imaginario con los ojos cerrados y un cigarrillo entre los labios.
—Vos y yo somos el uno para el otro, Julia —gritó mientras seguía tocando el tambor imaginario.
Una chica de pollerita roja y botas de charol se enroscó pegada a él y le tocó el cuello con uñas plateadas y combas. Ella veía la mano en la nuca, abriéndose y cerrándose como tentáculos. Danilo le sonrió y le dijo:
—¿No es cierto que hay que pasarla bien?
—Adiós —dijo Julia. Intentó irse pero tropezó con la gente. La empujaba con los codos y le parecía que podía reconocerse en los ojos de cada uno que avanzaba del lado contrario del tumulto.
—No terminé el trago, aguafiestas —le gritó Danilo en la oreja cuando la alcanzó.
Salir a la quietud de la vereda fue un alivio y el silencio y la humedad de la calle la despabilaron.Volvieron al auto callados. Julia sentía un dolor de cabeza muy fuerte y que los pies le pesaban. Danilo se apoyó contra el baúl de su auto, estacionado sobre la avenida, y prendió un cigarrillo. Ella también fumó. Fumó y miró el tránsito pasar y pasar, y cada tanto detenerse en bloque en el semáforo.
Le preguntó si se sentía bien como para manejar.
—¿Qué apuro hay? —dijo Danilo.
Un cartonero abría una bolsa y achataba cartones y papeles en una carretilla. Después empujaba la carretilla hasta el siguiente basurero debajo del farol de la esquina.
—Venite conmigo, Julia, vayámonos juntos a Pirámide. Compro el campo, vivimos ahí, lejos de todo.
Los cruzó un hombre muy bajo, casi un enano, abrazado a una chica de pelo largo hasta la cintura.
—No seas cobarde —insistió y la tomó de los hombros—.Te parece una locura, pero con el tiempo todo el mundo se acostumbraría a la idea, como a todo.
—Tenés a Teo. Ella podría vivir allá. Pronto tus hijos terminan el colegio, váyanse entonces. ¿Qué haría yo allá? Soy todo lo contrario de Teo, entendé eso, somos opuestos.
—Se tiene lo que se puede, no lo que se quiere.
—Quedate con Teo, entonces, ¿para qué me querés a mí? Ocupate de ella, llevala de viaje o internala, que la atienda una psicóloga —fumaba y el humo del cigarrillo le empastaba la boca seca, la lengua se le pegaba a los dientes.
—No te creas tanto lo de los opuestos —dijo Danilo—.Vos y Teo no

son opuestos, como decís. Todo el mundo es un poco de todo. Es infantil pensar que uno está en un extremo y que el otro está en el opuesto. Me da la sensación de que vos querés fabricar quien sos, forzarte a encajar en un molde que armaste de antemano.
Ella no dijo nada, esperó.
—Nadie es de una manera única. Todos somos contradictorios y casi siempre las contradicciones de otros reman en contra de las parejas. Casi siempre.A veces, vaya uno a saber por qué, tal vez sea el amor, ojalá, las mismas contradicciones juegan a favor y conseguís estar bien gracias a tener alguien al lado.
Una ráfaga de viento le heló la cara y sintió que se le helaba también el cerebro. Trataba de pensar en algo y no podía. Le aparecía en la cabeza el jingle de las zapatillas Indiana de frescura incomparable, caminando y caminando. Se le quedaba pegado, como un eco interminable. Reconoció la sensación que sentía. Otras veces había sentido lo mismo que ahora, que andaba por un camino que parecía cortarse en el canto de un precipicio, un precipicio recontra conocido, ya había estado ahí muchas veces. Se arrimaba al abismo, asomaba la cara, veía el fondo negro. Del otro lado del filo seguía el camino.Allá podría estar la solución de todo. Pero había que saltar.Tomar carrera, impulsarse con toda su fuerza y quién sabe, “podría” no era certeza alguna. Parecía que todo la llevaba a ese mismo borde. Había retrocedido en el camino, buscado desvíos, atajos, incluso distracciones, para evitar seguir imaginando el salto.Y el borde la retenía. —¿Qué pasa, Julia? —oyó.
Se oyó un bocinazo largo, furioso, después bocinazos intermitentes. Dos hombres se habían bajado de sus autos y discutían.
—¿Te venís conmigo o no te venís conmigo? —dijo Danilo y le acarició el cuello, debajo de la nuca.
—A veces estás segura de algo —dijo Julia—. Muy segura.Y todo se acomoda a eso de lo que estás segura —él se acercó, pegó su pecho contra el pecho de ella, su cara a la cara de ella, y Julia podía sentir los latidos de los corazones de los dos. Siguió hablando, susurró—: pero al final, de lo único que estabas segura es del esfuerzo por seguir estando segura de lo que querías estar segura.
Empezó a llover. Era una llovizna leve, pegajosa.
—Somos todos cómplices, Danilo. Todos cómplices. Vos sos ladrón, pero como no puede probarse y no se te puede sacar lo que robaste, encogemos los hombros. La frase esa que dice que el que calla otorga es muy cierta entre nosotros.
—¿De qué estás hablando? —dijo él. La abrazó y la apretó fuerte. Julia se soltó. Lo miró:
—Después de verte en la cárcel, me pregunté cuándo es que uno se define. Cuando dejás de hacerte y estás hecho. Hasta cuando tenés la

chance de hacer una curva en tu camino.A los veintidós años me fui de acá, como si eso resumiera todo lo que pienso. Fue el cuerpo el que se fue.Todo lo demás quedó pegado, como un chicle en el zapato, y el desenlace es que no estuve en ninguna parte —hizo una pausa, se miró los pies—. ¿Qué hago yo en Lincoln, Danilo? Todo lo que hago, lo hago a medias o no lo termino.Tomo mate pensando en corregir pruebas, corrijo pruebas pensando en que no tengo tiempo para escribir la tesis de doctorado, escribo la tesis de doctorado pensando que mi novio nada más me quiere porque hago lo que él quiere que haga, y cuando estoy con él hago lo que él quiere que haga para retenerlo, porque no es mío, es casado, y cuando me dice que si le aseguro que lo quiero, se divorcia y viene a vivir conmigo, no le creo, tengo miedo, Danilo, tengo miedo de quedarme más sola aún, pero no me doy cuenta de eso, de que tengo miedo, entonces le digo que no deje a su mujer, que no podría soportar la culpa.Y las noches en las que estoy sola, que son casi todas, me duele el pecho de tanto llorar por alguien que jamás me abandonaría. Por eso prefiero estar sola antes de correr el riesgo de que me dejen. ¿Qué haría yo con vos, Danilo? ¿De qué hablaríamos todas las tardes oscuras de invierno? No sé lo que es el amor, pero lo más cerca que estuve de sentir que sabía lo que era, lo sentí con un hombre que dice que me quiere, se llama Omar. ¿De qué estoy hablando? De que el día menos pensado uno abre los ojos, si tiene esa suerte, y por fin sabe quién es. ¿Una pirámide? ¿Cinco puntas? ¿Cinco versiones de una misma historia? Hay una historia que vos no conocés, Danilo, pero que podría ayudarte conocer para recuperar a Teo. No quiero decir que la historia la justifique, solo digo que puede servirte conocerla para entender a Teo, y que ella, por el hecho de contarte su versión, pue

da entenderse a sí misma. Hay una historia en nuestro pasado y seis versiones de esa historia. En realidad, son cinco versiones, como tu pirámide, y la sexta versión sería la versión de que no existe esta historia. Podés quedarte con la que elijas, pero te recomiendo que escuches la de Teo. No importa la historia en sí, importa que ella pueda contártela a vos. Porque tener alguien que escuche cómo tratamos de explicarnos a nosotros mismos es una salvación.Teo tiene una versión, yo tengo otra, y Alfonso, Elena Susana y mamá tienen otra. La versión del viejo es no tener versión, pero la tiene, el avestruz es igual de cómplice aunque esconda la cabeza.Y el significado de esta historia, según mi propia versión, no es tanto lo que pasó, sino el silencio. Que cada uno, por sus propios motivos, haya decidido callarla. En todas partes pasan cosas, Danilo, el tema es cómo uno las resuelve. Callar lo que ha sucedido y hacer de cuenta que no sucedió

es el veneno que perdura en los protagonistas: víctimas o testigos.Vos quedaste afuera y, sin saberlo, al principio te gustaron las consecuencias, pero las terminaste pagando con interés. No abandones a Teo ahora, Danilo. Ella está buscando una salida y te necesita para encontrarla.

La llovizna se convirtió en lluvia. La calle parecía vacía.

xxviii

Elena Susana
"Alábate, mierda, que el río te lleva"

"Teodelina camina sobre el muelle con los brazos cruzados sobre el pecho. Se muerde el labio cuando sonríe. Alfonso apoya una mano sobre su hombro y ella esconde la cara, el mentón sobre el pecho. Él le levanta la cara con los dedos. Ella lo mira a los ojos, como si el mundo pudiera derrumbarse y no importara, está él. Ella es la elegida, la futura reina. Apura el paso. Alfonso la alcanza. La da vuelta del brazo. La cara de él está frente a la de Teodelina y, alrededor de los dos, gira el cielo con estrellas y todo, y en cada vuelta aparece una medialuna plateada. Es que sí, hay luna, pero recién sale, finita, aparece por encima de los árboles de la otra orilla. Asoma la media luna, como podría asomarse Pancho, que seguro la está esperando. ¿Por qué no aparece, Pancho? ¿Dónde está? Demasiado pronto ha renunciado a conquistarla.Alfonso ahora la mira fijo y le acaricia la cara.

—Me voy a dormir —dice Teodelina, y se da vuelta. Camina despacio, con los brazos colgando, lánguida, como camina una jirafa.
—Vení acá.Vamos a mirar la luna.
—Me voy a la cama, tío Al.
La sujeta de los dos brazos. Después la espalda de Teodelina se dobla sobre la baranda del muelle. Él trae la cara de ella hacia la suya con una mano en la nuca. La besa. Ella gira la cara, cierra los ojos y se tapa la boca con el dorso de la mano. Él la sacude, sujetándola de los hombros, y dice:

—No te hagás la pendeja, que yo sé cómo sos.

Teodelina se agacha, parece un truco de magia, se escurre por debajo de los brazos de Alfonso y trota en dirección a la casa. Él reacciona pronto, ágil, la atrapa dos metros más adelante y la empuja hacia la playita. La toma de los hombros y la da vuelta. Ahora la aprieta contra su cuerpo, le besa una oreja, la cara, la boca.

Sopla una ráfaga fuerte que sacude las ramas. Las dos manos de Alfonso juntan el pelo largo, tira, y la cabeza de Teodelina se vuelca

hacia atrás. No puede moverse, es imposible que pueda moverse. Alfonso ahora hace un chasquido con la boca y resopla. Después retrocede y la mira. La toma de una mano, da dos pasos y, de espaldas a ella, la arrastra por el muelle hasta la playita. A Teodelina se le atrancan las sandalias en la arena.

—Me volvés loco —va diciendo él y yo sé que está borracho, odio cuando está borracho y no registra lo que hace.

Donde termina la arena están los lirios que plantó Amalia. Los compró el año pasado en un vivero al lado del Puerto de Frutos, para el cumpleaños de Alfonso. Le pareció que el jardín, así de prolijo con sus canteros ingleses, desentonaba con el entorno, con el paisaje natural. Son azules con hojas anchas, como vainas, y para este año se reprodujeron como una selva. Es ahí cuando Alfonso da un tirón y Teodelina queda frente a su boca, que se abre y se cierra por todas partes. Ella trata de frenarlo, se ve que lo empuja con los codos, pero es un empujar sin ganas. Parece un insecto tomado de las alas, que por más que aletee y aletee, sigue atrapado. Caen al suelo. Ahí abajo el perfume de los lirios es fuerte y ácido, yo lo conozco. Enseguida es más fuerte el olor a humedad, o más bien el olor a fango. Un olor pastoso, porque la tierra nunca es tierra, es siempre barro. A veces me parece que es parecido al olor que trepa por las alcantarillas.

Alfonso está encima de ella, una mano apoyada sobre un hombro, la aplasta contra el suelo, la otra mano lucha con el cierre del pantalón. Los pies de Teodelina se sacuden, como el insecto apresado.Y de golpe todo es muy rápido y yo miro, quieta, muda, odio cuando Alfonso está borracho, no registra lo que hace. Después veo la cabeza de Teodelina en el barro. Alfonso está arrodillado y Teodelina está quieta y tirita. Dobla la cabeza hacia un costado y escupe.Alfonso le pega en la cara, la mano abierta. Teodelina trata de levantarse. Alfonso está enredado en el calzoncillo y en los pantalones.Teodelina da dos pasos y empieza a correr, y enseguida Alfonso la alcanza y da un tirón del brazo que la hace frenar en seco, la cabeza rebotándole como chicotazo.Alfonso dice:

—Más te vale que no abras la boca,Teodelina. Porque te crucifico.A vos y a toda tu familia.

Teodelina corre de nuevo y, en el camino de piedritas, Alfonso vuelve a alcanzarla.

—Perdoname —dice—. Perdoname.

Solloza como un bebe, está borracho. Ella intenta irse.

—Si abrís la boca, es el fin de tu vida así como la conocés —dice Alfonso, llorando—. Es un secreto entre nosotros dos, ¿me oíste?

Ella solloza. Él dice:

—¿Entendés?

Después da media vuelta y se va en dirección a la parrilla."

Segunda parte:

La vuelta

xxix

"De perdidos, al río"

Apenas empezaba a amanecer, llamó Teo.
—Vayamos al río, Juja —dijo. El rayo de sol que se colaba entre las persianas, giraba—. Tu pasaje es recién para el lunes, pero tenés que devolver el departamento hoy mismo, así que podemos aprovechar. Acordate que están llegando todos los primos para la reunión familiar de mañana sábado. ¿Vas a ir? Alfoncito vuelve a vivir en Buenos Aires el año que viene, ¿sabés? Va a trabajar en la escribanía. Tanto máster y tanto bla bla para terminar él también en la escribanía del padre.
Teo la pasó a buscar en su camioneta gigante, y ella puso el bolso y la mochila en el baúl. Iban calladas y el viaje se le hizo largo, puro frenar y arrancar por una avenida con los semáforos todos al revés. Las nubes de tormenta estaban amontonadas, enrolladas como sesos, a un costado y al otro del cielo. Pero el medio del cielo, la parte sobre sus cabezas, era azul muy claro, casi blanco.
Llegaron a una casa en San Fernando que parecía de adobe, pintada de rojo, azul y verde, una combinación de Caribe, Brasil y cocoliche. No podía imaginar que del otro lado pudiera estar el río, hasta verlo. Ahí nomás estaba, después de una tajada de pasto verde claro y cortado como césped. El agua marrón, crespa, enfurecida, arremetía hacia la costa desde la línea del horizonte. Era el viento que soplaba de costado, como si la tormenta no se decidiera a seguir su camino y erizara la corriente, empujándola hacia la costa. Había árboles a los costados, medio flacos, bastante verdes, y canteros de petunias muy prolijos. Oyó la marea machacar la orilla. El olor era conocido, húmedo, tan húmedo como si hubiese gotas de agua suspendidas en el aire.
Caminaron hacia una terraza con techo de parra toda seca —las ramas parecían cables, reparada del viento por un muro rojo y verde.Teo llevaba una heladerita y eso la alegró. Sonrió y Teo le guiñó el ojo.

Había mucha gente sobre la tajada de pasto, gente en musculosa sobre lonas, como si fuese primavera o al menos fuese domingo y el sol calentara: todas las caras apuntadas al sol.

Teo entró en la guardería de lanchas y saludó a un viejito en pantalones cortos:

—¿Cómo anda, Manolo?

Manolo tuvo que dejar el sándwich sobre un tablón y limpiarse en los pantalones para estirar la mano y saludarla. La piel de Manolo era blanca y quebrada por el frío. Tenía los pies en ojotas y los dedos gordos sin uñas. Un trapo le colgaba de un bolsillo.

—¿Se acuerda de Julia, mi hermana, Manolo? —dijo Teo, pura sonrisa —. Vamos a salir en la lancha del tío. Julia vive afuera, ¿sabe?, y está de visita.Vamos a aprovechar el día lindo y salir de pic nic como en los viejos tiempos, ¿qué le parece?

Manolo contestó

—Mirá, piba, que Don Alfonso mañana sábado precisa la lancha —se paraba con las manos en la cintura y los pies abiertos hacia los costados. Dijo que la vez anterior le hizo lo mismo, y la apuntó con un dedo—. Un susto porque pensé que no volvías y apareciste de noche.Tu tío la va a querer limpita y con el motor como un violín, así que me la traés antes de las seis.

Teo lo tranquilizó. Le dijo que no se preocupara, le dio una palmadita con una mano y con la otra le puso un billete en el bolsillo. Manolo se fue por la izquierda y desapareció en una esquina del galpón, que no tenía luz. A los dos lados había miles de lanchas sobre estantes gigantes. De golpe una lancha avanzó sola sobre un riel, Manolo manejaba el riel desde una cabina. Después la lancha descendió al agua con un splash suave.

En la lancha Teo se movía rápido, con destreza: bajó una tecla, subió otra, apretó un botón, la pata del motor empezó a bajar, la hélice se hundió en el agua aceitosa, bombeó el pasador de nafta, dio vuelta la llave, el motor arrancó.

Apenas salieron al Luján, bajó la palanca del acelerador y el viento les pegó en la cara. Sabía que Teo sentía lo mismo que ella, esa felicidad crédula de la infancia, que parece que va a durar para siempre porque el mundo empieza y termina en ese río turbio, de reflejos blancos.

De golpe, detrás, vio la ciudad, solemne y gris, paralizada, extraña.A la derecha y a la izquierda las envolvía la costa verde claro, deshilachada y raída. Ahí en el Vinculación, el agua estaba picada y la costa se alejaba, ensanchando el río. Del otro lado venían unas chatas inmensas, negras, soplando humo y haciendo sonar la bocina. En la costa del San Antonio había bares con sombrillas y playas de arena

artificial. Julia pensó: Estoy en el lugar de la infancia y al mismo tiempo es otro. La ciudad en la espalda, como un dibujo gris, y acá el río y sus bifurcaciones, que coinciden y también se resisten al recuerdo que guardaba.

La entrada al Dorado apareció enseguida, y la costa, aunque vacía, también tenía playa con sombrillas y carteles de gaseosas. Entonces Teo disminuyó la velocidad, y el río se angostó y alisó. Creía que conocía cada centímetro de ese río, que más adentro todavía parecía no tan usurpado por los deportistas y turistas. Después, la costa era puro sauce con las ramas colgando hacia el agua, como antes. Ese día el río estaba crecido y se trepaba encima de la costa, venciéndola, como si fuese el mundo que desbordaba por ahí.

La lancha avanzó hacia la orilla de la derecha, donde se veían bancos de madera que por la crecida del río parecían pilotes. Era el lugar donde su padre les había enseñado a pescar con caña, poner la carnada y hacer el *swing* hacia atrás para tirar bien lejos.

Teo se movía en la proa. Dijo que no encontraba el ancla. La vio moverse y entonces fue como volver al pasado de un saque. De golpe Julia reaccionó y volvió al presente, trató de que se le ocurriera en qué ayudar.Vio que Teo sacaba el ancla de debajo de un asiento y que tenía la soga enrollada. La vio tratar de desenredarla.Tironeó, dijo que no podía. De repente, hizo un movimiento rápido y brusco, tiró el ancla al agua. La soga con su nudo quedó sobre el piso de la proa. La lancha siguió moviéndose y Teo siguió luchando con la soga hasta que, furiosa, tiró el nudo entero al agua y el ancla se terminó yendo al fondo con soga y todo.

—No estaba atada —gritó Teo—. La soga no estaba atada a la lancha, buscá un bichero.
No había bichero ni nada, y la lancha seguía moviéndose y al final se rindieron a perder el ancla en el fondo del río. Ataron un cabo a una rama de sauce salida hacia afuera y treparon a la orilla embarrada. Teo abrió dos botellitas de champán. Ella pensaba en el ancla. Comieron empanadas sentadas en una de las mesas. Calladas. Detrás había lirios sin flores, pura vaina, parecía trigo, y se sacudían con el viento que todavía soplaba suave. Ella miró el cielo. De a ratos se oscurecía porque las nubes cubrían el sol, el aire se enfriaba, pero igual la sensación era de una calma parecida a la del día en que su padre les enseñó a pescar con caña. Cada tanto algunos pájaros hacían ruido, cantando, aleteando de rama en rama.
—¿Qué pensás de mí? —le preguntó Teo.
Ella se sobresaltó, como si despertara de un sueño. No supo qué decir,

estaba atrapada entre recuerdos y una sensación extraña, una especie de pesadumbre, saber que se había arrojado del acantilado y no había marcha atrás. Tenía un presentimiento: la inminencia de algo.

Algunas rachas de viento soplaron un poco más fuerte, y el río, por las ondas de la marea, se reflejó brillante e intermitente sobre los troncos, en reflejos plateados.

—Hace veinte años me preguntaste lo mismo —le contestó.

—¿En serio?, ¿en serio te pregunté lo mismo?

Pensó que Teo nunca había podido resolverse en la mirada de los demás.

—Una hermana tiene poder sobre una, sabés, Juja, —siguió Teo—. Puede guardar un recuerdo que una perdió. Ese recuerdo tal vez contenga una clave que nos diga algo sobre nosotras mismas que nos cambie la perspectiva de todo, como si de golpe el mundo se tiñera de otro color. Por eso quiero preguntarte algo que nunca me atreví a preguntarte: ¿por qué no te operás la pierna?

El silencio fue largo. Teo no le había hecho caso al tabú. Había preguntado lo que no se preguntaba. Seguían sentadas sobre la mesa de madera, las botellitas de champán en la mano, las piernas colgando. Detrás, los juncos se mecían con las rachas de viento, que eran cada vez más seguidas. De golpe se vio pidiendo licencia en todos los colegios, acostada en una cama alquilada en Buenos Aires con el *orthofix distractor* clavándole agujas gruesas en los costados del muslo y el hueso cortado en dos, como ese truco de los magos cuando cortan una mujer por la mitad. Pensaba en la idea del cambio, de que las cosas no fuesen para siempre.

No contestó.

—No me dijiste qué pensás de mí —retrocedió Teo, después de su silencio—. Decime algo.

Julia permaneció callada.

—En el fondo —siguió Teo—. Qué importa, ¿no?, ojos que no ven, corazón que no siente, como decía Mamá. Para qué saber lo que no necesitás saber, para qué confundirte con lo que piensa otro de vos, si no podés manejar ese pensamiento. Pero te lo preguntaba porque siempre tuvimos el tic de mirarnos en la otra, como en un espejo, como si la otra te dijera la verdad, una verdad más cierta que la que podés alcanzar vos misma. Pero no existe la verdad pura, ¿estás de acuerdo?

El cielo se oscureció un poco, las nubes que estaban amontonadas a los costados se estiraron, cubriendo el cielo, y el viento ahora incomodaba aún más que antes.

—¿Te acordás de aquella noche en el río, cuando me dijiste que me habías visto? —dijo Teo.

Julia levantó los ojos y enseguida miró el suelo, embarrado. Se bajó de

la mesa y empezó a ordenar la canasta. Dobló las servilletas, tapó las botellas y dijo que era mejor que empezaran a volver, el día se estaba descomponiendo.

—Al día siguiente no me acordaba nada —siguió Teo—. Nada de nada, como si no hubiese pasado.Y fue así. Jamás me acordé hasta hace poco.Ayer se me ocurrió preguntarte por qué me hiciste caso y también hiciste de cuenta que no habías visto nada.

A ella se le vino a la cabeza la imagen de un alumno suyo, el más tonto de la clase, que una vez le corrigió una idea. Le refutaba una explicación con un argumento muy sencillo, tan evidente que había pasado de largo por demasiado obvio.

Siguió guardando cosas en la canasta y se acordó de su dedo todavía levantado mientras el pibe decía verdades.

—Fue tan largo el tiempo en el que no me acordé de nada, como si en verdad no hubiese pasado —siguió Teo—, que desde que empecé a acordarme, me acuerdo siempre de las mismas imágenes y ya no sé si me acuerdo de lo que pasó o me acuerdo de lo que me acuerdo que me acuerdo.

Justo pasaron dos patos marrones, uno tornasolado y brillante y el cuello azul, el otro medio chamuscado. Cuá, cuá, y aleteaban como si saludaran.Teo les tiró pedacitos de la empanada que mordisqueaba, pero no quisieron comer. Siguieron su camino uno detrás del otro.

—Primero recordé una imagen, borrosa —dijo Teo—. Y sentí vergüenza. No sabía bien qué había pasado, pero me veía a mí misma como algo sucio.Aparecía la frase “te vi” una y otra vez, y eso empeoraba la vergüenza. Rogaba que vos también lo hubieses olvidado.

El viento aullaba, daba sensación de velocidad, y el agua se encrespó.

—Creo que no viste todo —siguió—. Desde que me acordé, pienso y pienso y le doy miles de vueltas. Hice un esfuerzo gigante por recordar con exactitud. A veces me acordaba de cosas que después me parecía que no habían sucedido. Lo que recordaba con seguridad era el olor. Se me quedaba impregnado, varios días sentí el olor y no me acordaba nada más.Yo no sé si era la que soy desde antes, vos decís que la gente no cambia. Entonces te creía todo, y que por eso, ser como era, había provocado lo que recordaba.

Ella no hablaba. Era difícil hablar con el viento aullando y los juncos siseando.Trataba de prender un cigarrillo y la llama del encendedor se le apagaba.

—En el mundo Arosamena —siguió Teo—. No importa lo que uno haga, mientras los modales estén sobre la mesa.

La voz era finita y ronca. Ella la miraba y se acordaba del alumno, el más tonto de la clase. El viento se calmó durante unos minutos. Parecía que asomaba el sol y que era tibio.

—En el mundo Arosamena —dijo ella—, como en muchos otros mundos, las reglas de lo que se puede o no se puede, lo que se dice o se calla, lo que se perdona o se condena las ponen los hombres —sintió que no había sonado convincente, quiso decir algo lúcido, sutil, y no se le ocurrió nada—. Nosotras estuvimos de acuerdo —dijo Teo—. No sé por qué estuviste de acuerdo vos.Yo creo que quise callarme porque creí que todos creerían que yo lo había provocado.Y tenía miedo por el viejo. Creo. Eso pensé ayer. Habíamos perdido la casa y ya no quedaba nada que lo pusiera feliz.
Julia sacó la matera y matearon sin decir nada. De repente, comenzaron a moverse las ramas de los sauces otra vez, y el río se llenó de arrugas.
—A veces creo que lo olvidé porque me gustó —siguió Teo—. Creo. A veces creo. Es que no entiendo que pueda haber vivido tantos años como si no hubiese pasado. Me impresiona más eso que lo que haya pasado aquella noche. Estoy segura de que me gustó la sensación de ser un imán y eso me da mucha culpa. ¿Por qué seré tan narcisista? Pero la idea de todas las veces que lo había visto después y que yo hubiese estado tan campante, tan como si nada hubiese pasado, era insoportable.
El viento soplaba otra vez, venía de atrás, en ráfagas. De golpe, las empanadas salieron volando con bandejita de cartón y todo. Saltaron de la mesa. Ella guardó las cosas en la heladerita y Teo levantó lo que había en el piso, lleno de barro. El río se erizaba y de golpe se achataba y enseguida se volvía a erizar. Era tan extraño que se quedó mirándolo, era como ver a un conocido convertirse en desconocido y después ser el mismo de nuevo.
Entonces Teo gritó:
—Vayamos a la casa del tío.
—¿Qué?, ¿para qué? —dijo ella, el viento bufándole desde la espalda.
—La casa, la casa —gritó Teo, que ahora estaba parada arriba de la proa de la lancha, desatando el cabo de la rama.
Ella levantaba las cosas diciéndole que estaba loca:
—Rajemos de acá, el día es un asco.
—La casa, tenemos que ir a la casa —insistía Teo, moviéndose en la lancha.
No entendía qué estaba pasando con el tiempo, el cielo ahora era gris oscuro. Empezaba a lloviznar.
—Es peligroso —dijo—. Mirá si se larga la tormenta y se hace de noche con nosotras acá.Volvamos.
—El Vinculación va a estar picadísimo —gritó Teo—. Eso es más peligroso todavía.
Tenían que gritar porque el viento era cada vez más fuerte. Salieron de debajo de los árboles y era todavía peor de lo que parecía. Todo

gris oscuro y encima el viento arrastraba tierra desde la costa y se les metía en los ojos y en los dientes. Teo ponía una lona a la lancha, lo hacía con convicción.

—Poné la lona de tu lado, vamos a la casa —le ordenó, y su convencimiento la hizo moverse como un robot.

Teo se agachó debajo de la lona, bajó la pata del motor con el botón y lo encendió. La lancha se metió más adentro del Dorado y Julia no veía nada, llovía en granitos. Si levantaba la cabeza por encima del parabrisas, le picaban los párpados y no los podía abrir. Si se agachaba, el parabrisas estaba tan goteado que no veía nada y encima tenía que sostener la lona con la mano porque a cada rato Teo se levantaba para ver por encima del parabrisas, tratando de descifrar el río. Julia la vio sonreír. Parecía poseída. De golpe levantó la cabeza, total ahí abajo no veía nada, y le puso la cara a la lluvia.

—¿Qué pasó con el día? —gritó Julia.

Teo sonrió una media sonrisa, rígida, y no dijo nada, no sacaba los ojos del río. De golpe volanteó y ella cayó encima de Teo. Casi se tragaron un barco fondeado, muy viejo, lleno de carteles con ofertas, que surgió de golpe de entre la niebla gris. Era un almacén vivero y vaya uno a saber qué más.Teo siguió sonriendo, pero no dijo nada. Entonces asomó la curva y la casa del tío. Aunque se veía más chica, parecía salida de adentro de un hueco en su cabeza. La nublaba la cortina gris de llovizna. Solo resaltaba el verde fosforescente del pasto sobre la loma que subía hacia la casa, que parecía pintado con marcador.

Teo aflojó la velocidad de la lancha, se acercaron a la orilla y en la costa apareció otra casa, idéntica a la del tío Alfonso pero más chica. Se acordó de que esa era la casa que le decían “la casa abandonada”, y Teo dijo que la habían arreglado para cuando los primos vinieran de visita, con sus mujeres.

—Dijo mamá que te recordara que estamos invitadas a la presentación de la beba de Alfoncito. Se llama Mía.

Ahí, al lado de la casa más chica, se abría un hendidura en la orilla adonde Teo metió la lancha. Seguía lloviendo en granitos y el viento se arremolinaba, pero ese canal era tan angosto que ahí la lancha quedó sujeta por la costa y no se movía.

Justo cuando bajaban de la lancha, y Teo la ayudaba a trepar tirándole del brazo,Teo señaló hacia el río. De más adentro del río venían cinco o seis kayaks anaranjados, todos los remeros en pilotos amarillos remando sincronizadamente. Parecían mosquitos naranjas con alas amarillas. Los remeros venían a pura risa y uno de ellos dijo: Guarda que más atrás son como treinta.

Y así fue, de repente, aparecieron como treinta mosquitos naranja y amarillo por la curva del río, el río se invadía de miles de triángulos

de colores, todos tiritando como ellas. Las saludaron y ellas los saludaron.Teo dijo:
—Me parece bien que nos vean. Me gusta la idea de que haya testigos de que en el muelle hubo dos mujeres y que las dos mujeres seamos nosotras.
Caminaron hacia la casa. Los pies se hundían en el césped. El viento persistía en ráfagas y formaba remolinos de hojas en el aire. Las mecedoras de mimbre estaban en la galería, apuntadas hacia el río, en el mismo lugar adonde habían estado siempre. Era raro estar ahí.
Se sentaron en las mecedoras. Otra vez estaban calladas, miraban los granos de la lluvia reventar contra el camino de piedritas y contra los escalones de la galería, llenos de charcos. Un trapo rojo apareció volando y se clavó en un pino flaco al lado de la pérgola. Ella cerró los ojos. La escuchaba hablar. Decir que nunca, en todos esos años de recién casada y parir sus hijos y hacer de mamá, se había acordado una sola vez de aquello. Como si nunca hubiese sucedido.
—Y mis hijos empezaron a ser más independientes de mí, y poco a poco todo empezó a perder sentido. Empecé a tomar.Al principio una copa era suficiente. Después una sola no alcanzaba y solo pensaba en el momento de tocar el vaso con los labios. En una fiesta de disfraces me disfracé de esqueleto, toda de negro y huesos de cartulina blanca pegados a la malla negra.Tomaba caipirinhas, una detrás de la otra, y bailaba. Dano estaba hundido en un sofá, mirando a los que bailaban, también borracho. Bailaba y sentía que todo daba igual y estaba segura de mí porque así me siento cuando tomo y hay música. Un rato después estaba aplastada contra una pared con Pancho Lisazo y, cuando le vi desencajar los ojos, me acordé. De golpe, como un fogonazo. Una imagen. Después volví a la fiesta y le quería pedir perdón a todo el mundo, empe

zando por la mujer de Pancho, pero estaba ensimismada en una charla con otras mujeres disfrazadas de odaliscas. Claro que jamás lo hubiese elegido a Lisazo como abogado de Dano. Dano no sabe nada, nunca le conté y entonces él lo llamó.

Mientras Teo hablaba, el viento empezó a sisear más suave y ya no lloviznaba. Ella tenía las piernas levantadas, apoyaba las zapatillas en la mecedora y se abrazaba a las piernas. Después reclinó la cabeza y los ojos apuntaron hacia el techo.

—¿No te operaste la pierna porque habías visto lo que viste, Juja, y creías que él pagaría la operación?
Ya no soplaba el viento, todo estaba quieto, los árboles como

momificados.
—Tal vez —contestó—. Yo también estuve pensado. No sé si yo misma olvidé aquello, como vos. Me acuerdo que aquella semana lloré todas las noches y cuando lloraba no pensaba en lo que había visto, si no en la negrura del mundo. Creo que no lo olvidé, que lo guardé en el fondo de la cabeza, en un lugar que nunca visitaba. Sabía que había un intruso ahí, en el final de mi cabeza, que supuraba por culpa del encierro, pero que yo ignoraba.
—No soy buena madre y quisiera serlo —siguió Teo—. De verdad quisiera. Ojalá tengas hijos algún día, Juja, no sabés cómo todo es distinto. Es como que con un ojo mirás por vos y con el otro por ellos. Pero últimamente ni los miro.Y tengo que cambiar por ellos, ¿me entendés?
Dijo que sí.Aunque no lo supiera.
—¿Nunca te dan ganas de tener hijos?
Dijo que sí. Nunca tuvo ganas de tener hijos, pero igual dijo que sí.
Ya se podía ver la orilla de enfrente por el hueco del camino, entre las madreselvas inmóviles.Teo siguió:
—El tío Alfonso era tan buen mozo, tan inteligente, tan que todo lo podía.
Empezó a reírse pero a ella no le causaba gracia. En cambio Teo reía y reía.
Apareció un perro grande, marrón oscuro con el lomo negro, y les olfateó los pies. Después dio unas vueltitas, inspeccionando todo con el hocico. Siguió su camino hacia la izquierda.
Teo tenía el pelo mojado y se le había llenado la cabeza de rulos. Puso esa cara tan de ella. Los ojos para arriba y los dientes grandes mordiendo el labio de abajo.
—A veces me pregunto si todas las mujeres queremos ser imanes —dijo—. Nos da bronca, pero no podemos resistirnos.
Ella prendió un cigarrillo. Fumaba con los ojos cerrados.
—Navidad llegó enseguida —siguió Teo—.Y después de Navidad, nos fuimos en el Peugeot a Córdoba, ¿te acordás?
Dijo que sí con la cabeza.
—El viejo estaba hecho un payaso, todo el tiempo forzando los chistes y la alegría. Parecíamos otra familia. Mamá no entendía la euforia del viejo, pero con la culpa que tendría por la venta de la casita, la jugaba callada. En febrero nos quedamos en el departamento. El tío no sé adónde se fue con su familia, creo que a esquiar a alguna parte, y por más que nos había ofrecido la casa, ninguno quiso venir. Ese invierno tampoco vinimos mucho, llovía todo el tiempo y tanto frío hacía que no valiera la pena venir a casa ajena, y los fines de semana mamá nos llevaba al Colón. Papá se iba de camping de pesca con el gerente de Alpargatas. Un año después empezamos a venir de vez en cuando, yo

siempre traía una amiga o un novio, vos leías.

Teo cerró los ojos. Sonreía. Se veía deshilachada, tenía unos mechones volándole en la frente. Siguió:

—Apenas volvió el recuerdo, creí que me volvería loca. Después el recuerdo se fue transformando y con el tiempo cambió: no era para tanto. Yo debía exagerar todo, como siempre hago. Estaría borracho y los borrachos no saben lo que hacen y eso me debe haber causado impresión. Me sentía una estúpida —hizo una mueca con la boca y después se tapó la cara con las manos.

Algunas hojas marrones caían desganadas y se aplastaban, como esponjas, sobre el pasto.

—Tantas veces lloro.Y cuando paro de llorar me estoy diciendo que yo inventé todo, no pasó nada. Por eso necesitaba hablar con vos. Lo peor es no estar segura. Quisiera tanto recordar todos los detalles, como un deber, y no algunos, y jamás cambiarlos. No me gusta preguntarme si fue así o no fue así. No estar segura me desespera. Queda una imagen y otra, como diapositivas, y tal vez otra más que ya está gastada de forzarla a volver.Y todo desde que empecé a recordar. Estoy segura del olor. Y que ese fin de semana estaba leyendo un librito de Corín Tellado.Y los ojos desencajados, eso me lo acuerdo hasta cuando no quiero. Uf, qué alivio, Juja, necesitaba que me aseguraras que yo no lo inventé.

Se había reclinado en el respaldo de la mecedora y hacía el gesto de levantar una prensa invisible.

—Hace poco me acordé de que me habías dicho que me viste.Y necesitaba saber. No sé qué viste, Julia, y me la paso preguntándome qué sentiste. Si me odiaste. Es que cada cosa que me pasa, me pregunto qué pensarías vos. Como si tu juicio fuese el juicio de Dios, que ni siquiera sé si existe.

xxx

Elena Susana
“Está en el medio del río y se muere de sed el mezquino”.

“Vi venir a Teodelina por la avenida Diagonal Norte, en dirección a la Casa Rosada. Caminaba como si empujara los pies, como si las botas le quedaran grandes. No tenía cartera y apretaba los brazos contra el pecho. Hacía frío. Era de noche, había los típicos ruidos del microcentro: bocinas, tráfico, colectivos que arrancaban y chirriaban. Las luces de la calle eran amarillas y espesas, parecían líquidas. Cuando la vi, quise gritar ¡Teodelina! con todas mis fuerzas, para que me oyera a través del tráfico de la avenida. Pero no grité. Me detuvo un fogonazo de sensaciones contradictorias; primero la alegría que incitó las ganas de llamarla, un impulso que siempre siento cuando me cruzo un conocido en la vereda, y después bronca, la misma que siento frente a cualquier mujer atractiva.

Sabía que su marido había salido de la cárcel el día anterior y ya no estaba en su casa. Que esa misma tarde, después de que los chicos llegaran del colegio, fue hasta el estante donde guardaban las llaves y sin ninguna explicación abrió la puerta y se fue. Que ella se quedó mirando por la ventana y que los hijos llamaron a Amalia porque no había forma de sacarla de allí.

La vi llegar hasta el edificio de mármol negro de la escribanía y me apuré a pagar la cuenta de mi café y cruzar la avenida.

—¿Qué hacés por acá? —le dije.

Tardó en contestarme. Dijo que venía a hablar con Alfonso. Nos sentamos en el hall de entrada, que era como un limbo. Allí hay dos sillones de almohadón negro y respaldo de caño plateado, que están ahí desde la última redecoración, hace diez años, una mesita como un cubo, que en su momento pretendió darle un toque moderno, y un cenicero lleno de colillas.

—Me dijo tu madre que estás tomando una barbaridad —le dije—. Con lo difícil que es entender nuestra existencia, querida, vos pretendés convertirla en otra cosa que no es.

Ahí adentro hacía frío, nunca logramos calefaccionar ese hall, y ella parecía entumecida. Cada vez que se abría la puerta del ascensor, miraba a los hombres y mujeres que bajaban y pasaban frente a nosotras, y por la puerta de vidrio desaparecían en la noche.

A las nueve en punto bajó Alfonso.Teodelina saltó del sillón. Le temblaban las manos. Alfonso venía con otros hombres de traje y corbata, más jóvenes, idénticos a él. Los trajes de los cuatro eran color marrón claro y las camisas eran blancas. Solo eran diferentes las corbatas: la de Alfonso era roja y tenía lunares amarillos. Parecía sorprendido, se quedó unos segundos mirando a Teodelina sin decir nada. Después la saludó con un beso, sonrió, los trajes jóvenes esperaban detrás. Alfonso se los presentó, todos la besaron y también la besó Alfoncito. Alfonso les dijo a todos que era su sobrina preferida, la hija de su hermano menor, vieron qué linda. Después le preguntó si se acordaba de Alfoncito. Alfoncito está cada vez más parecido a su padre, todos dicen que es una réplica y yo me pregunto si también será una repetición. Él la miraba boquiabierto, trataba de calcular cuántos años hacía que no se veían y dijo que estaba más linda todavía que antes. Teodelina permanecía muda. Alfonso le preguntó si se había decidido por retomar el estudio, dijo que sería una pena que abandonara. Les contó a todos que Teodelina había empezado a estudiar hotelería.

Después se hizo un silencio largo. Todos la miraban y ella parecía a punto de decir algo, pero no decía nada. Alfonso la tomó del brazo y la llevó hacia un costado. Le preguntó qué había dicho Dano al salir de la cárcel. Teodelina lo miraba y abría la boca, como tratando de contestar, pero no le salía la voz.Alfonso se puso nervioso y volvió al grupo de hombres. Recién en ese momento, me vio a mí. Me saludó, me saludaron todos, le preguntó a Teodelina si quería que la acercáramos a alguna parte, ella negó con la cabeza y nos fuimos.

xxxi

“Al mejor nadador se lo lleva el río”.

—Una hace lo que puede —dijo Teo—. Cuando puede y como puede, ¿o no?

Saltó de la silla. Quedó de pie frente a la cara de Julia, la miraba fijo a los ojos. Permaneció un rato muy largo así, un minuto, dos minutos, mirándola a los ojos, y Julia esperaba. Después Teo hizo un gesto con la cabeza que le indicaba que la siguiera. Fueron por el camino de piedritas hasta el muelle. Desde ahí, miraron la casa. Después pasaron por la playita, llegaron hasta los lirios. Estaban flacos y habían perdido el azul y la exuberancia.

—Ese es el olor —dijo Teo. El barro emanaba un olor húmedo, como a rancio. Hacía frío. Una brisa movió las hojas de los árboles. Oscurecía. Después dieron la vuelta a la casa. Ya no llovía pero el pasto estaba mojado y resbaloso.Teo tomó a Julia del brazo y caminaron juntas hasta el cobertizo. Las llaves colgaban del clavo largo, ya recontra oxidado, en la pared envuelta por la Santa Rita, seca, puro tronco.Adentro del cobertizo había olor a pintura y también a moho. Tuvieron que volver afuera por un ataque de estornudos que le dio a Teo, que ahogó en la manga de un brazo. Volvieron a la puerta, y Teo apretó la tecla que encendió una bombita que colgaba del techo. El piso tenía una *moquette* apolillada que parecía pertenecer a otra parte, seguro había sobrado en una redecoración del departamento de Buenos Aires. En una mesa contra la pared había un martillo de mango ancho, una faja de cuero con destornilladores ordenados de menor a mayor, un taladro sin mecha (las mechas estaban una al lado de la otra en una cajita de plástico abierta), una tenaza con mango de manguera azul. De un cajón abierto asomaba una pinza, binoculares de metal, y otras cosas que no supo qué eran. Arriba de la mesa, contra la pared, había dos filas de estantes repletos de frascos de mayonesa con tornillos y tarugos y en el de abajo, frascos de mostaza, más chicos, con clavos y clavitos.Todo parecía tener un orden propio, el orden del dueño de casa. A la izquierda, sobre el piso, estaba la máquina de cortar pasto y la bordeadora, y también los almohadones de la pérgola. De ese lado la ventanita cuadrada tenía el vidrio roto y el mosquitero suelto.A la derecha estaba el hueco en la pared donde sus padres habían apoyado los marcos de fotos que trajeron de su

casa.Ahí había dos latas de aguarrás.

Teo levantaba latas de pintura y las llevaba afuera.Volvió y le pidió que la ayudara a abrirlas. Se hacía difícil porque los bordes estaban pegados. La bombita del techo no daba mucha luz que digamos, entonces necesitaron sacar todas las latas afuera para ver los colores. Casi todas las latas eran de color blanco y estaban prácticamente vacías. Dos latas tenían color verde, como el de los postigos y los lindeles.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Julia.

Teo encogió los hombros. Sacó afuera la caja de zapatos con las brochas. Una de las latas de pintura verde estaba seca del todo pero la otra tenía una capa dura que rompieron con el mango de un pincel. Debajo había pintura fluida y espesa. Teo le dijo que trajera las latas de pintura blanca también y mientras tanto abrió el cajón con las llaves de todas partes.

Entraron a la casa por la puerta de la cocina. Había olor fuerte a encierro, pero todo se veía impecable y que cada cosa estaba en su lugar. De un gancho en la pared colgaba un delantal que decía “*Kiss the cook”*. Julia estaba quieta en el marco de la puerta. Teo la arrastró del brazo hacia el living. Las paredes parecían recién pintadas, brillaban. Allí había olor a acetona. Sobre la mesa grande vieron un póster que decía “*Welcome*”.También había guirnaldas de colores, platos de cartón de esos descartables para fiestas de cumpleaños, con dibujos de globos, y servilletas de papel color rojo.

Teo tomó una brocha y la mojó con pintura verde. Aplastó la brocha contra la pared. Primero pintó rayas y manchones y la pintura verde chorreaba en hilos y gotas. Afuera ya era de noche, y Teo pintaba y pintaba siempre el mismo dibujo, dos círculos y en el medio un rulo, con dedicación, como si le hubiesen encargado una obra de arte, un mural. La palabra “incesto” aparecía aquí y allá en marcador rojo entre medio de los dibujos, y debajo,

sobre el zócalo, dibujó parejas de círculos con puntos en el centro y círculos con rayas que los partían en dos. —Vos no escribís nada —dijo.

Ella miraba las paredes pintarrajeadas por Teo. Hacía cinco minutos se veían impecables, recién pintadas de blanco y ahora estaban cubiertas de mamarrachos y de pintura chorreando. Entendía lo que le pasaba a Teo, pero esto no era gran cosa. Entonces le pidió perdón. Se quedaron paradas una frente a la otra y la palabra “perdón” resonaba en la casa vacía.Teo dijo: gracias, y volvió a su tarea. Julia se sentó en el suelo y pensó que todo el mundo, a su manera, escribía. Cada cosa que hacemos es una escritura. Tal vez los países sean la suma de las

escrituras de cada uno y la historia sea aquello que, de la escritura de todos, el país se atreve a asumir. El tío era escribano, él se dedicaba a certificar escrituras, a dar fe de que la persona que comparecía ante él era la persona cuya firma se deslizaba sobre el acta ante sus ojos. Ahora tendría que certificar lo que Teo estaba escribiendo y dibujando, con brocha y marcador.

Más tarde estaban sentadas sobre el sofá de pana. Teo tenía las manos sucias de pintura. Hablaba. Recordaba las zapatillas Indiana y los vaqueros Lady Far West, y que el gerente de Alpargatas tenía olor a cebolla y les traía caramelos Sugus cuando venía a pescar a la casita. Después Julia no la oyó más, se hundió en los recovecos de su cabeza. Mientras Teo todavía hablaba y ella oía su voz sin escuchar lo que decía, se puso de pie y fue hasta la heladera. Sacó hielo. El whisky estaba en el bar.Teo dijo que ya que había tanta carne en la heladera por qué no hacer un asadito, como los que hacía el tío. Guiñó el ojo. Sacó una tira y dos chorizos y los metió debajo del chorro de agua caliente. Julia sirvió dos whiskies sin agua. Salieron a buscar troncos para hacer el fuego, pero estaban todos mojados. Mientras ella sacaba leña seca de debajo de la parrilla,Teo juntaba barro en un balde y volvía a la casa con el balde lleno. Costaba encender el fuego por la humedad. Entonces trajo una lata de aguarrás de adentro del cobertizo y roció los troncos. Mientras ellas miraban el fuego, las brazas comenzaron a tomar color rosado.

Después comieron y ella sentía su cabeza como un meandro oscuro. Levantó los ojos y, detrás de las brasas, vio a Teo: la cara de satisfacción. Era el semblante del que siente un orgullo que no espera reconocimiento porque es un orgullo propio, íntimo, como debe de ser después de parir. Más tarde se quedó dormida en el sofá manchado con pintura blanca, los vasos sucios sobre el piso.

Julia recorrió la casa, abrió cajones, revisó estantes, roperos: libros de derecho, *Grandes novelistas,* dos enciclopedias, toallas y toallones perfectamente doblados y ordenados por colores, sábanas, productos de limpieza, prismáticos, una lata de costura, pastillas de naftalina, botellas francesas de vino tinto, espirales para los mosquitos, botas de goma, papeles dentro de una caja de cartón. Entre los papeles, el folleto del *Orthofix*.Volvió al living. Miró a Teo dormir. Pensó en Lincoln. Pensó en Omar. Sentía que vivía el fin de lo que conocía, pero no estaba segura de qué era el principio. Imaginó la mañana siguiente, el micro: el viejo sin labios sentado a su derecha, insistiendo en hablar cuando ella quería callarse, pensar, tratar de entender, mirar la ciudad erguida pasar por la ventanilla y poco a poco, a medida que el micro se alejaba, verla ir retirándose, apática y paupérrima. El viejo querría saber cómo le había ido en Buenos Aires. Ella, vencida, apretaría la boca. El viejo le preguntaría cómo estaba su hermana. Ella no

contestaría, y entonces el viejo diría que a todo el mundo le pasan cosas, que la clave es no esperar siempre colchones de pluma. Ella se taparía los oídos y él insistiría:
A todo el mundo le pasan cosas, profesora. La suerte es terminar cuerdo.
Pero el viejo no entendería que lo interesante es encontrarle un sentido a las cosas que nos suceden, porque él no es capaz de encontrarle uno a la muerte de su hija, la Lauchita. Se detendrían a la altura de Morón y cargarían bolsos en la barriga del micro mientras el viejo insistiría en pretender saber lo que había pasado en Buenos Aires. Ella apretaría los puños, muda. Habría olor a café y el café le haría recordar el último café con Teo, las dos calladas en medio del rugido de Retiro, y en la siguiente escena, ellas se despiden: Julia no quiere separarse de Teo al mismo tiempo que siente alivio de alejarse.Teo pucherea mirando el piso. Se refriega los ojos mojados y después se pasa la manga del pulóver por la nariz. Un rayo de sol le ilumina los ojos. Levanta la cara y sus ojos grandes absorbían el sol. Se muerde el labio, como siempre hace. El viejo hablaría y ella se acordaría de Teo colgada de su cuello, mientras ella se sentía ligera como una hoja.

xxxii

—¿Se puede saber qué es esto? —dijo Alfonso. Miraba las paredes, la pintura, el barro, los grafitis—. ¿Se volvieron locas? —abría ojos rígidos, el párpado izquierdo inmóvil, y apretaba los dientes. Inspiró, hinchando el pecho, y resopló. Miró en dirección de Teo—:Ya sé lo que pasa acá. Viniste a chantajearme.

Teo levantó la mano a la altura de su cara y él la detuvo en el aire. Se quedaron mirándose, y Alfonso hizo una mueca con la boca, levantó los labios de arriba y las encías rojas quedaron expuestas.

—Sos un emisario de tu marido —dijo—. No piensa devolver la plata y me lo avisa así.
Teo, con su mano todavía atrapada en la de Alfonso, miró a Julia.
Alfonso soltó a Teo y comenzó a recorrer el living, tocaba las paredes con los dedos. Después abrió todas las ventanas y los postigos. Miró hacia afuera por la ventana que da hacia el muelle, miró el reloj, dijo que en media hora llegaban sus invitados, y cerró ese postigo. Después dijo:
—Es una pena que tu marido no haya usado la misma creatividad para robar que para ganarse la vida decentemente —tenía las manos en la cintura y de golpe las cruzó y cerró los ojos, como concentrándose—. Alquilé dos *cacciolas* con mozas que van a repartir mate cocido y pastelitos de membrillo durante el viaje.Todo organizado a la perfección, hasta me acordé de que hubiera música funcional. Hace menos de un mes le dije a Amalia: este es el mejor momento de mi vida, tengo todo lo que soñé; mis tres hijos sanos, educados en las mejores universidades, con trabajos estables y bien casados. Puedo retirarme y vivir tranquilo, con sentimiento de orgullo, de realización. Por eso planeé el festejo de hoy. Quería compartir esta dicha con mis amigos —abrió los ojos y miró a una y después a la otra.
Se escuchaban ruidos en la cocina. Elena Susana asomó la cabeza, miró con gesto de extrañeza y después se tapó la boca con las manos. Enseguida desapareció y cerró la puerta.
—Me dan lástima las dos —dijo Alfonso—. No esperaba algo así de vos, Julia. ¿Secuaz de ladrones?
Salió afuera de la casa. Ellas esperaron en el living. Un minuto, dos minutos. Alfonso volvió con una lata de aguarrás en cada mano.

Después trajo trapos rejilla de la cocina, los mojó en aguarrás y empezó a refregar las paredes. Lo hacía con las dos manos.
—Así que Dano, además de estafador, es matón.Ahora manda sus acólitos para que me pasen el mensaje de que me olvide de mi plata. ¿No les da vergüenza?
Julia y Teo permanecían de pie adonde estaban, sin moverse. Alfonso refregaba las paredes, ahora arrodillado. El peluquín cayó al piso y Julia pudo verle la tonsura de fraile. De golpe, Alfonso se detuvo. Sacó un par de anteojos plegables del bolsillo y leyó los grafitis. Después miró a Teo y su cara se oscureció. Permaneció arrodillado. Unos minutos más tarde se puso de pie y miró a Julia.
—Vos debés tener la culpa —dijo—. Tu hermana fantasea, todo el mundo lo sabe, quién no sabe qué tipo de mujer es ella.Y vos qué. Una zurda resentida.Toda tu vida engullendo veneno.Ustedes los zurdos se prenden de cualquier pretexto para supurar veneno. Porque los resentidos saben que son incapaces. Cada vez que tuviste que tomar una decisión, elegiste mal.Y mirate ahora. Una solterona amargada que lo único que sabe hacer es acusar.
Siguió refregando con fuerza. Las paredes se iban llenando de borrones que dejaba la esponja empapada en aguarrás sobre la pintura.Y como había atacado primero las leyendas, quedaban manchas entre las rayas hechas con marcador indeleble.
—Dano —siguió Alfonso— es un inútil. Algunos dicen que es una víctima de su mujer. O de los mandatos de su padre. Porque ahora todo el mundo anda psicoanalizado y echándole la culpa de sus vidas falladas a sus padres. Pero háganme el favor, Dano es carroñero. El mundo tiene leones que salen a cazar y hienas que comen el despojo. Dano pudo elegir, Julia, y en eso vamos a estar de acuerdo. Todo el mundo puede elegir. Él eligió ser ladrón. Ninguno de mis hijos decidirá de esa manera, te lo aseguro. Porque yo los preparé bien.
Un rayo de sol rebotaba contra el vidrio y el reflejo arrojaba rayos minúsculos.
—Te ofrecí enderezarte y te negaste, Julia. En aquel momento me dije: esta chica elige una vida de mirar torcido. Qué se le va a hacer. Por suerte te fuiste con tus ideas equivocadas a otra parte. Al fin y al cabo todo el mundo llega adonde se dirige. ¿Y sabés por qué este país va a estar siempre lleno de resentidos como vos? Porque si a alguien le va bien, desconfían, y desconfían porque se saben incapaces de conseguir lo que el otro ha conseguido. Los inútiles como Dano desconfían de que puedan conseguir lo que consiguen otros por derecha, y roban. Aparentemente este chico, además, es cobarde, y por eso manda a su mujer a amenazarme con mentiras. ¿Creerá que me asusta? —comenzó a reír—. Pobre tipo. Es tan inepto que cree que necesita además esto.

Un pájaro azul se asomó a una de las ventanas y miraba hacia adentro. El sol le pegaba sobre las alas que brillaban, tornasoladas.
—Que vos, Julia, andes metida con ladrones, demuestra que sos como los políticos setentistas, que hoy por hoy siguen diciendo las mimas cosas que hace cincuenta años, mientras se roban la plata que deberían hacer llegar a los que se quedan afuera del capitalismo. No se ocupan de generar trabajo, escuelas, hospitales y servicios. ¡Se compran mansiones y estancias con testaferros!
Teo tironeó de una mano de Julia e hizo un gesto de que se fueran. Julia le dijo que esperara y encendió un cigarrillo.
—No sé qué hará Danilo con la plata que robó. Pero no vinimos por eso.Vinimos a aclarar el pasado que nos conecta.
—Nadie va a creerle a Teo sus patrañas antediluvianas —siguió Alfonso—. Si mis amigos mañana comentan que mis sobrinas enchastraron mi casa, dirán que estaban borrachas y que lo hicieron en una festichola de esas que todo el mundo sabe que le gustan a Teo. Ellos saben perfectamente en qué anda ella. Los únicos que ignoran ese tipo de información son el marido y la madre, y tal vez todavía los hijos. ¿Qué puede decir Teo ahora? ¿Quién va a creerle? Y aunque lo hicieran, ustedes se olvidan de algo fundamental: en este país no hay memoria; el pasado, pisado.
Por la ventana vieron a la tía Elena Susana cargando bolsas de supermercado con tres mucamas de uniforme. Detrás de ellas venían Pancho Lisazo y su mujer, que llevaba una torta.
—Vamos,Teo —dijo Julia.
Lo que sucedió después, sucedió muy rápido:Teo caminó hacia la puerta de la cocina. Julia dio la vuelta al sofá para seguirla, y, al esquivar la mesa ratona, su zapato izquierdo chocó con la pata de la mesa y ella cayó al piso. En la caída volcó una de las latas de aguarrás que usaba Alfonso. El cigarrillo que Julia tenía entre los dedos de la mano derecha, cayó sobre el aguarrás, que inmediatamente se prendió fuego. Al principio la llama era azul, pero cuando trepó sobre el sofá, era roja. Teo corrió a ayudar a Julia a levantarse. Alfonso miraba la llama que crecía y mordisqueaba la mesa ratona y el sofá. Pancho Lisazo, que justo entraba, corrió a la cocina y volvió con dos baldes llenos de agua.
—La manguera —gritó Elena Susana.
Teo y Julia salieron por la puerta de la cocina. Justo llegaba la primera de las *cacciolas* con invitados. Se oía música y a los invitados hablar todos al mismo tiempo. Pancho Lisazo abrió la puerta de la casa y una nube de humo negro escapó hacia afuera. Los invitados se callaron de golpe. Dos de ellos corrieron en dirección a la casa, los demás miraban con las bocas abiertas. Amalia, que traía a Lalo de la mano, también miraba la casa. Lalo miraba el suelo. Enseguida dos

hombres de entre los invitados iban y venían con baldes desde el cobertizo. Uno de ellos apuntaba la manguera por la ventana abierta. Por el río venían miles de canoas. Los remeros se detuvieron, amontonándose, y observaban, atontados.Teo y Julia caminaron hacia el muelle. El calor llegaba hasta allí. Miraron el río. Se veía oscuro y opaco, y nada se reflejaba en él. Hicieron dedo a los remeros, que las llevaron.

Ahora pienso en las últimas palabras de Alfonso. Pienso. Pienso. Tanto pensarlas se retuercen en mi cabeza y no tengo seguridad de que no esté entrelazando o agregando palabras propias. ¿Las tengo? Dudo. ¿Cómo tener palabras mías, si yo nomás miro, y callo? ¿Cómo tener palabras mías, si siempre he acatado las ajenas, las de aquel a quién le había otorgado poder sobre mí? Pero las tengo, chicas. Si hurgo con coraje, las tengo. Están ahí, palpitan en mi cabeza. Son palabras diferentes de las de aquel a quien le otorgué poder sobre mí. Me dicen: "El mundo está repleto de seres como nosotros".Y, si es cierto que cada uno busca su hueco en el pedazo de mundo que le toca, el hueco de los seres como nosotros es uno de mirar sin ser visto y enajenarse, como si lo que viésemos fuese algo que solo les sucede a otros, más diestros o agraciados.Y permitir. No nos parecemos en nada a los televidentes que vieron al marido de Teodelina, que ignoraba que era observado. Ellos son como los remeros, miran desde afuera y quedan afuera, y por eso no disciernen lo que ven. Nosotros, en cambio, sabemos. Porque somos de adentro.

"¿Qué hacemos ahora?", me preguntan mis propias palabras. Me dicen que, aunque me esfuerce mucho, a esta altura ya no podré persuadirme de que he sido un testigo no involucrado. Que la verdad es que los seres como yo sabemos y callamos. Nos conviene.

Hoy lo admito porque tuve el coraje de oír mis propias palabras y reconocer que sé que somos parte del espectáculo y del decorado, y que, aunque los seres como yo nos finjamos afuera porque no participamos, estamos adentro, arrastrando a las Caperucitas con nuestras uñas hacia los lobos hambrientos. No corremos, chicas, mayor peligro que ser vistos en nuestros puestos de observación, dueños de un universo sólo habitado por nosotros y por las víctimas incautas. A veces sospeché que podríamos correr el riesgo, además, de ser descubiertos en el sentimiento de culpa: gozar del deseo indebido, gozar de otear lo que no debe ser visto mientras lo que sucede le sucede a otra, la víctima a la que, en lo más profundo, odiamos.

Pero lo cierto es que no vamos a ser descubiertos, me convencía, todavía acatando palabras ajenas, de que me ayudaban a ver el mundo como lo veía aquel a quien le había otorgado poder sobre mí. Invariablemente

habrá un artilugio que nos rescate, me decía entonces. Porque estaba a salvo siempre que mis propias

palabras no se entrometieran y escarbaran mi conciencia, como al final hicieron. Ellas son las únicas que pueden hacernos surgir de nuestros escondites y confesar. Porque sí, chicas, mis palabras dicen que los seres como yo, que desde adentro fisgoneamos calladitos, somos cómplices.Ay de nosotros, acorralados en el escondite cobarde por el que espiamos y callamos, si nunca atendemos a nuestras propias palabras.

Entonces hoy, desde lejos, les escribo mi propia verdad. Julia le dijo a Omar:
—En el viaje de vuelta, sabía quién era yo y a qué regresaba. La historia sirve para que uno abra los ojos, como decía el viejo sin labios, ¿o no? Nos ayuda a entender. No a justificar, a entender. Si la ignoramos o rechazamos o cambiamos, si la tratamos de eliminar, como si no hubiese existido en ningún tiempo, nunca podremos ser quienes somos de verdad.Y de eso se trata, ¿no?

Agradecimientos:
A Armando

A Marcela Solá, Julio Fuks, Carolina Guerrero, Diego Duncan, Hernán Cibils, Jorge Ferriole, Gabriela Chechi, Gabriela Bomchil, Martín Bidau.

Índice

Primer Premio INARCO a las letras 2007 en el género Novela

Jurado integrado por:

Diana Blanco, Omar Lobos, José Javier Maristany

Arteta, Inés
El mismo río - 1a ed. - Buenos Aires : Deldragón, 2008. 270 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-950-9015-53-1

1. Narrativa Argentina 2. Novela. I. Título CDD A863

Diseño de cubierta: Estudio Tango Diseño de interior: Laura Restelli
La presente edición contó con el apoyo de INARCO S.A.

ISBN 978-950-9015-53-1
Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723 Impreso en la Argentina